

DESEO TM



HARLEQUIN TM

Susan
Crosby

DOS EXTRAÑOS Y EL AMOR

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Hacía casi veinte años, James Paladin había accedido a donar esperma para la mujer de su mejor amigo... Pero había puesto tres condiciones:

1. Caryn Brenley nunca sabría quién era realmente el padre de su hijo.
2. Él jamás se pondría en contacto con su hijo.
3. Cuando el muchacho cumpliera los dieciocho años, saldrían a la luz todos los secretos.

Ahora que Caryn acababa de quedarse viuda, había descubierto la increíble verdad. Y el duro investigador privado podría reclamar lo que era suyo...

Capítulo Uno

Caryn Brenley esperó a que cayera la noche para apostarse frente a aquella casa de las afueras de San Francisco. Aunque fuera una novata en aquellos asuntos, había algo que tenía muy claro: la mayor probabilidad para ver llegar a alguien a su casa era después de las cinco de la tarde. Además, la oscuridad hacía más fácil poder observar desde el coche sin ser vista y, a aquellas alturas del mes de octubre, con el horario de invierno, anochecía pronto.

No tuvo que esperar demasiado para que una furgoneta de color gris se detuviera ante la casa que estaba vigilando. La puerta del garaje se abrió y la furgoneta desapareció en su interior. Caryn se inclinó sobre el volante. ¿Saldría el conductor del garaje o tendría acceso directo al interior de la casa?

Su pregunta enseguida obtuvo respuesta al ver a dos niños, un chico de unos ocho años y una chica de unos cinco, seguidos de una mujer alta y delgada vestida con un elegante traje de chaqueta negro.

Estaba casado y tenía hijos. Eso lo cambiaba todo.

Antes de que la mujer y los niños entraran en la casa, un Mercedes llegó. Los pequeños comenzaron a dar saltos y a saludar con la mano, y la mujer sonrió. De nuevo, la puerta del garaje se abrió.

Una moto se detuvo detrás del coche de Caryn. Por el retrovisor vio a un hombre bajarse y dirigirse a la casa más próxima. Antes de subir las escaleras, el hombre se detuvo a recoger el correo del buzón.

Continuó observando cómo la familia se saludaba y se fijó detenidamente en el padre, que iba vestido con un traje. Tenía el pelo oscuro y no era tan alto como había imaginado. Desde donde estaba no tenía manera de comprobar el color de sus ojos y el abrigo que llevaba tampoco le permitía distinguir la forma de su cuerpo.

Y ahora, ¿qué? Había ido hasta allí para satisfacer su curiosidad y ver a aquel hombre por sí misma. Pero a menos que saliera del coche y le preguntara su nombre, no podía estar segura de que aquel hombre fuera James Paladín, el padre biológico de su hijo.

Quizá debería olvidarse...

No, por muy tentador que fuera, no podía hacerlo. Paul había hecho una promesa diecinueve años atrás y ya no podría cumplirla. Pero ella confiaba en hacerlo por él. Por eso estaba allí, apostada como si fuera un detective.

Tenía que haber otra manera de confirmar que se trataba de James Paladín. Cuando estuviera segura de que así era, se lo contaría a Kevin. La elección tenía que ser suya, algo difícil para un muchacho de dieciocho años, especialmente después de lo que había sufrido durante el último año.

Tamborileó con sus dedos sobre el volante mientras consideraba las posibilidades que tenía y decidió irse a casa y pensar una solución. Quizá pudiera regresar por la mañana, seguirlo hasta su trabajo y ver si encontraba la manera de confirmar su identidad allí. Eso supondría perder el sueldo y las propinas de un día y no podía permitírselo.

Resignada, Caryn encendió el motor, metió la marcha atrás y quitó el freno de mano antes de ver al motorista regresar. El la miró y ella escondió el rostro tras un mapa que tenía en el asiento del copiloto. No quería que la viera por si tenía que volver a vigilar a James Paladín.

Oyó que arrancaba la moto, pero continuó ocultándose tras el mapa a la espera de que él se fuera. De pronto, unos golpes en la ventanilla la sobresaltaron.

El mapa salió volando y se le fue el pie del freno haciendo que el coche se fuera marcha atrás.

—¿Qué demonios...? ¡Pare! —exclamó el hombre— Pise el...

Ella apretó el pedal del freno y de pronto se hizo un tenso silencio.

A través de su ventanilla cerrada podía oírlo maldecir. Al oír sus palabras, su corazón dio un vuelco.

¿Qué había hecho? Nunca había tenido un accidente, nunca le habían puesto una multa. Y para una vez que necesitaba pasar desapercibida...

Tomó aire y miró por la ventanilla. Ya no podía hacer nada por evitar lo que había pasado. El hombre se quitó el casco y se pasó la mano por su pelo oscuro. Sus ojos verdes la miraban y su mandíbula estaba sombreada por una barba de varios días.

Bajó la ventanilla y trató de sonreír.

Por el comportamiento de aquel conductor, imaginó que se trataría de un adolescente. Sin embargo, la persona que acababa de abollar su moto Harley—Davidson de apenas dos meses y recién salida del taller por otro

accidente, resultó ser una mujer de aproximadamente su misma edad, cuarenta y dos años. Enseguida se fijó en "su físico, como solía hacer nada más conocer a alguien. Tenía el pelo castaño rojizo, liso y cortado a capas a la altura de la barbilla. Era delgada y de estructura pequeña. Aunque no podía determinar su estatura, parecía algo más alta que la media. Sus ojos azules transmitían indecisión.

Él apoyó los puños cerrados en el marco de la ventanilla del coche, tratando de contenerse para no gritarle. No era su estilo atemorizar a nadie, pero lo cierto es que había tenido que esperar casi un año para tener aquella moto. Y aquélla era la segunda vez en un mes que le daban un golpe.

Finalmente, desvió la mirada y comprobó los daños. El parachoques se había incrustado contra la rueda de su moto, exactamente igual que había ocurrido la vez anterior.

Sacó un cuaderno y un lápiz de su mochila y tomó nota de la matrícula de la mujer. Después se quedó absorto mirando el asfalto, tratando de calmarse antes de hablar con ella.

—Lo siento —dijo ella, acercándose.

Sus ojos se encontraron con los de la mujer; de cerca, eran de color turquesa y no azul, como en un primer momento le había parecido, y llevaba los labios pintados de rojo. Odiaba los labios pintados de rojo.

—Me asustó al golpear la ventanilla. Mi pie resbaló...

—Tan sólo pretendía llamar su atención.

Eso le pasaba por hacer de buen samaritano. La había visto con el mapa y había pensado que estaba perdida.

—Por cierto —añadió él— La parte trasera se le ha abollado.

—¿Mucho?

—Véalo usted misma.

Ella ni se movió. ¿Tendría miedo de salir del coche? ¿Acaso la intimidaba?

—Tenemos que rellenar los datos para el seguro —continuó él.

Al cabo de unos segundos, la mujer se mostró más confiada, aunque todavía parecía nerviosa. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¿Por qué no lo arreglamos entre nosotros en lugar de dar parte a las compañías de seguros? Le pagaré la reparación.

¡Así que eso era! Debía de tener miedo a que su compañía de seguros le cancelara la póliza o incluso que le retiraran el permiso de conducir. ¿Debería mostrarse conforme?

Mientras pensaba la respuesta, echó un vistazo al interior del coche. Estaba impecable. No había ningún papel ni ninguna botella de agua vacía por el suelo. Llevaba una blusa blanca y una falda negra hasta la rodilla, como si fuera el uniforme de una camarera. No parecía la típica despistada capaz de provocar un accidente. ¿Cuál sería el motivo de su preocupación? ¿Un marido que no admitiría que hubiera tenido un accidente?

Se fijó en su mano izquierda y comprobó que no llevaba ningún anillo. La mujer se dio cuenta y acarició su dedo.

Le había hecho esperar demasiado tiempo, pero ella continuaba mirándolo impasible y eso le gustaba.

—Si quiere pagarlo en metálico, por mí no hay problema —dijo él, cruzándose de brazos.

Ella se encogió de hombros y respiró aliviada.

—¿Cuánto cree que me costará?

—Anóteme su nombre, dirección y teléfono y le enviaré la factura —respondió él, entregándole una hoja de su cuaderno. Sabía por la expresión de la mujer que no escribiría nada.

—¿No puede conseguir un presupuesto por teléfono?

—Lo dudo.

No sabía por qué se lo estaba poniendo difícil. Conocía perfectamente la respuesta, ya que el daño había sido el mismo que la vez anterior, pero estaba reacio a dejarla marchar. Quizá fuera por la manera en que se comportaba, a pesar de que parecía tenerle miedo.

—¿Puede al menos intentarlo?

Le divertía el nerviosismo que observaba en aquella mujer. Era evidente que no se había dado cuenta de que, aunque no le diera su nombre, él podría averiguar sus datos a través de la matrícula del coche.

Se bajó la cremallera de la chaqueta, sacó su teléfono móvil y marcó un número.

—¿Bronco? Soy Paladín —dijo él por el teléfono, y después de hacer una pausa, continuó—: Podría estar mejor. He tenido un accidente —

añadió, y separó el auricular mientras Broco gritaba algo al otro lado de la línea.

Por la expresión del rostro de la mujer, James se imaginó que ella también lo había escuchado.

—¿Que una mujer te ha dado un golpe? —preguntó Bronco.

—Así es —respondió. Se alegraba de que aquella mujer no pudiera oír sus comentarios machistas.

—¿Cuáles han sido los daños?

—Los mismos que la vez anterior.

—¿Puedes seguir conduciendo la moto?

—No hasta que esté arreglada.

—Iré en un rato a echarle un vistazo.

James se giró dando la espalda a la mujer.

—¿Puedes prestarme una?

—¿Tienes trabajo? —Sí.

—Puedo apañar algo. No será una Eagle, pero será potente.

—Me servirá, gracias —y después de despedirse, apagó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo, antes de girarse y decirle un importe a la mujer—. Eso si no hay daños estructurales —añadió.

Ella tragó saliva.

—¿No sería además su medio de transporte para trabajar, no?

—Pues sí, así es.

Ella miró su casa como si estuviera calculando sus ingresos. Parecía más calmada.

—¿No tiene coche?

—Eso no importa.

Una pequeña llama asomó a sus ojos.

—Mire, no estoy negando mi responsabilidad y siento mucho las molestias que le he causado. Iré al banco ahora mismo y le pagaré y dentro de unos días volveré por si hubiera habido algún gasto extra. ¿Le parece bien?

—No.

Ella se quedó mirándolo con frialdad.

—Me dijo que no le importaba que le pagara en metálico.

—Cierto, pero voy a acompañarla hasta el banco —dijo.

No estaba dispuesto a perderla de vista todavía. Aunque hubiera apuntado la matrícula del coche y supiera que no le sería difícil dar con ella, todo en aquella mujer le intrigaba.

—No suelo llevar a extraños en mi coche, pero puede seguirme.

El contuvo la risa. Estaba muy guapa.

—¿Acaso pretende escabullirse?

Ella se puso tensa.

—Le doy mi palabra de que no será así.

Ya se lo había imaginado y era precisamente por eso por lo que le parecía desconcertante que no le diera su nombre ni su teléfono, por no hablar de los datos de su seguro. Era una mujer contradictoria y las contradicciones le gustaban.

—Sacaré mi coche del garaje y la seguiré —dijo él—. No se marche sin mí.

—Será mejor que se dé prisa. El banco cierra en veinte minutos.

James eligió el BMW en lugar del utilitario con el que solía moverse, así él también se mostraría contradictorio.

«Así que piensas que formo parte de un grupo de moteros, ¿verdad? ¿Te da miedo darme tu número de teléfono? Bueno, pues así conocerás mi otro lado. ¿Qué hubieras hecho si hubieras golpeado mi BMW y yo hubiera llevado traje y corbata?», pensó.

Sabiendo la respuesta, o al menos imaginando cuál sería, la siguió, disfrutando de que se pusiera nerviosa a su lado. Quizá necesitara un poco de misterio en su vida antes de buscar al hijo que nunca había conocido.

A duras penas, Caryn había conseguido mantener la calma. ¿Habría escrito mal su dirección? No se imaginaba cometiendo ese error, pero ¿cómo si no había estado vigilando la casa que no era? James Paladín había resultado ser desconcertante, pensó mientras entraba en el aparcamiento del banco. Era contradictorio, lo que suponía un gran problema. Obviamente, le gustaba asumir riesgos, estar al mando y dar órdenes, al igual que a su difunto marido, Paul. Él también montaba en moto y precisamente había muerto en un accidente un año antes.

Comenzaba a entender por qué Paul había elegido a James como donante de esperma para la inseminación artificial a la que Caryn se había sometido diecinueve años atrás. Había conocido su identidad la semana anterior y ahora la vida de ambos estaba a punto de cambiar. Y la de Kevin, también.

Aparcó el coche y vio que él aparcaba el suyo cerca. Deseaba poder decirle quién era y la conexión que había entre ambos, pero no podía. Si Kevin decidía que no quería conocer al hombre responsable de su existencia, era su elección, conforme al acuerdo escrito que Paul y James hicieron años atrás. Caryn se había enterado la semana pasada mientras revisaba unos documentos que Paul había guardado en una caja. Entonces, había descubierto una carta que James le había mandado con su actual dirección y teléfono.

Aquella carta había sido enviada una semana antes de la muerte de Paul a un apartado de correos que Caryn desconocía. ¿Qué otros secretos no habría descubierto todavía?

No quería interferir en la posible relación entre James y su hijo. Eso era algo que tenía que decidir Kevin.

No sabía si quería que aquel hombre entrara a formar parte de su vida o no. Se había preparado para que el padre biológico de Kevin formara parte de la vida del muchacho, pero eso había sido antes de conocer al hombre en cuestión, cuando era tan sólo un nombre y unos apellidos y no una persona de carne y hueso. Aquel hombre había hecho despertar las hormonas que tanto tiempo llevaban dormidas.

El se acercó hasta ella.

—No tiene por qué entrar conmigo —dijo ella.

—No tengo ninguna otra cosa mejor que hacer.

Sus ojos se encontraron. De cerca, era más atractivo. Sus ojos eran de un verde más claro de lo que en un principio le había parecido y tenía un pelo espeso y brillante. Lo único que no le gustaba era la barba.

—Pero no se preocupe, no iré hasta el cajero con usted —añadió él.

Parecía estar disfrutando, pensó ella. No es que estuviera sonriendo, pero adivinaba un brillo burlón en sus ojos. Ella sonrió sin poder evitarlo. ¡Qué ironía! El primer hombre por el que se sentía atraída desde que Paul muriera resultaba ser quien era.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó él al entrar en el banco justo cuando estaban a punto de cerrar.

Caryn se encogió de hombros dispuesta a dejarle con la intriga. James se mantuvo a distancia mientras ella sacaba un buen pellizco de sus ahorros y le pedía al cajero que guardara el dinero en un sobre que entregó a James.

—Necesitaré un recibo —dijo Caryn ante la puerta de su coche.

El sacó su cuaderno del bolsillo, escribió algo, lo firmó y cortó la hoja, entregándosela.

—¿Por qué no me lleva al taller mañana para recoger la moto de sustitución?

—¿No tiene amigos?

—Claro que tengo amigos.

Ella se quedó mirándolo detenidamente. Otra vez la expresión burlona.

—Tome un taxi y ya se lo pagaré también —dijo ella, sintiendo que el rostro le ardía y tratando de disimular—. Tengo la impresión de que no ha sido el primer accidente que ha tenido con su moto.

El asintió con la cabeza.

—Así es. Es el segundo y ambos han sido muy similares.

—Creo que debería aparcar la moto de otra manera.

Él rió y, después de unos segundos, se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una tarjeta.

—La veré en unos días, mujer misteriosa —dijo, y se fue.

Ella se quedó leyendo la tarjeta. James Paladín, Investigador.; ARC Seguridad.

Quizá después de todo, no fuera tan parecido a Paul.

Una hora más tarde, Caryn estaba nerviosa esperando que su hijo hablara.

—No quiero conocerlo —murmuró Kevin por fin. Se levantó de la mesa de la cocina y se acercó a la ventana que daba al pequeño jardín.

Caryn se quedó sentada, dejándole tiempo para que asimilara la existencia de James Paladín. Ella había tenido una semana de ventaja, pero eso no quería decir que estuviera tranquila ni que lo hubiera aceptado.

Le había explicado todo lo que sabía, que Paul había elegido a James como donante de esperma y que habían llegado a un acuerdo por el que el hijo concebido tendría derecho a conocer a James al cumplir los dieciocho años. Le había contado cómo se había enterado del acuerdo entre los papeles de Paul y cómo había encontrado la carta con la última dirección de James. No había ninguna nota que dijera que seguía queriendo conocer a Kevin.

—No tengo por qué verlo —añadió Kevin con los brazos cruzados—. Eso es lo que dice el acuerdo.

—Así es. Nada te obliga a hacerlo.

El se pasó las manos por el pelo, al igual que James había hecho un rato antes. Aquel gesto llamó su atención. Quizá Kevin lo había hecho siempre, pero ahora parecía tener mayor importancia.

—Preferiría que no me lo hubieras dicho —dijo el muchacho.

—Preferiría no haberlo tenido que hacer.

El se quedó pensativo unos segundos.

—Nunca hagas promesas que no puedas cumplir y siempre cumple tus promesas —dijo, repitiendo las palabras que su madre tantas veces le había dicho.

Era su filosofía y también había sido la de Paul. Ella había cumplido con su obligación. Se puso de pie y se estiró la falda. Sus dedos rozaron la tarjeta que estaba en el bolsillo.

—Por cierto, es investigador privado —añadió, dándole la última información, convencida de que eso le interesaría.

Kevin levantó la cabeza.

—¿Ah, sí?

—Si decides conocerlo, ¿me lo dirás? —preguntó.

Deseaba abrazarlo como cuando tenía cinco años. Había sido muy duro para él asumir la muerte de Paul.

—Imagino que sí.

—¿Quieres quedarte a cenar?

—No, Jeremy vendrá a estudiar y traerá pizza.

—Está bien.

Caryn había comprado aquel viejo dúplex cerca de la universidad de Kevin y cada uno tenía una planta con dos dormitorios.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó el muchacho.

—Hoy he tenido buenas propinas.

—¿Ha ido Venus?

—Sí —respondió, sacando un vaso del armario.

La atracción que Kevin sentía por la joven camarera que trabajaba con ella le preocupaba. Se estaba convirtiendo en una obsesión más.

—¿Te ha preguntado por mí?

—No —respondió Caryn.

El se marchaba ya, pero se detuvo junto a la puerta.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Me parezco a él?

Ella asintió. El parecido era evidente. Tenían los

mismos rasgos a excepción del color de los ojos. Sus manos también eran iguales, con los dedos largos y las palmas anchas. Su estatura era similar, aunque Kevin todavía estaba creciendo.

—¿Por qué eligió papá a ese hombre?

—No lo sé. Imagino que se conocían, pero no sé qué relación tenían.

—Bueno, hasta luego —dijo el muchacho despidiéndose.

Después de que la puerta se cerrara, trató de buscar algo que hacer. Abrió la puerta de la nevera y se quedó mirando su interior. Había perdido peso desde la muerte de Paul. Debería prepararse la cena, pero dudaba que pudiera comer más que un bocado.

Caminó sobre el suelo combado de madera hasta la consola de un teléfono móvil que se estaba recargando, lo tomó y al momento lo volvió a dejar en su sitio. ¿A quién iba a llamar? A nadie hasta que Kevin tomara la decisión de conocer a James. Hasta entonces no se lo contaría a su madre, ni a su hermano ni siquiera a su mejor amiga.

Había puesto muchas esperanzas en su vuelta a casa. Algunas personas pensaban que se aferraba a su hijo, que su decisión de comprar el dúplex respondía a su interés de tenerlo cerca en lugar de dejar que se convirtiera en un adulto independiente. Quizá fuera cierto en parte. Le había costado más trabajo que a ella asumir la muerte de Paul y había decidido especializarse en criminología como su padre.

Le preocupaba que la filosofía de vida de Paul hubiera hecho mella en Kevin. De hecho, el muchacho estaba convencido de que el accidente que había puesto fin a la vida de Paul había sido intencionado, a pesar de que se había investigado y nada había indicado que la sospecha de Kevin pudiera ser cierta.

Últimamente Caryn se había estado preguntando lo mismo.

De momento, la curiosidad que sentía por conocer al hombre cuya generosidad le había permitido tener a Kevin estaba saciada. Era alto, moreno y guapo y su hijo se parecía a él. Su trabajo requería inteligencia, astucia, reacciones rápidas y una predisposición a afrontar riesgos, el aspecto de Paul que más difícil le había resultado asumir a lo largo de los años, tal y como había descubierto después.

¿Habría pensado Kevin en aquel hombre? Paul y ella nunca le habían ocultado que había sido concebido gracias a la inseminación artificial. Claro que Paul nunca le había hablado de James Paladín y el acuerdo. Entendía que no se lo hubiera dicho a Kevin, pero ¿por qué no a ella? Si no hubiera descubierto aquel acuerdo, ¿qué hubiera pasado? ¿Les hubiera buscado James para acusarlos de incumplimiento de contrato?

Si Kevin no contactaba con aquel hombre, ¿vendría él a buscarlo? No sería muy difícil para un investigador privado dar con ellos.

Quizá después de todo tuviera que intervenir aunque sólo fuera para decir que Kevin no quería conocerlo. Pero le daría un tiempo al muchacho para que tomara una decisión y esperaba que James también lo hiciera.

Aquella misma noche, el timbre de James sonó. Sintió el corazón en un puño mientras bajaba la escalera hasta la puerta. A pesar de los veinte años que llevaba trabajando en aquello, le sorprendía la incertidumbre que sentía cada vez que sonaba el teléfono o que llamaban a la puerta. Claro que aquello no tenía nada que ver con su trabajo. —He traído algo de comida —anunció Cassie Miranda al pasar junto a él, dejando una estela a su paso de ajo y albahaca.

El disimuló su decepción, o tal vez fuera alivio, de que alguien de dieciocho años, quizá con sus mismos ojos verdes, estuviera allí. Al menos le gustaría saber si se trataba de un chico o de una chica.

—¿Habíamos quedado, Cass?

Ella miró a su alrededor.

—¿Tienes compañía?

—No.

—Heath está en Seattle y me sentía sola.

El cerró la puerta y la siguió hasta la cocina.

—¿Llevas prometida tres semanas y ya se te ha olvidado lo que es comer sola?

—¿Increíble, verdad?

James sabía por qué Cassie estaba allí y no tenía nada que ver con el hecho de que su prometido estuviera fuera de viaje. Durante el año en que James y Cassie habían estado trabajando como detectives en Are Seguridad, tanto ellos como su jefe, Quinn Gerard, habían forjado una gran amistad. Sólo a ellos les había hablado de su vida y de lo que estaba esperando.

—¿Has sabido algo? —preguntó ella, sacando unos platos.

—Nada.

—Dales tiempo.

—Quizá Paul ha decidido no cumplir nuestro acuerdo.

—Por lo que me has contado de Paul Brenley, no creo que debas preocuparte por que no mantenga su palabra —dijo Cassie, dejando la comida a un lado y apoyando las manos en la encimera—. Pensemos en nuestra mayor preocupación, ¿qué pasa si el chico no quiere conocerte?

—No sería extraño —dijo él, colocando un bote de queso parmesano junto a los platos,

—Eso es a lo que me refiero, Jamey. Si no recibes noticias de los Brenley, tendrás que buscarlos y obtener tú mismo las respuestas, algo que te resultará fácil, a menos que estén en algún programa de protección de testigos —dijo ella, sonriendo antes de continuar sirviendo los ravioli—. De hecho, me extraña que no lo hayas hecho ya.

—Prometí no buscarlos y he cumplido mi promesa. No quiero aprovecharme de mis fuentes a menos que me vea obligado a hacerlo. Vemos demasiadas cosas extrañas en nuestro trabajo, Cass. Quizá mi acuerdo con Paul fue poco más que un apretón de manos, pero quiero creer que él también cumplirá su parte.

Lo mismo había decidido aquella tarde respecto a la mujer que había chocado con su moto. Quería confiar en que cumpliría su palabra y que todavía existían personas en las que se podía confiar.

—Por cierto, ¿qué tal tu cita de anoche?

Se había olvidado de aquella mujer, lo que no era buena señal. Ya no salía con mujeres por diversión. Ahora, decidido a echar raíces, veía en cada mujer una posible esposa y madre de sus hijos.

—Estuvo bien —contestó.

—¿Cuántos años tenía?

Él la dirigió una mirada picara.

—¿Tan joven? —preguntó ella inocentemente.

—¿Acaso tengo que recordarte que tu novio es once años mayor que tú?

—Sí, once, pero no veinte.

—Tampoco era tan joven.

—Entonces, ¿cuántos años tenía?

—Veinticinco.

—Así que sólo diecisiete años de diferencia, no está mal. Jamey, Jamey, Jamey. Ahora, en serio, ¿qué es lo que buscas en una mujer tan joven?

«Hijos, un hogar», pensó.

—Fuerza —dijo, sonriendo en lugar de decir lo que estaba pensando.

Durante el resto de la noche, James evitó contarle a Cassie el incidente que había tenido aquella misma tarde con la moto, seguro de que le haría toda clase de preguntas cuando supiera que la mujer era de su edad. Seguramente le preguntaría si era atractiva. Recordó el modo en que se había acariciado el dedo anular, como si llevara una alianza. ¿Divorciada? ¿Viuda? Aunque había advertido cierta vulnerabilidad en ella, no le había parecido una mujer débil.

También le preguntaría si le había parecido inteligente, y sí, así había sido. Le había gustado especialmente el modo en que le había dicho que tomara un taxi y que luego ella se lo pagaría.

Pero la pregunta que Cassie le haría, y a la que no sabría dar respuesta, sería qué era lo que ocultaba. No lo sabía, pero era evidente que había algo cuando había evitado darle su nombre y los datos del seguro.

Aquel encuentro había llegado a su vida precisamente en un momento en el que necesitaba algo de acción.

Después de que Cassie se fuera a eso de las diez, James se sentó frente a su ordenador, pero no pudo concentrarse, así que salió al patio. El tamaño de su casa y la frondosa vegetación tamizaban el sonido de la calle. Los pájaros estaban durmiendo. Un año antes no habría podido imaginarse viviendo en una casa como aquella, de cuatro habitaciones y espacio suficiente para una familia. Había nacido y se había criado en San Francisco. Durante los veinte años que había pasado como cazarrecompensas y después de su divorcio, había ocupado un pequeño apartamento en la ciudad.

Al morir su padre el año anterior, James había decidido que ya había llegado el momento de tomarse la vida con calma y había encontrado aquella casa que, desde el primer momento, tanto le había gustado. Se había ocupado de arreglar el jardín y había muchas cosas por hacer en aquel patio. Al igual que en su vida. Ya habían quedado atrás los días en que perseguía a fugitivos.

Había decidido aceptar el empleo en ARC porque investigar era lo único que sabía hacer.

Pero también quería un cambio en su vida personal. Quería un hogar, aunque no uno tradicional. No le importaba si la mujer que eligiera como pareja tuviera hijos, aunque quería tener alguno propio, si es que todavía no era demasiado tarde.

Ya tenía un hijo propio, pero no le había visto crecer. Quizá ahora pudieran hacerse amigos. ¿Lo permitiría Paul? Y su esposa Caryn, a la que nunca había conocido, ¿pensaría que se estaba entrometiendo en sus vidas? ¿Habrían conseguido darle un hermano a aquel hijo? Había habido muchas veces en que se había preguntado si sería una buena idea conocer a aquel hijo, dadas las complicaciones que eso podría acarrear a todas las personas implicadas, pero él era un hombre de palabra que siempre cumplía sus promesas.

El no poder controlar la situación le sacaba de quicio. No había nada que pudiera hacer más que esperar.

Capítulo Dos

En un barrio tan familiar como el suyo, James había imaginado que muchos niños fueran a pedirle caramelos, pero no tantos. Una y otra vez abría la puerta, dejaba un puñado de caramelos en la calabaza o en una bolsa de plástico, cerraba la puerta y, apenas daba unos pasos, el timbre volvía a sonar.

Al ver que no podía hacer nada más, se sentó en los escalones de la entrada a dar los caramelos. Ya era de noche a pesar de que era temprano. Los niños iban acompañados de sus padres, que unas veces los animaban a superar su timidez y otras, trataban de controlar su charlatanería y curiosidad. A James le gustaban todos. Era su primer Halloween en un vecindario. Había disfraces comprados y otros hechos en casa. Piratas, princesas... Algunas cosas nunca cambiaban.

Conforme pasaron las horas, la edad de los niños fue aumentando. Iban en grupos y sin supervisión paterna.

Cuando por fin fueron disminuyendo, decidió entrar en la casa. Justo cuando se puso de pie, un joven se acercó y se detuvo al pie de la escalera.

—Sin disfraz no hay caramelos —dijo James.

El chico ni siquiera se había molestado en ponerse un sombrero, ni siquiera una máscara, a menos que considerara la chaqueta de cuero negro y las gafas de sol que llevaba dos horas después de la puesta de sol como un disfraz.

—Soy Kevin —dijo el chico, metiendo las manos en los bolsillos—. Kevin Brenley. ¿Es usted James Paladin?

Sintió un golpe en el estómago, una mezcla de dolor y felicidad. Tenía un hijo, Kevin. ¿Cómo había podido dudar de que quisiera conocer al chico?

—Sí, soy James —dijo cuando por fin pudo hablar. Su única relación era biológica y allí estaba, con aspecto asustado, hostil—, Gracias porvenir —añadió, extendiendo la mano.

El muchacho dudó unos segundos, estrechó su mano y rápidamente la volvió a ocultar en el bolsillo.

James trataba de controlar su torbellino interior.

—¿Quieres entrar? —preguntó sin saber muy bien qué hacer.

—¿Podemos sentarnos aquí?

—Claro —respondió James, indicando que se sentara a su lado, y sonrió al ver que Kevin se sentaba lejos de él. ¿Qué podía decirle a un muchacho del que era padre, pero al que nunca había conocido? ¿De qué asuntos banales podrían hablar antes de que alguno dijera algo importante? ¿Tenía derecho a hacer preguntas a aquel joven que ni siquiera se había quitado las gafas de sol?

James estaba sorprendido de que hubiera ido él solo, pero lo prefería. Si Paul hubiera estado allí, se habría sentido muy incómodo.

—¿Cómo está Paul?

—Mi padre murió hace un año.

James desvió la mirada, sintiendo una enorme tristeza. Sintió un nudo en la garganta y cerró los ojos. Hacía casi diecinueve años que no veía a Paul, pero todavía recordaba su rostro y su voz.

—Lo siento, lo siento mucho.

—Gracias —dijo Kevin, quitándose las gafas—. No he venido a buscar un padre sustituto.

Kevin estaba enfadado y James lo entendía. Su padre estaba muerto y James vivo. No era justo. La vida no era justa.

—No quisiera ocupar su lugar. El te crió.

—He oído que es investigador privado.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó James sorprendido.

—Me lo ha dicho mi madre. La semana pasada se enteró del acuerdo entre mi padre y usted y ha hecho algunas averiguaciones.

Era una mujer lista por no permitir que su hijo hiciera frente a aquella situación a ciegas. Pero James no pudo dejar de preguntarse qué habría pasado si no le hubiera parecido aceptable.

—Espero poder conocerla en alguna ocasión.

Kevin esbozó una medio sonrisa.

—Mi madre es bastante imprevisible.

—Está bien —dijo James sin saber qué responder a aquello. ¿Habría querido decir chiflada?—. ¿Sabe que estás aquí?

—No, y no tiene por qué enterarse.

—¿Por qué?

—Porque no le parecería bien.

Aquello no tenía ningún sentido para James.

—Pero dijiste que había hecho averiguaciones, y es evidente que ella te dio mi nombre y mi dirección. Es una manera de mostrar su acuerdo.

—Estaba cumpliendo la promesa de papá, eso es todo.

—Entiendo. Pero has venido, ¿por qué?

—Porque hay algo que puede hacer por mí.

—¿De qué se trata?

—Necesito que me ayude a encontrar al asesino de mi padre.

Impresionado, James estudió al muchacho, percatándose de su furia y dolor.

—¿Asesino?

Kevin asintió.

—Los policías dijeron que había sido un accidente, pero no lo creo.

Un grupo de niños se acercó y James se puso de pie y repartió los caramelos que le quedaban entre ellos.

Después de unos segundos, Kevin también se levantó. El parecido entre ambos era evidente, pensó James. ¿Se habría percatado Kevin? ¿Se sentía incómodo por ello? James y Paul eran parecidos, pero no tanto.

Apagó la luz del porche para evitar que más niños se acercaran y vio que Kevin miraba a su alrededor.

—¿Vive aquí solo? —preguntó Kevin con las manos en los bolsillos.

—Sí —respondió, indicándole el camino al salón.

—¿Tiene hijos?

—No.

—¿Por qué?

—Hasta el año pasado trabajaba como cazarrecompensas y no pasaba mucho tiempo en casa. No me parecía justo tener una familia y no pasar tiempo con ella.

—Mi padre también viajaba mucho.

—¿A qué se dedicaba?

—Era especialista de cine.

James se sentó en una butaca, convencido de que sentado impondría menos. Kevin paseó por la habitación y se detuvo a contemplar algo, antes de seguir.

—¿De Hollywood?

—Sí.

—Su muerte debió de ser noticia.

Kevin tomó un trozo amarillo de cuarzo que estaba sobre la chimenea y lo examinó.

—Así fue.

—Quizá yo estuviera fuera del país cuando ocurrió. ¿Dónde vivíais?

—Al sur de California, cerca de Sylmar. Teníamos un pequeño rancho.

—¿Con caballos?

—Sí. No puedes ser un buen especialista si no sabes montar a caballo —dijo Kevin. Por el tono de su voz, era evidente que le había parecido una pregunta estúpida.

—Lo imagino. ¿Sabes montar?

—Por supuesto.

—¿Tu madre también?

Kevin lo miró con frialdad.

—¿Me ayudará?

Así que se había acabado la charla. Kevin no tenía ningún interés en James más allá de lo que pudiera hacer por él. Al menos, era algo.

—Cuéntame lo que sabes.

Después de un año, era obvio que le costaba hablar del accidente.

—Papá estaba montando en moto por el camino del cañón.

—¿Por qué crees que fue intencionado?

—Mi padre era cuidadoso, muy cuidadoso. Comprobaba cada escena diez veces. Además, se conocía cada centímetro de esa carretera. Es imposible que tuviera un accidente.

—¿Aunque estuviera lloviendo?

—Hubiera sido aún más cauto —afirmó con seguridad. *

—Pero la policía no piensa así, ¿no?

—La policía no conocía a mi padre —dijo, cruzándose de brazos—
Mire, si no quiere ayudarme, dígamelo.

—¿Se comportaba de manera diferente? ¿Tienes algo concreto con lo que empezar?

—Sí, se mostraba diferente, no sé cómo describirle, pero era diferente.

—¿En qué aspecto?

El muchacho cerró los ojos unos instantes.

—Sé que no tiene sentido. Era como si estuviera distraído.

—¿Hablaste con él de eso?

—Más o menos. Le pregunté si pasaba algo, pero dijo que no, que sólo estaba cansado.

—¿Le creíste?

—No le di importancia, pensé que necesitaba tiempo. Siempre me contaba todo y pensé que, antes o después, también me contaría lo que le estaba pasando.

Estaba claro que no le contaba todo. La decisión de James era sencilla. Ayudaría a Kevin ya que si no lo hacía, el muchacho desaparecería de su vida tan rápidamente como había llegado. Además, quería ayudarle a superar el dolor.

James entendía la prisa que sentía Kevin por hacer justicia.

—Lo investigaré —dijo James.

—No parece que me creas.

—Creo que conocías a tu padre mejor que cualquier otra persona, exceptuando a tu madre. Pero no quiero que te hagas falsas esperanzas.

Kevin se quedó mirándolo fijamente. Parecía estar a punto de marcharse en cualquier momento.

—Necesitaré información —añadió James, poniéndose de pie—. Deja que tome un papel. ¿Quieres comer o beber algo?

—No tengo hambre.

El timbre sonó, pero James lo ignoró pensando que se trataba de más niños pidiendo caramelos, y convenció a Kevin para que se sentara. Tomó nota de los detalles del accidente tales como dónde y cuándo había ocurrido, qué departamentos de policía se habían ocupado de la investigación y una descripción más exacta del extraño comportamiento de Paul.

—Veré qué puedo hacer con esto —dijo James—, Dame un par de días para hacer algunas averiguaciones. ¿Quieres que te llame?

Kevin tragó saliva y luego negó con la cabeza. James hizo como si no se percatase de lo importante que era aquello para Kevin.

—Dime tu teléfono y tu dirección —añadió James.

Kevin sólo le dio un número de teléfono.

—Es mi móvil.

Era la segunda vez en una semana que alguien evitaba darle información personal. La imagen de la mujer que había chocado contra su moto se le vino a la cabeza. Tenía la misma expresión de cautela que ahora veía en Kevin.

—Tengo que irme —dijo Kevin, levantándose y poniéndose de nuevo las gafas de sol para salir a la oscuridad de la noche.

James no quería que se marchara, pero entendía que si quería una relación con aquel muchacho, sería mejor tomárselo con calma. Se le había presentado una oportunidad de oro para conocer a Kevin y no quería echarla a perder.

James extendió su mano y Kevin la estrechó.

—Gracias —murmuró, y se dirigió a la puerta dando pasos largos y rápidos. Cerró, haciendo vibrar la ventana, y sus pasos se alejaron escaleras abajo.

El silencio se hizo más ensordecedor que nunca en la enorme casa que James tanto apreciaba. Jamás se había parado a pensar en lo vacía que estaba y, ahora, deseaba llenarla.

Tomó una cerveza y se fue al estudio. Primero, echaría un vistazo a los artículos de prensa acerca de la muerte de Paul. Se sentó frente al ordenador y se quedó inmóvil recordando cómo había conocido a Paul y lo que había pasado entre ellos y que había hecho que James se sintiera obligado con él.

Necesitaba contárselo a alguien, pero no a su madre, al menos hasta que surgiera una relación. Quinn estaba en Los Ángeles ayudando a otros miembros de ARC en un importante caso. Sólo le quedaba Cassie. Llamó a su casa y saltó el contestador automático. Colgó, dudando si llamarla al móvil, pero no quería interrumpirla, ya que estaría con su novio. Seguramente estarían fuera divirtiéndose.

El timbre sonó. Y al igual que antes, no hizo caso. Volvió a sonar y a los quince segundos, otra vez. Molesto, se dirigió hacia la puerta. Cuando él era niño, la luz apagada del porche significaba que no molestaran. Además, ya no le quedaban caramelos.

Abrió bruscamente la puerta, decidido a dar una clase de educación y buenos modales a algún chiquillo, pero, en su lugar, se encontró con la mujer del accidente, en vaqueros y jersey rojo.

—¿Interrumpo algo? —preguntó. Parecía a punto de marcharse.

—No —dijo, sorprendido al verla allí—. No, por favor, pase.

—No, gracias. Siento venir tan tarde, pero vi que había luz dentro. Sólo quería saber si tiene el presupuesto de los daños, por si le debo más dinero.

Quizá fuera porque se le había disparado la adrenalina al conocer a Kevin, pero lo cierto es que su corazón comenzó a latir más deprisa. Seguramente tenía algo que ver en ello el hecho de que la encontrara atractiva. Le agradaba que fuera una mujer de palabra, lo que era una prueba de que aquel tipo de personas existía. También le gustaba la expresión inteligente de sus ojos, la misma que había visto en Kevin. Incluso el color de sus ojos azules era el mismo...

—¿Señor Paladín? —dijo ella, dando un paso atrás.

—¿Quiere cenar? —preguntó James.

Necesitaba hablar con alguien de lo que le acababa de pasar. Tenía la sensación de que ella podría animarlo y darle algún buen consejo acerca de cómo manejar la situación. Quizá tuviera hijos adolescentes.

—¿Con usted?

El sonrió al percibir el tono de sorpresa en su voz.

—No, gracias —negó ella con firmeza—, ¿Le debo algo?

Se sentía decepcionado aunque no sorprendido por su negativa.

—El mecánico todavía no me ha contestado. Si quiere dejar su nombre y su teléfono, la llamaré en cuanto lo sepa.

—Volveré —dijo ella, bajando las escaleras.

James la observó hasta que la perdió de vista, contemplando el movimiento de su trasero. Aunque era delgada, tenía curvas en los sitios adecuados.

No sabía por qué sentía tanta curiosidad por aquella mujer, especialmente teniendo en cuenta que no coqueteaba con él y que le hablaba como si estuvieran haciendo negocios. De hecho, lo miraba como si tuviera la peste. Se sentía atraído por ella físicamente, aunque había algo más.

Dispuesto a ignorar la decepción que sentía, se cambió los zapatos por botas, se puso la cazadora de cuero y el casco y salió de la casa. Necesitaba compañía y una copa, así que decidió salir y aprovechar para hacer un pequeño trabajo.

Con los nervios a flor de piel, Caryn se sentó en su coche tratando de calmarse. Al poco tiempo, vio a James bajar las escaleras, subirse a la moto que había aparcada frente a la casa y que imaginaba que sería la que le habían prestado, y marcharse.

Lo siguió. No sabía muy bien por qué, quizá fuera porque ella estaba a punto de encender el motor y...

No, no era cierto. Lo cierto es que se sentía fascinada por él. Si la casa servía de muestra, era evidente que le iba bien en la vida. Estaba muy guapo en vaqueros y camiseta. No parecía un aventurero, un hombre al que le gustaran los riesgos como a Paul.

Caryn deseaba poder enseñarle a James una foto de Kevin, hablarle del hijo tan maravilloso que tenía y agradecerle la generosidad que había mostrado al hacer posible que Kevin existiera. Quería preguntarle por qué lo había hecho, pero no podía. Kevin tenía que hacer el acercamiento, pero de momento no parecía dispuesto a hacerlo.

Se había sentido tentada a ir a cenar con James. Estaba evitando darle información por una buena razón. Si Kevin se ponía en contacto alguna vez con él y James y ella llegaban a conocerse oficialmente, sería un desastre si había mentiras entre ellos. De momento, todo lo que había hecho era excusable, dadas las circunstancias.

Dejó que un coche se interpusiera entre la moto y su coche, con la esperanza de que no la viera. Quería saber a dónde iba después de haber rechazado su invitación.

Era una aventura seguirlo. Sonrió por la excitación que sentía en su interior. Aquella subida de adrenalina era lo último que necesitaba. Su vida comenzaba a encauzarse después de la muerte de Paul y no necesitaba complicársela. Pero a la vez, deseaba conocerlo y que Kevin tuviera un padre de nuevo, una buena influencia masculina. Llevaba un año sin intimidad y su cuerpo reaccionaba ante su sola presencia.

Parecía haberse dado cuenta de que lo seguía y, Después de unos cuantos giros más, se detuvo ante un ruidoso bar, al lado de otras motos. No tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo volver a casa. Y lo que era peor, la había visto. Disminuyó la marcha hasta detenerse y él se acercó hasta la ventanilla del coche, quitándose el casco.

—¿Ha cambiado de opinión?

—¿Sobre qué?

—Acerca de cenar conmigo.

—No.

—Entonces, ¿por qué estaba siguiéndome?

—No lo sé —dijo Caryn.

El levantó las cejas.

—Está bien, seré franca. Sentía curiosidad. Le vi salir y simplemente decidí seguirlo. Y ahora no sé dónde estoy. No he dejado de fijarme en usted para no perderlo y ahora no sé volver.

—Si hubiera querido perderla, lo hubiera hecho.

Tenía que haberlo imaginado.

—¿Estaba jugando conmigo?

—Estaba comprobando si me estaba siguiendo —respondió, apoyando el brazo en el techo del coche—. La invitación sigue en pie.

Ella miró hacia el bar. Otra moto se había detenido en la puerta y un hombre gordo ayudaba a una mujer a bajarse. Ambos llevaban los brazos llenos de tatuajes.

—Aquí no —dijo él, esbozando una sonrisa contagiosa.

—Apuesto a que esa sonrisa suele funcionar —dijo ella, tratando de relajarse.

No había hecho nada para intimidarla, aunque así se sintiera. Pero ése era su problema y no el de él.

—Me intriga —dijo él.

¿Ah, sí? Normalmente era muy clara y nada misteriosa. ¿Sería porque no le había dado su nombre por lo que pensaba que se estaba mostrando misteriosa? En lugar de decirle que ella era la persona menos misteriosa del mundo, sonrió.

¿Cómo puedo regresar a Market?

James no perdió ni un segundo para darle las indicaciones y luego se apartó. Su sonrisa había desaparecido.

—Lo veré dentro de un par de días.

El asintió con la cabeza.

Mientras se alejaba, se sintió fatal, como si se hubiera comportado como una adolescente sin escrúpulos. Le había contestado sin tan siquiera pararse a pensar en lo que decía. Estaba cayendo en una situación que tenía que evitar a toda costa. Y temía ser incapaz de detenerse.

Capítulo Tres

Normalmente, James recogía toda la información en un dossier que luego entregaba al cliente para que conociera el estado de la investigación. Pero por razones puramente egoístas, esta vez no lo haría para Kevin por miedo a que desapareciera. Le haría ir y quedarse a escuchar el resultado de las primeras averiguaciones. Al menos, podrían pasar un rato juntos.

Era martes por la tarde y hacía tres días que Kevin había aparecido en su vida. James andaba distraído no sólo por Kevin, sino también por la mujer misteriosa. No sabía qué pensar de ella. Lo había seguido, había coqueteado con él y, de pronto, lo había rechazado. Era una mujer imprevisible.

Lo mismo había dicho Kevin de su madre. Al parecer, era la definición de la mujer moderna. Claro que él prefería una mujer imprevisible que una predecible.

James había llamado a Kevin a su móvil y lo había pillado saliendo de su última clase. Estaba de camino.

Convencido de que para llegar al corazón de un adolescente no había nada mejor que hacerlo a través del estómago, James había preparado una fuente con patatas fritas y varias salsas que había dejado sobre la encimera de la cocina, ya que le parecía un lugar más relajado que el salón para hablar.

Se acercó hasta la ventana para ver llegar a Kevin. La ansiedad lo estaba consumiendo. No estaba preparado para aquello. Dijera lo que dijera e hiciese lo que hiciese, Kevin podría sacar cualquier conclusión. Todo era posible en la mente de un adolescente.

No lograba entender por qué no quería Kevin que su madre supiera que se habían conocido, pero al menos se alegraba de que ella considerara la promesa de Paul sagrada. Aunque en cualquier caso, ¿cuánto tiempo pensaba Kevin que podría ocultárselo a su madre?

Kevin apareció, con las manos en los bolsillos, sus gafas de sol y una gorra de los Dodgers en la cabeza. ¿Dónde había aparcado? Había algunos sitios libres para aparcar frente a la casa, pero venía andando. Aunque la gran pregunta era si debía abrir la puerta o esperar a que Kevin llamara. Odiaba no saber cómo comportarse con Kevin. ¿Sería conveniente que el

chico se diera cuenta de lo ansioso que estaba por verlo o creería que James se había hecho ilusiones?

Decidió dejar que el muchacho llamara a la puerta y abrió casi al instante.

—¿Qué tal va todo? —preguntó, dirigiéndose hacia la cocina y dejando que Kevin lo siguiera.

—Bien.

—He imaginado que tendrías hambre —dijo, señalando los aperitivos—. ¿Qué quieres beber?

—Zum de naranja.

Ocultando la sonrisa, James abrió la nevera y sacó el zumo, dejando en su interior los seis tipos de refrescos que había comprado confiando en que uno de ellos fuera el favorito de Kevin. Llenó un vaso y se alegró al ver que Kevin ya estaba dando cuenta de las patatas fritas.

—¿Qué estás estudiando?

—Criminología —contestó, desviando la mirada hacia el dossier que descansaba a un lado de la encimera—. ¿Ha averiguado algo?

«Criminología. Lo mismo que Paul y yo», pensó James, sentándose y dejando una silla libre entre ellos.

—Me he enterado de muchas cosas, pero no creo que sea nada nuevo para ti.

El timbre sonó y James se excusó.

—Estoy esperando un paquete. Enseguida vuelvo,

Resultó ser un paquete, pero no el que estaba esperando. Tendría un metro y sesenta centímetros de estatura y vestía su uniforme de camarera.

—Mujer misteriosa —dijo fríamente. Lo había incomodado la noche anterior con su coqueteo o lo que fuera, pero no lograba convencer a sus hormonas de que se tranquilizaran.

—Hola. Estaba en el vecindario —dijo ella, sonriendo con nerviosismo.

—Tengo compañía. ¿Podría regresar dentro de un rato?

Sus ojos lo miraron impacientes.

—¿Cuánto tiempo necesita para darme una respuesta? Quiero saber si le debo dinero.

Podía darle una respuesta, pero no quería hacerlo todavía. Obviamente, había algo entre ellos y quería saber por qué se resistía a aquella atracción.

—Yo...

—¿Me has seguido?

Kevin apareció junto a James y se estaba dirigiendo a la mujer.

—¿Kevin! —exclamó. Sus ojos fueron de Kevin a James una y otra vez—. No sabía que estabas aquí.

—Te lo dije, mamá. Tengo que encontrar al asesino de papá.

¿Mamá? Aquello comenzaba a tener sentido. A pesar de que Kevin había acusado a su madre de seguirlo, era evidente por su expresión de sorpresa que no sabía que el chico estuviera allí.

—Tengo dieciocho años. No puedes decirme lo que tengo que hacer.

—No te he seguido —respondió ella.

El muchacho se giró hacia James.

—Entonces, ¿ha sido idea tuya llamarla? Muchas gracias por nada.

James lo agarró del brazo al ver que se iba.

—No tan rápido. No sé qué está pasando, pero puedo imaginarlo. Quiero que entréis los dos y hablemos.

Kevin trató de soltarse.

—Suéltame.

—Hijo...

—No soy tu hijo.

Era sólo una manera de hablar. Había dicho aquella palabra sin pensar.

—Lo siento, Kevin. Pero escucha un momento. Tu madre y yo nos conocimos el otro día, no tenía ni idea de quién era. Está aquí porque chocó contra mi moto y va a pagar la reparación, no porque estemos conspirando contra ti —dijo, lanzando una mirada a Caryn—. Quizá ahora prefiera ponerse en contacto con su compañía de seguros.

A Caryn le daba igual la reparación de la moto. El dolor que veía en los ojos de Kevin le recordó los momentos durante el último año en los que le había pedido que dejara de investigar la muerte de Paul. Había llegado a

creer que finalmente había aceptado la versión de la policía de que su padre había muerto en accidente.

Pero era evidente que no lo había hecho. Necesitaba detenerlo antes de que a él le ocurriera también algo.

—Me voy.

—¡Kevin!

—Me voy a casa —dijo el muchacho, marchándose.

—Vino a que lo ayudará a encontrar al asesino de Paul.

Ella sintió. No sabía si decirle que ella también tenía sus sospechas.

—¿Cree que lo asesinaron, Caryn?

—Dijeron que fue un accidente.

—No he preguntado eso.

—A Paul le gustaba apostar.

—¿Y eso tiene que ver con su muerte?

—No lo sé.

Eran suposiciones y no quería compartirlas con él.

—Creo que sí lo sabe —dijo James, inclinándose hacia delante para mirarla directamente a los ojos. ¿Tenía deudas?

—Sí, pero ya están pagadas.

—¿Cómo?

—Yo las pagué.

La observó en silencio, manteniendo su mirada,

—¿Le ha quedado algo?

—Lo suficiente.

—¿Lo suficiente para qué?

Ella se levantó del sofá, se acercó a la chimenea y se quedó contemplando el cuadro que colgaba sobre ésta.

—Lo suficiente para que Kevin estudie en la universidad y para poder comprar un dúplex aquí.

—Pero nada para asegurar el futuro.

—Esas dos cosas son mi futuro.

—Me refiero a algo para cuando se retire —dijo James, poniéndose de pie y acercándose a ella.

Caryn trató de mostrarse indiferente, pero su cercanía la tentaba de un modo que nunca antes había sido tentada.

—Me queda mucho tiempo hasta que me retire.

—¿Trabaja como camarera?

—Sí. ¿Qué pasa? Es una profesión decente. Serví muchas mesas cuando era joven.

—No pretendía molestarla. Siento curiosidad por su vida, especialmente en lo que a Paul se refiere.

—Criábamos caballos. Los dos nos dedicábamos a ello. Requería mucho esfuerzo.

—¿Por qué se mudó a San Francisco?

—Lo considero mi hogar.

Además, necesitaba irse del valle y alejarse de todos los recuerdos.

—¿Tiene familia aquí?

Se estaba impacientando con todas aquellas preguntas, aunque entendía por qué tenía que hacerlas.

—Ya no, pero Kevin decidió venir aquí a la universidad y decidí volver a casa —dijo, y se cruzó de brazos.

—No le ha gustado que se pusiera en contacto conmigo, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué no?

«Porque le caerás bien. Te gustan los riesgos como a su padre. Se entusiasmará y yo quedaré relegada a un segundo plano».

—No hace falta que me conteste —añadió James, apoyando su mano sobre el hombro de Caryn—. Creo que sé la respuesta. No voy a alejarlo de usted. No podría aunque quisiera.

Sintió electricidad con aquel roce. Llevaba casi un año, trescientos sesenta y uno días exactamente, sin ser acariciada por un hombre y todas sus hormonas se despertaron.

—Mire —dijo ella, ignorando aquellos pensamientos—. Lo contrataré para que lleve a cabo una investigación a fondo. Sólo quiero que deje a Kevin fuera de esto.

—No puedo hacerlo.

Ella se giró, dándole la espalda. Se sentía dolida y enfadada. ¿Cómo podía proteger a su hijo? ¿Cuánto tendría que revelarle a James para que cambiara de opinión o al menos para que investigara por su cuenta?

—Kevin necesita involucrarse. Quería a su padre y es un asunto de honor para él. Si no consigue una respuesta que lo satisfaga, nunca se quedará tranquilo. Necesita tomar parte de todo este proceso. Lo protegeré, estará seguro.

¿Cómo podía garantizárselo? Claro que si no lo permitía, tendría un enfrentamiento con su hijo y no quería que eso pasara. Había echado a perder muchas cosas durante el último año, incluida la poca inocencia que le quedaba. Su relación con Kevin se había complicado durante ese último año y especialmente desde que cumpliera dieciocho años, un mes atrás.

—Yo también quiero involucrarme —dijo, girándose hacia James con expresión neutral.

El se quedó en silencio durante largos segundos.

—Está bien. Pero digámosle a Kevin que fue idea mía. Creo que se lo tomará mejor si le digo que es parte del plan.

—De acuerdo.

¿Cómo iba a poder trabajar con él sintiendo aquella atracción? Tenía una manera de fijar su atención en ella, de mirarla directamente a los ojos, que le gustaba. Hacía mucho tiempo que nadie la escuchaba con tanta atención. Sabía que Paul había dejado de mirarla directamente a los ojos por la culpabilidad que sentía.

—Lo llamaré ahora mismo —dijo James, y comenzó a marcar el número en su teléfono móvil. El timbre de la puerta sonó y, con el teléfono en la oreja, abrió la puerta y recogió el paquete, que dejó sobre una silla antes de volver al salón.

—Kevin, soy James. Quiero seguir adelante con la investigación. Cuando escuches este mensaje, llámame. O mejor, ven si puedes y hablaremos —dijo, y colgó—. He dejado un mensaje en el buzón de voz.

—¿Y ahora qué? —preguntó Caryn.

—Esperaremos. ¿Tiene hambre?

Así era, pero no se había dado cuenta ya que hasta un minuto antes su estómago era un nudo de nervios.

—Creo que podría comer algo.

—Puedo preparar unos sándwiches. Comamos algo mientras esperamos a Kevin. Y creo que va siendo hora de que nos tuteemos.

Lo siguió hasta llegar a una bonita cocina de muebles blancos, electrodomésticos de acero inoxidable y encimera de granito. La combinación entre materiales antiguos y nuevos era perfecta para la casa.

James sacó unas bandejas de embutidos de la nevera y las dejó en la encimera.

Caryn quería hacerle unas preguntas y prefería que Kevin no estuviera presente. Estaba disfrutando allí, sentada, viéndolo moverse en la cocina.

—¿Qué puedes decirme acerca de la muerte de Paul que no esté en el informe de la policía? —preguntó él.

—¿Qué te hace pensar que hay algo más?

El buscó su mirada y la mantuvo con expresión seria.

—Está bien —admitió ella por fin—. Es cierto que hay más.

Debía haberse imaginado que James no dejaría las cosas como estaban.

Capítulo Cuatro

James no tenía ninguna duda de que había algo más. Sus sospechas no se habían originado a partir del informe policial, sino por el comportamiento de Caryn. Sabía reconocer cuándo le estaban mintiendo y era evidente por la expresión de su rostro, que ella lo estaba haciendo. Estaba decidido a mantener las distancias ahora que sabía quién era, pero la atracción no hacía más que ir en aumento, especialmente desde que estaba conociendo más acerca de ella, lo que no era una buena señal.

—Háblame de las apuestas —dijo él.

—Hay algunas cosas que no quiero que Kevin sepa.

—Te arriesgas demasiado.

Ella se quedó mirándolo largos segundos antes de asentir.

—Puedo contarte lo que he averiguado desde que Paul murió. Antes no me había dado cuenta de nada, a pesar de que en ocasiones me preguntaba por qué no nos iba mejor económicamente.

Tenía las manos entrelazadas sobre su regazo. Su expresión parecía indiferente, pero sus ojos reflejaban dolor, seguramente debido a todas las cosas que había tenido que afrontar ella sola, imaginó James.

—Algunos hombres vinieron a mi casa justo después del funeral. Tenían unos pagarés.

—¿Firmados por Paul?

—Sí.

—¿Por qué importe?

—Ochocientos mil.

James sintió un arrebató de furia, aunque no sabía si tenía que ver con aquellos hombres o con Paul.

—¿Y les creíste?

—Al principio no. Había oído que había personas que se dedicaban a estafar a las familias de los fallecidos, así que los eché de mi casa. Tenía el teléfono en la mano y comencé a llamar a la policía. Me dijeron que si lo hacía...

Ella cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Harían daño a Kevin?

Ella asintió.

—Me dijeron que revisara las cuentas bancarias y todos los papeles del banco, de los que siempre se había ocupado Paul. Me dieron de plazo una semana y entonces regresaron. Bueno, eso no es del todo cierto. Siempre había alguien vigilando mi casa, imagino que para asegurarse de que no salía huyendo.

Podía imaginar su miedo. Debería haber llamado a la policía, pero no podía decírselo ahora que ya era demasiado tarde.

—¿Comprobaste si tenían razón?

—No pude verificar la cantidad exacta, pero tenía que haber habido más dinero invertido. No supe cuánto dinero había ganado y perdido Paul, ni cuánto había apostado. Pero estoy segura de que tenía que haber habido mucho más dinero ahorrado en el banco —dijo, pasándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. No puedo creer que fuera tan estúpida. Siempre decía que todo iba bien, pero nunca parecía que tuviéramos suficiente. Ni siquiera podíamos criar nuestros propios caballos y nos ocupábamos de los de otra gente.

—Si tanto te intrigaba, ¿por qué no se lo preguntaste?

—¿Qué puedo decir? Habría parecido que estaba protestando porque no pudiera ocuparse de nosotros. Lo quería y confiaba en él. Sabía que le gustaban los riesgos, pero nunca me imaginé que también le gustaran los riesgos económicos.

—¿Cómo lograste pagar sus deudas, Caryn?

—Con lo que cobré del seguro.

—¿Tanto esperaron para saldar la deuda?

—¡Desde luego! Querían su parte del pastel.

—¿Cómo?

—Cobraron intereses. Por suerte, dado su trabajo de especialista, tenía un buen seguro y nunca dejó de pagar la póliza.

—Entonces, fue cuando decidiste vender el rancho y mudarte aquí.

—Quería volver a casa. Quería volver a sentir la niebla, subir y bajar las colinas y disfrutar de nuevo del olor a mar. Deseaba volver al bullicio y al ajetreo.

—¿El rancho estaba apartado?

Ella se sobresaltó al oír el timbre de la puerta y él la tranquilizó tocándola en el hombro. Se sentía capaz de matar a Paul por lo que le había hecho pasar a Caryn. Sorprendido por sus pensamientos, se contuvo. Estaban intimando demasiado deprisa.

—Confíemos en que sea Kevin —dijo él, saliendo de la cocina.

—No le contarás nada, ¿verdad?

—No te preocupes.

Se sentía tan protector como ella, aunque no estaba seguro de que ocultar aquello al muchacho fuera lo mejor. Si llegaba a enterarse de lo que hacía su padre...

—Dijiste que ibas a seguir con la investigación —dijo Kevin en tono acusador cuando James le abrió la puerta—. ¿Qué hace el coche de mi madre todavía aquí?

—Quiero que ella también esté al tanto.

No...

—Tiene derecho —dijo James, interrumpiéndolo. No podía amenazarlo con dejar la investigación ya que si no, el chico podía continuar la investigación por otro lado.

—De acuerdo —dijo Kevin después de unos segundos.

—¿Tienes hambre? Pensaremos en lo que vamos a hacer mientras cenamos.

Deseaba pasarle el brazo por los hombros mientras caminaban. Sabía que no podía considerarse su padre, pero sentía la necesidad de protegerlo. Quizá fuera porque durante años había sabido que tenía un hijo en algún lugar. Sabía que bajo aquel comportamiento beligerante de Kevin, había mucho dolor y confiaba en que pudiera aliviarlo de alguna manera averiguando la verdad. Ahora que James sabía de las apuestas de Paul y de los buitres que habían hecho acto de presencia después de su muerte, empezaba a pensar que Kevin podía tener razón al afirmar que su padre había sido asesinado.

James observó cómo Caryn abrazaba a Kevin. Después de unos segundos, Kevin correspondió y después tomó asiento al otro extremo de la encimera, dejando dos sillas libres entre su madre y él, lo que significaba que James tendría que elegir junto a cuál de los dos se sentaría.

Pero en vez de eso, rodeó la encimera y sacó unas bandejas de embutidos que colocó entre ambos para que se prepararan sus propios sándwiches. Se quedó de pie donde estaba, observándolos.

—Esto no tiene por qué ser incómodo —dijo James, mirando a uno y otro—. Es una situación extraña, tengo que reconocerlo, pero no hay ninguna razón para que no estemos todos a gusto.

—Es raro —dijo Kevin.

—Estoy de acuerdo, pero concentrémonos en lo que os ha traído aquí.

—El asesinato de mi padre.

—Dejémoslo de momento en su muerte —dijo James mientras veía cómo Kevin se preparaba un enorme sándwich, sintiendo una cierta satisfacción al verlo relajado—. ¿Se quedó la policía con los restos de la moto? —preguntó, dirigiéndose a Caryn.

—Sí.

—Veré si puedo descubrir dónde los guardan y si lo consigo, pediré que los manden a un mecánico de confianza para que eche un vistazo.

Mientras comían, revisaron el informe que James había preparado. Nada de lo que allí se decía era nuevo para Kevin.

—¿Qué crees que podemos descubrir que sea diferente? —preguntó el muchacho a James—. ¿Con quién hablamos?

James evitó mirar a Caryn. De momento, estaba de acuerdo con ella en que no había necesidad de que Kevin supiera de la afición de su padre por las apuestas.

—Dime por qué crees que fue asesinado.

—Intuición. Debía saber algo o había visto algo. Siempre están pasando cosas en Hollywood.

—Eso es muy impreciso.

—Escucha: sé que mi padre conocía muy bien esa carretera. Alguien tuvo que hacerle algo.

—Kevin tiene razón —convino Caryn, recogiendo los platos mientras rodeaba la encimera. Abrió el grifo, y añadió—: Pero había estado lloviendo y...

Kevin se giró hacia ella.

—¡Como si no le hubiera llovido nunca! Vamos mamá, despierta.

—Vayamos por partes —intervino James—. Trataré de averiguar algo acerca de los restos de la moto. Caryn, has revisado sus papeles, ¿hay algo que nos pueda servir de pista? Alguien tiene que revisarlos detenidamente y analizarlos —dijo, confiando en que captara el mensaje de que quería que Kevin se ocupara de ello.

—No he acabado de revisar todo —dijo ella.

—Yo lo haré —se ofreció Kevin— ¿De acuerdo, mamá?

—Claro.

Mostrando por fin cierto entusiasmo, el muchacho dejó la servilleta a un lado y se levantó de la silla.

—¿Ahora mismo? —preguntó Caryn.

—Sí, nos veremos en casa. Adiós.

—Espera un momento —dijo James.

Kevin se detuvo y se cruzó de brazos.

—Necesito algo a cambio.

James sintió los ojos de Caryn sobre él. Debería haberlo hablado con ella antes, pero no había tenido oportunidad.

—Mi padre también murió el año pasado —dijo James. Kevin ni se inmutó—. Desde entonces, mi madre ha estado muy sola y deprimida, como podrás imaginarte. Estoy seguro de que si te conociera, le haría mucho bien.

—De ninguna manera yo...

—Es lo único que te pido.

Se hizo un largo silencio. James no quitó ojo de Kevin y Caryn permaneció callada. ¿Intervendría si Kevin decía que no?

—Está bien —dijo por fin, y se marchó.

Caryn se giró hacia James.

—Estoy segura de que quería darte las gracias por la cena y por ayudarme, mejor dicho, ayudarnos a descubrir la verdad.

—Eso está por ver. Si Paul estaba involucrado con el crimen organizado, probablemente no consigamos respuestas, al menos no sin ponernos en peligro.

—No quiero eso.

—Lo sé.

Ella se secó las manos en un trapo y se apoyó en la encimera.

—Siento haberte mentido la semana pasada.

—Entiendo por qué lo hiciste —dijo, preguntándose qué iban a hacer acerca de la evidente atracción que había entre ellos—. Siento no haberte hablado de mi madre antes.

—Si alguien me hubiera ofrecido ese tipo de distracción tras la muerte de Paul, lo hubiera agradecido.

—¿Me darás ahora tu número de teléfono? —preguntó él, acercándole un trozo de papel.

Ella sonrió y lo escribió.

—¿Cuándo trabajas? —preguntó James.

—De lunes a viernes de seis de la mañana a tres de la tarde.

—¿Dónde?

Caryn sacó un manojito de llaves de su bolsillo.

—En el club Golden Gate.

Aquél era un club privado de golf y tenis, casi tan antiguo como el puente colgante de San Francisco. El turno que hacía no era tan bueno como el de las noches y los fines de semana. Probablemente, tendría que pasar un tiempo hasta que pudiera trabajar en aquellos turnos.

—Kevin se siente atraído por Venus, una de mis compañeras.

El sonrió.

—¿Venus? ¿Acaso tiene aspecto de diosa?

—Sí, bastante —respondió. Por fin sus ojos mostraban algún brillo—. Tiene veintitrés años, es rubia y tiene el cuerpo con el que sueña todo adolescente.

—¿Cuándo puedo conocerla?

Ella sonrió.

—Quizá pudieras hablar con él y darle algún consejo —dijo Caryn.

—¿Como cuál? ¿Que use preservativos?

Ella le dirigió la misma fría mirada del primer día que tanto le había gustado, y entonces él rió.

—Tiene dieciocho años y, a esa edad, a los chicos les gusta el tipo de mujeres que has descrito. ¿Qué clase de relación tienen?

—¿Relación?

—¿Hablan o sólo flirtean? ¿Lo trata ella como si fuera su hermano pequeño?

—Ella no hace nada por disuadirle.

—¿Cuándo se ven?

—Ella no tiene experiencia sirviendo mesas y no tiene familia en San Francisco. Es como si la hubiera tomado bajo mi protección y está siempre cerca.

—¿Kevin tiene trabajo?

—Está presentando solicitudes aquí y allí, pero no tiene nada todavía.

—¿Quieres que vea si puedo hacer algo?

Ella enarcó las cejas.

—¡Eso sería estupendo!

—¿Qué está buscando?

—Es muy bueno en matemáticas, aunque no se le da bien escribir. Le fascinan las armas y es un deportista bastante bueno.

—¿Crees que podrá repartir pizzas?

Ella rió y eso le gustó a James. Le había llevado mucho tiempo conseguir que se relajara.

—¿Es todo esto tan raro para ti como lo es para mí? —preguntó James mientras se dirigían a la puerta.

—Sí —dijo ella. Parecía aliviada por poder reconocerlo.

—Cambia lo que empezamos la semana pasada, ¿verdad?

Ella detuvo su mirada en James.

—¿Qué es lo que empezamos?

—El coqueteo —dijo él a modo de prueba. Necesitaba saber a qué se estaba enfrentando y cómo continuar con una relación que le resultaba extraña—. ¿O acaso era tan sólo un juego para despistarme?

—¿Quieres saber la verdad?

—Desde luego.

—No pude evitarlo —dijo ella, dejando escapar un suspiro—. Sé que eso complica las cosas.

Él metió las manos en los bolsillos.

—Será mejor que vayamos con calma.]

Ella asintió. Le gustaba que no disimulara la atracción que se había instalado entre ellos desde el primer momento.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Hacer el qué?

—¿Por qué te hiciste donante?'

La respuesta vino a la mente de James, pero la apartó.

—Eso es una historia para otro día. Kevin te está esperando.

—Ahora eres tú el que me intriga, James.

—Mis amigos me llaman Jamey. Puedes llamarme así si quieres.

—No me has contestado. ,

—Te lo contaré cuando tengamos más tiempo —dijo, j abriéndole la puerta—. ¿Cuánto tiempo crees que necesitará Kevin para revisar los papeles de Paul?

—Depende de lo rápido que lo haga. Lo cierto es que hay bastantes. Puedo pedirle que los coloque y los archive.

—¿Estás segura de que no encontrará nada que tenga que ver con las apuestas de Paul?

Ella frunció el ceño.

—No, no estoy segura. Pero le diré que tiene que contarnos todo lo que averigüe.

—¿Aunque nosotros no le contemos toda la verdad?

—Sé que no es justo, pero lo más importante es su seguridad.

—Estoy de acuerdo, pero no creo que la verdad suponga un peligro para él.

—Quizá. Ya hablaremos de eso —dijo ella, extendiendo la mano—, Gracias.

El se la estrechó, tomándola entre las suyas.

—Es un placer para mí.

—Te tomaste mi mentira mejor de lo que pensaba.

—Entiendo los motivos que tenías.

Le gustaba sentir su mano entre las suyas, la delicadeza de sus huesos y su piel. Llevaba las uñas cortas y sin pintar.

Ninguno de los dos soltaba su mano.

—Puedes confiar en mí, Caryn.

—Lo hago. Tú también puedes confiar en mí.

—Lo sé.

Ella parecía estar a punto de decir algo más, pero retiró su mano.

—Seguiremos en contacto.

—Sí.

—De acuerdo. Adiós.

El no se quedó mirando cómo bajaba las escaleras para no incomodarla. Cerró la puerta y se acercó a la ventana del salón, manteniéndose lo suficientemente alejado para que no pudiera verlo. Algo había detonado en su interior. Era peligrosa. Nadie había alterado su equilibrio como ella con tan sólo una mirada, un roce y, lo que era más importante, la gran conexión que había entre ellos gracias a Kevin. Debía mantenerse alejado de Caryn y tratar de construir una relación con Kevin sin que su madre estuviera presente en todo momento. Aquella relación era imposible. ¿Cómo iban a tener algo más que un hijo en común? No podían. James quería casarse y tener hijos. ¿Cómo encajaba Caryn en aquellos planes? ¿Y Kevin?

De un día para otro, la vida de James había cambiado. Ahora no había lugar para aquel sueño de tener una esposa e hijos. La realidad era diferente. Estaba ante personas reales con problemas reales y alguien podía resultar herido. No podía precipitarse en tomar una decisión.

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente en el club Golden Gate, apenas quedaba gente desayunando. En una hora, comenzaría a servirse el almuerzo. Caryn se acercó a Venus en el comedor.

—La mesa seis pregunta qué ha pasado con sus zumos —le dijo en voz baja.

—Se me ha olvidado colarlos —dijo, poniendo los ojos en blanco y dirigiéndose hacia el mostrador de los zumos.

Caryn contuvo un suspiro. A pesar del mes de prueba, Venus seguía cometiendo errores de principiante. El problema es que a la mayoría de los clientes masculinos no les importaba.

Era imposible que Venus Johnson no cayera bien. Era inocente, dulce y realmente ponía empeño en aprender el trabajo, aunque no tuviera la habilidad para hacerlo bien. Ninguno del resto de los empleados había dejado escapar palabra sobre su incompetencia, ni siquiera Rafael, el encargado, quien criticaba el trabajo de todos incluso aunque estuviera bien hecho.

Caryn se preguntaba si Venus se las arreglaría para salirse siempre con la suya. Al menos respetaba la norma de no intimar con los miembros del club. Era una lástima que aquella regla no incluyera a los hijos de los empleados, pensó Caryn. Tenía miedo de que Kevin sufriera si Venus no paraba de mostrarse tan amable con él. Llevaba dos meses en la universidad y todavía no había mostrado ningún interés en ninguna chica en particular, a pesar de que nunca había tenido ningún problema con las chicas.

—Mamá.

Sorprendida, Caryn se giró y se encontró a Kevin detrás de ella. Rápidamente, miró a un lado y a otro en busca del encargado.

—¿Qué estás haciendo aquí? Ya sabes que no puedo tener visitas.

—Tranquila. Rafael me ha dicho que estaba bien.

—Estás bromeando.

—No. Me ha dicho que podías tomarte un descanso de quince minutos.

Mientras hablaba, Kevin no miraba a su madre, sino a Venus, quien lo vio desde el otro lado del comedor y lo saludó con la mano. Luego, se dirigió hacia el mostrador de bebidas sonriendo y agitando los rizos rubios de su melena.

Caryn se percató de que Kevin se sonrojaba mientras Venus lo saludaba con un abrazo y se compadeció de él al ver que no sabía qué decir.

—¿Has venido a verme? —preguntó Venus.

—No, bueno... He venido para...

—Por mí —intervino Caryn—. Y sólo tengo quince minutos. ¿Puedes ocuparte de la mesa once por mí? Creo que todavía les queda un rato, pero si piden la cuenta, llámame.

—De acuerdo. Estaba pensando pasarme por vuestra casa después del trabajo —dijo Venus en tono cantarín—, ¿Te veré luego, Kevin?

—No estoy seguro. Tengo cosas que hacer.

Normalmente, Kevin cambiaba sus planes para estar en casa cuando Venus iba de visita. ¿Acaso su interés en ella estaba decreciendo?

—Vamos —dijo Caryn a su hijo.

Llegaron a la sala de descanso, una pequeña estancia pensada para tomar un tentempié y poner los pies en alto durante un par de minutos.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella mientras se sentaban en el sofá de plástico—. ¿Por qué no estás en clase?

Kevin frunció el ceño.

—Es miércoles.

Los miércoles sus clases no empezaban hasta las dos de la tarde. Teniendo en cuenta que se había pasado la noche revisando los documentos de Paul, había imaginado que a aquella hora seguiría durmiendo.

—El me llamó —dijo.

Caryn no supo si el pellizco que sintió en el estómago se debía a recordar a James y el modo en que la había rozado el día anterior o si era porque sentía celos de que James hubiera llamado a Kevin y no a ella.

—¿Qué te ha dicho?

—Quiere que conozca a su madre hoy.

—¿Hoy?

—Se ha dado prisa, ¿eh? ¿De qué debería hablar con ella?

—Confío en que James dirija la conversación. Estoy segura de que ya le habrá contado todo a su madre.

—Lo sé, pero es extraño. Todo esto es muy extraño.

Caryn no sabía qué pensar acerca de que Kevin conociera a aquella mujer. ¿Qué pasaría si su extraordinaria relación se estropeaba después de que la investigación acerca de la muerte de Paul concluyese? ¿Era justo que conociera a su abuela cuando no tenían certeza de cómo terminaría todo aquello?

Por otro lado, Caryn comprendía que la mujer se sintiera sola y deprimida después de la muerte de su esposo. Si Caryn no hubiera tenido a Kevin, no hubiera sido capaz de levantarse de la cama durante muchos días.

—James nos está haciendo un favor —le dijo a su hijo—. Para él parece que es algo importante y tú mejor que nadie deberías comprender lo duro que ha tenido que ser este último año para esa mujer.

—¿Puedes venir por favor?

Quería responder que sí, ahora que se lo había preguntado. Estaba molesta porque James no se lo hubiera pedido, pero lo cierto es que ella no había sido invitada.

—Si hubiera querido que fuera, me lo habría pedido. ¿A qué hora has quedado con él?

—A las doce. Por suerte, no podré quedarme demasiado ya que tengo clase a las dos —dijo, levantándose. Era evidente que se sentía frustrado—. ¿Y si me pregunta por papá? Me refiero a que su hijo es..., bueno, ya sabes.

—Sé lo que sientes —dijo, acercándose a él y acariciando su espalda—. Estoy segura de que, con el tiempo, todo será más fácil.

—¿No hubiera sido más fácil que adoptarais papá y tú?

Ella sonrió.

—Trataré de llamarte antes de que empiece tu clase.

—Está bien. Siento como si me fuera a colocar delante de un pelotón de fusilamiento.

—Puedo prestarte un pañuelo si quieres taparte los ojos.

El sonrió. Caryn lo abrazó.

—Estoy orgullosa de ti, Kevin. Y papá también lo estaría.

—Gracias.

—Perdón —dijo Venus, abriendo la puerta—. No quiero interrumpir, pero tu mesa acaba de pedir la cuenta.

—Enseguida voy —repuso Caryn.

—Si quieres yo me ocupo.

—No, está bien.

Venus salió de la habitación y madre e hijo intercambiaron una mirada de complicidad.

—¿Vas a dejar que vaya a casa contigo? —preguntó Kevin.

—Creo que sí. Me hará compañía hasta que vuelvas de tus clases.

Así vendría directo a casa sabiendo que Venus estaría allí.

Terminó el descanso y llevó la cuenta a la mesa once. Más tarde, cuando volvió a mirar la hora en su reloj, eran las doce. Un nuevo capítulo en la vida de Kevin se estaba abriendo.

James había llegado a casa de su madre a las once y media. Le había relatado la historia de Paul, Caryn y Kevin y luego había salido fuera a esperar que el muchacho llegara. Su madre había reaccionado tal y como lo había imaginado, con cautelosa curiosidad. Ahora, lo único que esperaba era que Kevin no pusiera las cosas difíciles.

A James no le importaba que Kevin no le reconociera como su padre, pero al menos esperaba que considerara a su madre como su abuela. Ella necesitaba algo que la animara.

—Hola. James se giró, sorprendido.

—¿Dónde has aparcado? —preguntó a Kevin, que llevaba las manos hundidas en sus bolsillos, un gesto característico en él.

—Más arriba de la calle. Me gusta conocer el terreno.

—Serías un buen detective o policía.

—¿De veras?

Caryn lo mataría por hacer aquel comentario. Probablemente reaccionaría igual que su madre lo hizo cuando le anunció su intención de convertirse en cazarrecompensas.

—Es una manera de hablar.

Kevin esbozó una medio sonrisa.

—No le contaré a mamá lo que has dicho.

—Gracias —dijo, resistiéndose a abrazar al muchacho—, ¿Estás listo para conocer a mi madre?

—Creo que sí.

James se percató de la incomodidad de Kevin.

—Tan sólo preocúpate en ser tú mismo —dijo James mientras subían las escaleras—. ¿Cómo está tu madre?

—Bien. Fui a verla al trabajo y le conté que vendría aquí.

James se había planteado si invitarla, pero había decidido no hacerlo. No quería complicar una situación que debía ser lo más sencilla posible. Además, no tenía ninguna duda de que su madre se daría cuenta de la atracción que había entre Caryn y él. Su madre también habría sido una buena detective.

—¿Le pareció bien? —preguntó James.

—Creo que sí. ¡Es muy enrollada!

—Además de imprevisible, ¿no?

—Sí, pero eso la hace especial.

—Aquí está —anunció James nada más cruzar la puerta.

—Está haciendo galletas de chocolate —observó Kevin al percibir el olor.

—Cierto —dijo James después de unos segundos, preguntándose cómo habría hecho la masa tan rápido— Tienes buen olfato.

Ella apareció con un delantal rosa sobre un chándal. Su pelo rubio ceniza era corto y estiloso para sus sesenta y tres años y solía llevar ropa clásica y cómoda que estilizara su cuerpo menudo.

—Te pareces mucho a Jamey cuando tenía,, —se llevó ambas manos a la cara y sus ojos mostraron un brillo especial—. ¡Kevin! Me alegro de conocerte. Soy Emmaline.

Después de unos segundos de silencio, el muchacho sonrió.

—Has hecho galletas.

—Venid a la cocina. Estarán listas en un par de minutos.

James la siguió.

—Estaremos bien sin ti —dijo Emmaline por encima de su hombro—. Puedes volver al trabajo si quieres.

Seguramente su madre llegaría a saber todo tipo de cosas sobre Kevin que él nunca llegaría a saber. Se negaba a admitir que estuviera celoso. Kevin había sonreído abiertamente a su madre sin el nerviosismo que había mostrado en otros momentos.

No confiaba en que aquello fuera fácil. Las barreras eran difíciles de romper. Sabía que tendría que ganarse el respeto y la amistad de Kevin. Pero ¿por qué no podía resultar fácil algo en aquella extraña situación? Su madre y Kevin se lo merecían.

James se metió en su coche, sacó el teléfono móvil y marcó.

—Hola, Cassie. Soy James. ¿Has comido ya?

—No, ¿por qué?

—¿Qué te parece si nos encontramos en el club Golden Gate?

Cassie rió.

—¿Ahora vas a ese sitio tan caro?

—No, pero tengo algunos contactos. Hice un trabajo para el presidente del consejo hace un tiempo. Creo que podrá permitirme la entrada. He oído que preparan un estupendo solomillo.

¿Invitas tú?

—Por supuesto. ¿Cuánto tardas en llegar?

—Quince minutos.

James hizo una llamada al presidente del consejo. Quería encontrarse con Caryn y hablarle del encuentro entre Kevin y su madre y la idea de llevar a Cassie era una coartada para mantener la distancia entre Caryn y él. Quería echar raíces y tener hijos, y eso no iba a pasar con Caryn; sería demasiado extraño, especialmente teniendo en cuenta que siempre estarían vinculados gracias a Kevin. James tan sólo quería evitar que las cosas se pusieran tensas entre ellos y no dejó de repetírselo mientras se dirigía a su encuentro.

Capítulo Seis

—**L**a mesa ocho pregunta por ti —le dijo Venus a Caryn junto al mostrador.

Distraída, Caryn miró el reloj. Eran las doce y media. ¿Qué tal le iría a Kevin? Deseaba que fueran las dos de la tarde para llamarlo.

—¿Cómo dices? ¿Alguien pregunta por mí? ¿Quién?

—No lo sé, no lo había visto nunca. Pelo oscuro, musculoso,...

El pánico se apoderó de Caryn. Buscó una vía de escape, pero la seguirían. Querrían más dinero o quizá ahora fueran otros. Quizá Paul tuviera otras deudas.

—¿Que le has dicho? —dijo cuando por fin pudo articular palabra.

Venus frunció el ceño.

—Le dije que te estabas ocupando de una fiesta privada. ¿Acaso no debería habérselo dicho?

—No, quiero decir sí, está bien. Echaré un vistazo.

Se asomó y vio a James sentado con una mujer muy atractiva. Lo primero que sintió fue alivio y luego ¿desilusión? ¿Quizá celos? James y la mujer estaban hablando sonrientes y era evidente que estaban a gusto el uno con el otro. Ella llevaba un anillo con un diamante lo suficientemente grande como para que Caryn lo distinguiera a diez metros de distancia. Era guapa, llevaba el pelo recogido en una larga trenza y tenía un cuerpo similar al que tenía Caryn antes de perder peso.

Y de repente se dio cuenta. Él no debía estar allí, sino con Kevin.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? No debía acercarse a él y preguntarle dónde estaba su hijo, al menos no delante de aquella mujer y de los demás clientes. Por no mencionar que Rafael estaba de mal humor. No podía poner en peligro su trabajo—

Si aquélla era la manera de James de vengarse por no decirle desde el primer momento quién era... Claro que él también se había sentido atraído. La había invitado a cenar antes de que supiera quién era.

Hombres, juegos. ¡Al demonio con todo! ¿Pero en qué estaba pensando? Ella no estaba celosa.

—Dale recuerdos de mi parte —dijo Caryn a Venus. Revisó sus anotaciones, las bebidas que tenía preparadas en la bandeja y luego se guardó la libreta en el bolsillo y levantó la bandeja. Encontraría la manera de evitarlo, manteniendo la paciencia para hablar con Kevin antes. Quizá, después de todo, había decidido no conocer a aquella mujer—. ¡Ah! Dile también que le recomiendo el salmón al vapor.

—Pero el salmón es... —Venus se detuvo y sus ojos brillaron divertidos—, ¿Se trata de un antiguo novio? ¿Quieres vengarte de él por algo?

—Algo así.

Bueno, quizá estaba algo celosa, pero enseguida desechó ese pensamiento. Tenía trabajo que hacer.

Caryn se dirigió al comedor privado decidida a, tan pronto como sirviera las bebidas y tomara la comanda de las mujeres que estaban celebrando un torneo de golf, irse al vestuario a llamar a Kevin.

Pero al salir del comedor, se encontró con James esperándola junto a la puerta. Su irritación fue en aumento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó en voz baja, buscando a Rafael con la mirada—. ¿Dónde está mi hijo? ¿Por qué no estás con él?

La puerta del comedor privado se abrió golpeándole en la espalda.

—Lo siento —dijo una mujer.

—No, discúlpeme —dijo Caryn, haciéndose a un lado. La mujer salió en dirección a los aseos.

Caryn dirigió una mirada furiosa a James.

—He venido expresamente a contártelo —dijo tranquilamente, enarcando las cejas al percibir su enojo—. Kevin y mi madre han congeniado a la perfección desde el primer momento y no me querían tener a su lado.

Ahora sintió otra clase de celos. Bastantes preocupaciones tenía con James, como para que ahora su madre...

—Yo también —dijo con mirada cómplice, leyendo sus pensamientos.

—¿Tú también qué?

—Yo también me he sentido celoso al ver lo rápido que han congeniado.

—Yo no... —se detuvo y dejó escapar un suspiro—. Debería alegrarme.

—Es lo mismo que yo me he dicho. Escucha, no quiero entretenerte. Sólo quería contarte lo que había pasado.

—Gracias —respondió, deseando preguntarle quién era la mujer que estaba con él.

El se giró.

—¿Así que aquella que nos está observando es la famosa Venus?

Caryn asintió.

—Ahora entiendo por qué Kevin está fascinado —añadió James.

—Es justo lo que necesitaba escuchar.

El sonrió y ella sacó su libreta.

—Tengo que darme prisa.

—Si tienes un minuto, me gustaría que vinieras a mi mesa. Quiero presentarte a alguien.

—Veré si puedo. Estoy muy ocupada.

El permaneció en silencio unos segundos.

—Venus me ha dicho que recomiendas el salmón.

Caryn se enfrentaba a un dilema. No podía decirle lo mediocre que era el salmón sin dejar en mal lugar a Venus, que había entendido su comentario al revés.

—No me gusta el pescado —añadió él—. ¿Tienes alguna otra sugerencia?

—Carne guisada, si te gustan las especias.

—Sí, gracias.

Ella se dirigió a la cocina y entregó la comanda al cocinero, sonriéndole amablemente. A continuación, sacó unos platos de ensalada del frigorífico y preparó las guarniciones. Eso la mantendría ocupada mientras James comía. ¿Sería miembro del club? Debía de serlo ya que si no, no le hubieran permitido la entrada, a menos que lo fuera la mujer que lo acompañaba.

—Caryn —elijo Rafael, apareciendo a su lado—. ¿Tengo que recordarte las normas? —preguntó sin molestarse en mantener la voz baja, levantando el tono para hacerse oír por encima del ruido de la cocina.

—¿Perdón?

—Hoy ya te he permitido hablar con tu hijo durante las horas de trabajo. Y ahora, te he visto hablando con ese cliente, el señor Paladín. Sabes que eso no está permitido.

Caryn se irguió. En momentos como aquél, prefería disculparse antes que dar explicaciones. —Lo siento. No volverá a ocurrir.

El se marchó. Nunca antes la habían reprendido. Sentía que el rostro le ardía. Su conversación con James apenas había durado un minuto. Además, ella no había sido la que lo había buscado, sino todo lo contrario, pero no quería decirle eso a Rafael. ¿Qué se suponía que debía haber hecho? ¿Mostrarse antipática con un cliente?

Dibujó su mejor sonrisa y sirvió los primeros platos, relleno las cestas de pan y los vasos antes de que salieran los platos principales. No podía mostrar las emociones que se arremolinaban en su interior sobre Kevin, James y su madre. Y además, ahora, la reprimenda de su jefe. Pensaba que su vida se había estabilizado, pero al parecer no podía permitirse el lujo de pensar así.

No podía hacerlo, pensó, dirigiendo la mirada hacia James y su acompañante.

El levantó la cabeza y arqueó las cejas, invitándola a que se acercara a su mesa. Ella se dio media vuelta, a punto de llorar.

—¿Estás bien? —preguntó Venus por detrás de ella.

—Claro —respondió, tomando una bayeta y limpiando el mostrador.

—¿Quieres que te ayude a servir los platos?

—Rafael nos dirá si hace falta ayuda, gracias.

Se fue antes de que Rafael, que parecía verlo y escucharlo todo aunque no estuviera cerca, la viera. No podría llamar a Kevin antes de las dos y eso la enfadaba más aún todavía, así que no sabría lo que habría pasado hasta las cinco. Todo por culpa de James.

«¿A quién pretendes engañar?», se dijo. No estaba enfadada porque Rafael le hubiera llamado la atención. Lo que de verdad la había enfadado era queja— mes no le hubiera dicho que tenía novia.

Pero ¿por qué debía importarle eso? Su vida sería más sencilla si James no estaba disponible más que para Kevin. Admitiría que James formara parte de su vida si Kevin así lo quería, pero más allá de eso, no había razón para saber mucho más el uno del otro.

—¿Quién era la camarera? —preguntó Cassie a James mientras se dirigían al coche después de haber comido.

—En su solapa decía: Venus.

—No me refiero a ella, sino a la otra, la pelirroja de pelo corto y labios pintados de rojo.

—No se te escapa nada, ¿eh?

—Se supone que así debe ser.

Llegaron al coche de Cassie.

—Se llama Caryn Brenley.

—¿Brenley? —preguntó, tomándolo del brazo—. ¿Has encontrado a tu hijo?

—El me ha encontrado. Bueno, más bien fue su madre.

—¿Cómo te sientes?

—Todavía no lo sé. Sinceramente, Cass, es todo tan confuso.

—¿Por qué?

—Es una larga historia y ahora los dos tenemos que volver al trabajo.

Ella metió la llave en la cerradura, pero no abrió la puerta.

—¿Cuándo lo has conocido?

—El sábado.

—¿Y no me lo has dicho hasta ahora?

—Te llamé, pero no estabas en casa. Luego pensé que sería mejor que me hiciera a la idea primero.

—La madre es muy guapa, aunque está demasiado delgada.

—Le han pasado muchas cosas en este último año.

—¿Qué tal está su marido, viejo amigo tuyo?

—Murió hace un año. Mira, ya te contaré todo, ahora no es el momento.

Cassie sacudió la cabeza.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Quería decirle algo y también verla trabajando. No quería venir solo, ya que hubiera sido muy evidente. No había contado con que pudiera no estar trabajando en el comedor —dijo, mirando el edificio—. Creo que se ha enfadado conmigo por venir.

—Sí, quizá.

—¿Por qué dices eso?

—Es su lugar de trabajo y tú lo has invadido. Seguramente tiene que cumplir unas reglas en su trato con los clientes. En todos los sitios donde trabajé sirviendo mesas, las había, aunque no siempre las cumplíamos.

¿Cómo no se le había ocurrido? Miró hacia las ventanas del comedor y vio que todavía había algunas personas comiendo. ¿Le habría causado algún problema?

—No puedo regresar y preguntárselo —dijo James—. Si ya ha tenido problemas, lo único que haré será empeorar todo.

—Ya se te ocurrirá algo —dijo, y se despidió de él con un abrazo—. Me alegro mucho por ti.

—No te alegres todavía. Hay mucho que hacer entre los tres.

—El esfuerzo valdrá la pena —dijo, apartándose para abrir la puerta—. ¿Vendrás a la oficina hoy?

—Detrás de ti.

Esperó a que se fuera antes de dirigirse hacia su coche, que estaba aparcado junto al edificio. Miró hacia las ventanas y vio a Caryn, observándolo. La saludó con la mano, pero ella se dio media vuelta y desapareció.

Imprevisible. ¿Por qué demonios había pensado que le gustaría eso de ella?

Poco después de las cinco, James aparcó delante del dúplex de Caryn y Kevin. Al lado izquierdo del edificio, en la segunda planta, encima de la puerta del garaje, había dos puertas pintadas de rojo con diferentes números, una que conducía hacia el piso superior y la otra hacia el piso inferior. Caryn vivía en el de arriba.

No había llamado. Prefería arriesgarse antes de que le diera una negativa. No sabía si esperar en su coche a que Kevin llegara o llamar y comprobar si Caryn estaba allí. Necesitaba hablar con ambos, pero no tenía

que ser necesariamente a la vez. Además, que Kevin saliera de clase a las cinco no quería decir que regresara directamente a casa, lo que le ayudó a tomar una decisión. Llamaría a la puerta de Caryn.

No le hizo esperar demasiado y tampoco pareció sorprendida, así que quizá lo estaba esperando.

—Hola —dijo él, tratando de mostrarse alegre.

—Hola —dijo ella, cruzándose de brazos.

Era obvio que no le iba a poner las cosas fáciles.

—He venido para disculparme.

—¿Por qué?

—Por molestarte en tu trabajo. ¿Has tenido problemas?

—Sí.

—Lo arreglaré.

—No, gracias.

—Pero...

—No servirá de ayuda, créeme. ¿Es todo?

Sorprendido, no dijo nada durante unos segundos.

—No. Me gustaría hablar contigo y conocerte mejor. ¿Qué tal si me invitas a entrar?

—Tengo compañía.

Aquello lo pilló con la guardia baja. ¿Sería un novio? No había considerado esa posibilidad, probablemente por cómo le había seguido aquella noche y la atracción que había admitido sentir.

—Venus está aquí —dijo ella, rompiendo el silencio.

Se sintió aliviado.

—Entonces, éste es un buen momento para hablar con ella y así poder aconsejar a Kevin.

Caryn frunció los labios antes de sonreír.

—Cree que eres un antiguo novio mío.

—¿Por qué piensa eso?

—Es lo que le he dicho.

—¿Por qué...?

—Está bien, puedes entrar con una condición: no decirle cuál es nuestra relación.

—¿No pensará que es algo extraño que aparezca un antiguo novio y le dejes pasar?

—Sentirá curiosidad, pero eso no es ningún problema.

—Está bien.

La siguió escalera arriba hasta un espacioso salón con ventanas hacia la calle. Los muebles eran probablemente los mismos que tenía en el rancho, pero quedaban bien allí también. Tenía buen gusto para la decoración y todos los colores y accesorios combinaban a la perfección.

—Hola —dijo Venus, regresando al salón de lo que parecía ser la cocina.

—Ya os conocéis —dijo Caryn.

—Sí, pero no sé su nombre.

—James —dijo él, extendiendo la mano—. Jamey, si lo prefieres.

De pronto reparó en que Caryn nunca lo llamaba por su nombre y se preguntó por qué.

—¿Solíais salir juntos? —preguntó Venus.

—De eso hace mucho tiempo —dijo Caryn, forzando una sonrisa—. Siéntate. ¿Quieres beber algo?

—Estoy bien —dijo él, tomando asiento en el sofá color arena.

No sabía muy bien qué decir delante de Venus, quien se había sentado al otro lado del sofá sobre sus piernas. Las dos se habían cambiado los uniformes y ahora llevaban vaqueros.

—¡Ya estoy en casa! —gritó Kevin, diluyendo la tensión que había en la habitación.

Se oyeron sus pasos en la escalera y entonces el muchacho apareció. Su rostro dibujó tres expresiones diferentes al ver a las personas que estaban en el salón. Su madre todavía no se había sentado, y al verla, sonrió. Después, vio a Venus y se dirigió hacia ella, pero al ver a James allí sentado en el mismo sofá, se paró en seco. Si la situación no hubiera sido tan incómoda, habría sido divertida. Casi al mismo tiempo, todos se giraron hacia Caryn.

Aquel silencio incomodó a Caryn. ¿En qué estaba pensando para dejar que James entrara mientras Venus estaba allí? Ninguno podía hablar

tranquilamente. Caryn quería hablar con Kevin. El chico preferiría hacerlo con Venus, que parecía tener preguntas que hacer a James, quien estaba dispuesto a hablar con todos y con ninguno a la vez. Además, había algo diferente en él, estaba segura.

Kevin se hizo cargo de la situación.

—¿Quieres venir abajo a escuchar música? —le preguntó a Venus.

—Claro —respondió. Parecía encantada ante la idea de abandonar el apartamento de Caryn.

—¿Todo bien? —preguntó al chico, quien tras mirar a James, posó su mirada en su madre.

—Estupendamente. Ya te lo contaré más tarde.

—Antes de que te vayas, Kevin —dijo James, poniéndose de pie y sacando una tarjeta del bolsillo de su camisa, la misma que llevaba puesta en la comida que había tenido con la mujer del anillo de diamantes—. Tu madre me ha dicho que estabas buscando trabajo —añadió, entregándole la tarjeta. Es un amigo mío. Puedes intentar hablar con él antes de las diez, si te interesa.

Kevin leyó la tarjeta y sus ojos se abrieron como platos.

—¿Puedo ir a verlo ahora mismo?

—Será mejor que te pongas algo más apropiado para una entrevista de trabajo —contestó James.

—¿Un traje?

James sonrió.

—No, una camisa limpia y planchada te servirá. Y unos vaqueros más nuevos.

—¿De qué trabajo se trata? —preguntó Caryn.

Kevin le enseñó la tarjeta a su madre.

—¡Un club de tiro! ¿Cómo sabías que me gustaría? —preguntó el muchacho a James.

—Por tu madre, ella me lo dijo.

Kevin la abrazó y luego salió de la habitación, con Venus a sus espaldas, que había estado callada durante toda la conversación. Caryn se preguntó en qué estaría pensando.

—Muchas gracias —dijo Caryn—. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan feliz.

—Ahora es él quien tiene que tomar una decisión.

—¿No has pagado a tu amigo para que le contrate, verdad?

El sonrió lentamente, de aquella manera tan sexy e irresistible. Al parecer, tenía novia. Los había visto hablar y sonreír, hacerse confianzas y abrazarse en el aparcamiento. Había visto todo aquello y había tratado de ignorar el dolor que le producía.

—No se me había ocurrido subvencionarlo —dijo James—. Es difícil encontrar el primer empleo. Lo único que he hecho es abrirle una posibilidad —y acercándose, añadió—: Caryn, siento que hayas tenido problemas en el trabajo por mí. Si Cassie no me lo hubiera advertido, no me habría dado cuenta. Deberías haberme dicho algo.

—¿Cassie?

—La mujer que quería que conocieras. Trabajamos juntos.

¿Acaso aquello quería decir que no eran pareja? ¡Pero los había visto abrazarse! Los compañeros de trabajo no solían abrazarse.

—Es muy atractiva —comentó Caryn.

—Me impone.

—¿Qué quieres decir?

—Es una detective muy cualificada y no teme nada. Pero no es despiadada, lo cual también es bueno. Hace un mes que se comprometió. Me preguntó cuánto tiempo seguirá trabajando. Le gustan mucho los niños. Estoy seguro de que enseguida se quedará embarazada.

Caryn sintió alivio. No se había percatado de lo atraída que se sentía hacia James hasta que pensó que estaba comprometido. Aunque por lo poco que sabía, era posible que tuviera alguna relación con otra mujer.

James se quedó pensativo.

—¿No habrías pensado que éramos pareja, verdad?

—Claro que no —contestó ella, dándose media vuelta y dirigiéndose a la cocina para ocultar que viera la verdad en su rostro.

—Sí que lo pensaste —dijo, siguiéndola—. Te invité a cenar conmigo antes de saber que eras la madre de Kevin. Me sentía atraído hacia ti.

—Está bien.

—Mira —dijo, poniéndole la mano sobre el hombro para hacer que se girase—. Me imagino que no es fácil ganar tu confianza y lo entiendo. Pero créeme cuando te digo que si tuviera una relación con una mujer, no te hubiera pedido una cita.

Tenía dos opciones: creerlo o no creerlo. Teniéndolo tan cerca, se dio cuenta de por qué lo veía tan diferente: su barba había desaparecido.

—Te has afeitado —dijo, acariciando su mejilla sin pensarlo. Era un hombre increíblemente guapo.

El se quedó inmóvil y todo pareció detenerse a su alrededor. No veía nada más que su rostro, sólo sentía la suavidad de su cara y aquel olor... Si pudiera saborearlo...

El bajó la cabeza y besó sus labios, pero no la abrazó, sino que simplemente rozó sus labios como si tuviera miedo de hacerle daño. Después se apartó y apoyó la mejilla en su pelo.

—Esto no es una buena idea —susurró junto a su sien.

—Lo sé.

Pero hacía tanto tiempo que no disfrutaba de una caricia, que la sensación le resultaba muy reconfortante.

Se las había arreglado sola para muchas cosas: vender la casa, comprar una nueva, mudarse... Por no recordar a aquellos matones.

—¿Te importa abrazarme?

Sus brazos la rodearon y ella hundió el rostro en su cuello y lo saboreó. Era como si sus huesos comenzaran a derretirse y dejó escapar un gemido. Trató de emitir algún sonido para disimular y de apartarse, pero él la estrechó.

—No tengas miedo.

No lo tenía., pero ¿cómo iba a decírselo? Se sentía protegida.

—Lo siento —dijo, avergonzada—. Lo siento mucho.

—No te preocupes —dijo, acariciándole el pelo.

—Es que he estado tan...

—Sola, lo sé.

Después de un minuto, ella se separó.

—Gracias —dijo, y se dirigió a la nevera, tratando de mostrarse ocupada—. Voy a tomar un té helado, ¿te apetece?

—Claro, muchas gracias —respondió, sentándose en la mesa de la cocina, y esperó a que se sentara ella también con las bebidas—. He revisado la moto de Paul. La llevaron a un cementerio de coches hace unos meses. Al parecer firmaste la baja del seguro.

—Durante aquellos días firmé muchos papeles. No podría distinguir un documento de otro.

—Puedo ir hasta allí y ver qué ha pasado.

—Sólo si crees que servirá para algo. Imagino que todo ha sido investigado minuciosamente.

James dio un sorbo a su té y volvió a dejar el vaso suavemente. Caryn estaba segura de que tenía algo importante que decirle, pero que no sabía cómo hacerlo. Se veía muy diferente afeitado. Había llegado a gustarle el aspecto de travieso que le daba la barba. Ahora no parecía peligroso. Eso debería haber calmado su adrenalina, pero no había sido así. Al contrario, sus hormonas se agitaban en su interior.

—¿Ha encontrado Kevin algo en los papeles de Paul? —preguntó.

—No lo sé. No hemos hablado de ello todavía.

La puerta se abrió y Kevin apareció subiendo las escaleras.

—¡Mamá!

—Estoy en la cocina —respondió Caryn, aliviada de que no los hubiera encontrado besándose. No hubiera sabido cómo explicarlo.

—¿Qué aspecto tengo? —dijo, entrando en la cocina mientras se estiraba la camisa de manga larga azul que se había puesto, con una corbata azul y amarilla.

Su mirada voló de Caryn a James, que asintió con la cabeza.

—Muy guapo —dijo ella—. Necesitarás referencias.

—¿De quién?

—De algunos adultos que te conozcan —respondió James.

—¿No es suficiente que tú me hayas recomendado?

—Tendrás que rellenar un formulario como todos los demás candidatos.

—Te daré algunos nombres —dijo Caryn, poniéndose de pie. De pronto reparó en que los dejaría a solas y no quería que hablaran de la

madre de James, ni de ninguna otra cosa, sin que ella estuviera presente—, ¿Dónde está Venus?

—Abajo, voy a llevarla a su casa de camino a la entrevista.

—Bien —dijo Caryn, saliendo de la cocina.

Buscó rápidamente su agenda y enseguida regresó. No parecía que hubieran hablado de nada mientras había estado ausente y se preguntó por qué.

—Háblame de tu..., de la madre de James —dijo, tomando lápiz y papel.

Su mirada se iluminó.

—Me gusta. ¿Sabías que navegó desde San Francisco a Australia? —dijo, dirigiéndose a James—. Sólo ella y tu padre.

—Sí, lo sabía —dijo, sonriendo—. Fue durante su primer año de casados y en ese viaje se quedó embarazada de mí. De todas formas, nunca pararon de viajar. Nunca me llevaron a Disneylandia, pero sí estuve en el Amazonas. Y también me llevaron de safari en un par de ocasiones.

—¡Guau!

—Nunca valoré todo lo que me habían enseñado hasta que fui lo suficientemente mayor como para darme cuenta de que nadie tenía ese tipo de vacaciones.

—Tu padre era policía, ¿verdad?

—Sí, y muy bueno.

Caryn percibió un tono de orgullo en su voz.

Kevin se apoyó en la encimera.

—Tu madre me enseñó algunas fotos —dijo, y asintió para sí mismo, como si acabara de tomar una decisión—. Iré a verla otro día.

Caryn acabó de escribir los nombres y le dio el papel a su hijo.

—Qué tengas mucha suerte.

—Gracias —dijo, y se fue sin despedirse.

—Nunca sé cómo va a reaccionar —comentó Caryn—. Es muy imprevisible.

—Imprevisible, ¿eh? —dijo, sonriendo sin que Caryn supiera por qué—. Los dieciocho años son una edad muy difícil. Uno está deseando

liberarse de los padres, pero todavía no se está preparado para afrontar las cosas solo.

—He de reconocer que me cuesta admitir que se haya hecho mayor.

—Es comprensible, teniendo en cuenta la situación. Pero parece un buen chico, con la cabeza bien puesta sobre los hombros.

—Eso espero —dijo ella, dejando su vaso en la mesa. ¿Qué debía hacer? ¿Querría irse o quedarse a cenar? ¿De qué podían hablar?—. ¿Quieres ver fotos de cuando era niño?

—Sí, me encantaría —respondió él después de unos segundos.

La emoción de su voz la impresionó. No había pretendido poner a prueba sus sentimientos por Kevin. Durante aquellos años, habría sabido que tenía un hijo, pero ¿se habría preocupado por él? Había leído artículos escritos por otros donantes de semen. Algunos querían conocer a sus hijos, pero otros preferían desentenderse de un ser genéticamente suyo.

Había ayudado a alguien que de otra manera no hubiera podido tener hijos y eso era todo, un deber cívico.

Quería preguntarle a James cuál era su postura, pero no estaba segura de querer saberlo todavía.

—¿Caryn?

—Dime —dijo ella, levantando la cabeza.

—¿Las fotos?

Se fue a por los álbumes y pasaron la hora siguiente viendo fotos. Caryn le contó historias que recordaba al ver las imágenes.

Si alguien le hubiera preguntado durante los veinte años en los que había estado casada si era feliz, habría contestado que sí. Por supuesto que habían tenido problemas, como cualquier otra pareja, pero habían sabido resolverlos. No había matrimonio perfecto.

Pero al ver las fotografías, lo vio todo desde una nueva perspectiva. Con el pasar del tiempo, Paul y ella se habían ido distanciando. Imaginaba que eso era normal en una relación estable.

Durante los primeros diez años, habían trabajado mucho y nunca habían tenido el tiempo ni la energía para discutir. Se habían limitado a sobrevivir. Con los años, su reputación como especialista de cine había ido en aumento. El ganaba lo suficiente como para que ella se pudiera quedar

en casa con Kevin en un momento que parecía crucial: la pubertad. En aquel entonces, no tenía ni idea de cuál era su situación económica.

Al ver fotos de Kevin de cuando estaba en el instituto, advirtió cambios en Paul que no había advertido en su día. Había perdido peso y se veía demacrado. ¿Preocupado, atemorizado? ¿Acaso había empezado a hacer apuestas ya por aquel entonces?

—¿Caryn? —dijo James.

Ella se había quedado absorta mirando una de las últimas fotografías de su marido.

—Te invito a cenar.

Ella se giró y lo miró. Aquel hombre había sido parte de su vida durante muchos años sin saberlo. Era evidente que era física y mentalmente fuerte. Si hubiera sido cualquier otro hombre, habría permitido que la cortejara. Sonrió ante aquel pensamiento tan antiguo. Pero era quien era.

Aún así, deseaba conocer al hombre que había dado vida a su hijo.

Capítulo Siete

—¿**D**ónde has estado? —preguntó Kevin desde las escaleras al ver llegar a James y Caryn después de cenar.

—Hemos ido a comer algo —contestó James antes de que Caryn tuviera un enfrentamiento con su hijo.

Todos parecían estar tensos y por el tono de voz de Kevin, era evidente que estaba dispuesto a discutir.

—Podías haberme dejado una nota —dijo, mirando a su madre.

—Pensé que volveríamos antes que tú —dijo Caryn, pasando junto a él—. ¿Qué tal fue la entrevista?

James se percató del repentino cambio de humor típico en los adolescentes.

—He conseguido el trabajo.

—¡Cariño, eso es maravilloso!

—Sí. De momento haré cosas como limpiar, pero me irán dejando hacer más cosas. Empiezo mañana. Tendré que trabajar muchas tardes y si todo está tranquilo, podré hacer los deberes —dijo, y dirigiéndose a James, añadió—: Gracias.

—De nada. Suelo ir por allí, así que te veré de vez en cuando.

—¿Llevas armas?

—Fui un cazarrecompensas durante veinte años. Ahora soy detective. ¿Qué te parece?

—Imagino que no te fías de nadie.

—Más o menos.

Se fueron al salón y se sentaron. Su intención había sido dejar a Caryn y marcharse, pero no quería perder la oportunidad de pasar un rato con los dos.

—¿Qué tal te va revisando los papeles de tu padre?

—No puedo creer cuánta basura guardaba. Creo que nunca tiró nada.

—¿Crees que tardarás mucho en revisarlos todos?

—Sí, sobre todo ahora que voy a tener un trabajo. Pero lo haré —se apresuró a aclarar—. Estoy tratando de ordenarlos. Creo que muchas cosas se pueden tirar. Incluso guardaba algunas facturas de cuando os casasteis.

—Voy a por un vaso de agua —dijo Caryn, poniéndose de pie—. ¿Queréis beber algo?

James y Kevin negaron con la cabeza. James sabía lo que tenía que hacer. Lo había planeado con Caryn mientras cenaban. Tenía que preguntarle por Venus y esperó a que Caryn se perdiera de vista.

—¿Hay algo entre Venus y tú? —preguntó en voz baja, echándose hacia delante.

Kevin no contestó y James pensó que había cometido un gran error. El muchacho se arrellanó en su asiento y se cruzó de piernas.

—Eso no es asunto tuyo.

¿Cómo podía salir de aquella incómoda situación?

—Por supuesto que no. Es sólo que me pareció adivinar que había algo entre vosotros y sentía curiosidad.

—Lo cierto es que Emmaline me dio algunos consejos.

Al menos su madre había logrado ganarse la confianza del muchacho.

—Venus me ha preguntado por ti.

—¿Qué te ha preguntado?

Caryn regresó con el agua.

—Quería saber cuánto tiempo hacía que mi madre y tú estabais saliendo, ya que pensaba que mi madre no había salido con nadie desde que papá murió.

James observó a Caryn con preocupación.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Caryn.

—Nada.

—Bien —dijo Caryn—. Lo único que le dije fue que habíamos salido un par de veces desde que habíamos venido aquí, pero que no había funcionado. Hace un mes que conozco a Venus, desde que comenzó a trabajar en el club.

—Le di a entender que era detective —añadió el chico.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Caryn—, No deberías...

—No importa —interrumpió James.

No era cierto, pero no quería que Kevin se sintiera mal. Al igual que a otras personas, a Kevin le parecía fascinante el trabajo de James y no podía culparle de que se lo hubiera contado a Venus.

Decidió que había llegado el momento de irse.

—Será mejor que me vaya a casa —dijo, poniéndose de pie.

Caryn lo detuvo.

—Esperaba que nos contaras cómo conociste a Paul.

Se lo había preguntado durante la cena, pero habían decidido hablar de ello con Kevin también.

—De acuerdo —dijo, y se sentó—. Nos conocimos en el instituto. Jugábamos al fútbol juntos. No éramos lo que se dice amigos íntimos, pero nos llevábamos bien. Nos hicimos buenos amigos en la universidad y ambos estudiábamos lo mismo que tú, criminología —añadió, dirigiendo una sonrisa a Kevin.

—Con la diferencia de que mi padre nunca se dedicó a ello.

—¿Qué planes tienes?

—No estoy seguro. Quizá me convierta en policía o en abogado. ¿Quién sabe?

¿Quizá detective?

—Durante el segundo curso —continuó James—, el mejor amigo de mi padre fue arrestado por intento de asesinato. Mi padre creía que su amigo, que también era policía, era inocente y que le habían tendido una trampa. Así que pagó la fianza, hipotecando su casa, pero su amigo desapareció. Aquello fue muy humillante para mi padre, por no mencionar el daño económico que le produjo.

—Fuiste detrás de ese hombre —dijo Kevin, adivinando lo enfadado que debía estar por lo que le había pasado a su padre.

—Sí, y le pedí a tu padre que me echara una mano. No dijimos nada a nuestras familias de lo que estábamos haciendo. ¡Qué estupidez! —exclamó, sacudiendo la cabeza—. Éramos jóvenes y estúpidos. Cometimos errores de principiantes, pero conseguimos localizarlo dos semanas más tarde. El problema fue que aquel hombre no sólo era más listo y tenía más experiencia que nosotros, también tenía motivos para que no lo pillaran.

—¿De veras era culpable de asesinato? —preguntó Kevin.

—Sí.

—Paul y tú no pedisteis ayuda cuando lo localizasteis, ¿no? —dijo Caryn, dando la respuesta por sentada—. Ni a tu padre, ni a la policía. Vosotros solos fuisteis tras él.

—Creíamos que podríamos arreglárnoslas. Ya sabes, dos contra uno. La confianza de la juventud.

—Aquel tipo tendría años de experiencia como policía a sus espaldas —dijo ella—, y seguramente, iría armado.

James asintió.

—Fui tras él y me pegó un tiro en el hombro. Paul se abalanzó sobre él y consiguió arrebatárle la pistola. Durante la pelea —James miró a Caryn y luego a Kevin—, tú padre se llevó la peor parte en la entropierna.

—¿Le pegaron un tiro... ahí? —preguntó Kevin con ojos horrorizados.

—No fue un tiro. El tipo le dio una patada con sus botas de punta metálica. Aún así, Paul consiguió dejarle sin sentido antes de que él mismo se desmayase por el dolor. Le puse las esposas y luego llamé a la policía. Estábamos en Nevada, lo que complicó las cosas. Hubo que extraditarlo a California, por no hablar de todos los problemas que tuvimos con nuestros padres, las autoridades locales y las de San Francisco.

—Así que le diste tu esperma como una manera de devolverle el favor, ¿no? —dijo Caryn lentamente.

—El golpe que recibió le hizo sangrar, lo que le produjo un daño irreversible en la producción de esperma. Fue culpa mía porque me ayudó. ¿Nunca te lo contó?

—Lo único que me dijo es que era infértil.

—Demasiada información —dijo Kevin, tapándose los oídos con las manos y poniéndose de pie, se fue—. Tengo que irme.

Voló escaleras abajo y cerró dando un portazo.

—Deberías haber dicho qué debía decir y que no.

—Tenía que saberlo. Espero que, sabiendo lo que os pasó a Paul y a ti, le haga recapacitar antes de que se arriesgue.

—Aun así, tú misma no quieres hablarle del problema de Paul con las apuestas.

—Eso es diferente —repuso ella, mirando hacia las escaleras—. No te he preguntado qué tal fue la visita a tu madre.

—He ido a verla antes de venir aquí. Me contó que se lo pasaron muy bien juntos, que Kevin es muy dulce.

—Es un buen chico. Escucha, James, quiero que me des tu opinión sobre algo.

«Sí, te encuentro muy atractiva y estoy deseando volver a besarte y abrazarte».

—¿De qué se trata? —preguntó él.

—No le he dado a Kevin todos los papeles. Tengo tres cajas llenas de los expedientes más delicados. No sé muy bien qué hacer con ellos.

—Les echaré un vistazo, si no te importa, y luego consideraremos la posibilidad de comentarlos con Kevin. Los recogeré mañana por la noche, aprovechando que él estará trabajando —dijo, poniéndose de pie—. Por cierto, Caryn, creo que no deberías preocuparte por Kevin y Venus.

—¿De verdad?

—El insinúa que no hay nada entre ellos.

—¿Y eso es suficiente para que lo creas?

—Sí, por ahora —respondió, dirigiéndose hacia la escalera a pesar de que quería quedarse—. No hace falta que me acompañes a la puerta —añadió al ver que se ponía de pie. Aun así, ella lo siguió hasta el inicio de la escalera—. ¿Estás bien?

—Sí.

—No estás segura de que te guste la idea de que forme parte de la vida de tu hijo, ¿verdad?

—Sí que lo estoy. Te necesita y soy consciente de ello.

—¿Y qué me dices de ti? ¿No quieres tenerme cerca?

—Yo no diría eso.

—Entonces, ¿qué dirías?

—Nada. Al menos todavía.

El sonrió.

—Me sorprendes, mujer misteriosa.

—Bien.

James posó la mirada en sus labios rojos.

—¿Prefieres llamarme tú a que te llame yo?

—Sí. No sé en qué momento podré tomarme un descanso.

—Hay veces en que no puedo contestar.

Ya no tenía aquel aspecto frágil que tenía al principio de la tarde. Le gustaba la fuerza y determinación que veía en ella.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Bajó lentamente la escalera, haciendo crujir la madera a cada paso. Cuando llegó a la puerta, se giró y se dio cuenta de que no se había quedado parada mirándolo. Se había ido. Sonrió.

Se quedó sentado en el coche durante unos minutos, escuchando los mensajes de su contestador por si acaso había tenido alguna llamada urgente a la que tuviera que responder. Si no hubiera estado allí ocupado, no habría visto a Venus llamar a la puerta de Kevin, quien la hizo pasar a toda prisa, mirando a derecha e izquierda antes de cerrar. Tampoco hubiera visto unos segundos más tarde sus siluetas contra las cortinas. Nadie diría que estaban manteniendo las distancias.

Capítulo Ocho

Al día siguiente, Caryn llegó a casa del trabajo, se duchó y se puso una falda azul y una camiseta blanca de algodón. Metió las tres cajas de documentos en su coche y se dirigió a casa de James. Le había llamado durante el descanso para comer. A pesar de que Kevin estaría trabajando, habían acordado verse en casa de James. Le había dicho que fuera cuando quisiera.

Caryn se preguntaba cuánto tiempo de trabajo habría perdido James por culpa de Kevin y ella. No podía dejar de pensar en él y eso la distraía. ¿Le estaría pasando lo mismo a él? Seguramente, eso no era bueno para alguien con aquel tipo de trabajo.

Debía de estar esperándola porque nada más aparcar, él apareció.

—¿Llevas cajas atrás? —preguntó él.

Ella asintió. Le gustaba su sonrisa. Había algo diferente en él, pero ¿qué era? Llevaba vaqueros y una camisa a cuadros con las mangas enrolladas.

—¿Qué? —preguntó James con dos cajas en los brazos.

Se había quedado mirándolo fijamente y de repente se dio cuenta que era lo que veía diferente. Lo había besado. Ahora lo miraba con ojos diferentes y no como la madre del hijo que biológicamente compartían, sino como una mujer necesitada. Había confiado en que la besara a modo de saludo, pero no había motivo para eso.

—¿Qué? —repitió él.

Ella sonrió. Se sentía a gusto allí con él.

—Nada —respondió.

—¿Nada? —repitió él, arqueando las cejas—, ¿Quieres traer la otra caja, por favor?

Ella tomó la caja más pequeña del coche, lo cerró y siguió a James. A Jamey. A pesar de que parecía querer que lo llamara así, aquel nombre no iba con él. Era James, una persona calmada, segura y en quien se podía confiar.

Lo siguió hasta su estudio. El tomó la caja que ella traía y la dejó junto a las otras. Caryn se preguntó si sabría lo difícil que le resultaba dejarle ver

aquellos papeles que eran la prueba de las apuestas de Paul y que dejaban al descubierto cuál había sido su estado financiero durante los últimos años.

Caryn se quedó mirando las cajas. Allí estaba todo menos una carta que Paul había enviado a un apartado de correos privado el día antes de su muerte. Confiaba en que James investigara el accidente y que llegara a la misma conclusión que la policía para así creerlo y destruir aquella carta. Quizá debería haberlo hecho ya.

—Hoy no estás en el mundo —dijo James a su lado.

Ella se giró hacia él.

—Lo siento.

James se quedó observándola y ella sintió que los latidos de su corazón iban en aumento.

—¿Sabes si Paul tenía un ejemplar de su libro escolar?

—No he encontrado ninguno.

James tomó un libro de la estantería y lo abrió. Ella sonrió al ver una foto de Paul con diecisiete años y la acarició con su dedo.

—¡Qué guapo! —dijo—. Cuando lo conocí dos años más tarde, su aspecto no había cambiado mucho del de esta foto. ¿Dónde estás tú?

James pasó unas páginas.

—Aquí.

—No hay duda de que eres el padre de Kevin —dijo ella, inclinándose sobre el libro—. El parecido es evidente. ¿Tienes fotos de cuando eras bebé?

—Estoy seguro de que mi madre sí las tiene. Puedo llevarte a que la conozcas, si quieres.

—Todavía no, gracias —respondió. Quería darle tiempo a Kevin—, ¿Quieres que revisemos estas cajas juntos?

—No.

—¿Por qué no?

—Quiero llevar esta investigación como si fuera cualquier otra. Haré preguntas cuando sea necesario.

—Estás deseando echar un vistazo a esos papeles.

Parecía preferir trabajar en vez de pasar un rato con ella, lo que le hizo sentir cierta envidia, pero finalmente él le dedicó toda su atención.

—Estás muy guapa, mujer misteriosa.

Le gustaba mucho aquel apodo que le había puesto.

—Gracias.

—Espero que te quedas a cenar.

Se había percatado del delicioso aroma nada más entrar en la casa. Antes de que pudiera contestar, él se acercó a ella.

—Vamos a compartir muchos momentos de nuestras vidas. Será mejor que nos acostumbremos a sentirnos cómodos cuando estemos juntos.

Se sentía cómoda junto a él, a pesar de que invadiera su espacio personal.

—Te aprecio por cómo eres —dijo, tomándola por los hombros—. Una buena madre, una esposa leal y fiel, una mujer de palabra. Sé que te resulta difícil compartir a Kevin conmigo y te admiro por todo ello.

—Le das a Kevin cosas que yo no puedo darle. No puedo negarle lo que tú le ofreces —dijo ella—. ¿Qué hay de cena?

—Carne asada, patatas y judías verdes.

—¿Quieres hacerme engordar? —preguntó ella. Sabía que tendría mejor aspecto con un poco más de peso. Quizá su cuerpo tan delgado no le gustaba.

—Me gusta comer bien. Y más si es en buena compañía.

—Está bien, me quedaré a cenar contigo.

—En diez o quince minutos para que esté todo listo. ¿Quieres beber algo: vino, té?

—Vino blanco, por favor.

—Siéntate en el salón. Enseguida estoy contigo.

La última vez que había estado allí, se había fijado en aquella habitación para evadirse de la emoción del momento. Lo que le llamaba la atención en aquel momento era el ambiente tranquilo de la estancia. La chimenea estaba lista para ser encendida y sonaba una música proveniente de unos altavoces que no veía.

Nada más sentarse en el sofá apareció James con una copa de vino blanco en cada mano. Le dio las gracias y James se sentó en el sofá, no demasiado cerca.

—Se me olvida preguntarte por tu moto.

—Con lo que me diste, los daños están cubiertos.

No sabía si aquello sería verdad, pero nunca lo sabría.

—¿Te la devolverán pronto?

—Tienen que cromar el nuevo guardabarros. Creo que la tendré la semana que viene —dijo, estirando el brazo sobre el respaldo del sofá—, ¿Te gusta tu traba— jo?

—Está bien.

—¿Te gustaría dedicarte a otra cosa?

—No sé hacer mucho más.

—¿No tienes ninguna pasión secreta?

Aquella era una pregunta con segundas intenciones y Caryn dio un sorbo a su copa para ocultar una sonrisa. Al ver que no contestaba, James continuó:

—Es evidente que te gustan los caballos. ¿No te gustaría volver a trabajar con ellos?

—¿Acaso has abierto una oficina de empleo para la familia Brenley?

—Sólo sentía curiosidad.

—Me gusta montar a caballo de vez en cuando, pero cuidarlos y llevar un establo requiere mucho trabajo físico.

—¿Acaso servir mesas es más fácil?

—No, pero es diferente. Lo que más se me cansan son los pies —respondió Caryn, mirándoselos. Llevaba unos zapatos de piel gastados y cómodos.

Después de unos segundos, él dejó su copa, se acercó a ella y tomó sus pies. Ella se echó hacia delante, tratando de soltarse.

—¿Qué estás haciendo?

—Mimándote un poco —dijo, mirándola sin apenas pestañear.

Caryn tragó saliva. Hacía mucho tiempo que nadie hacía nada por ella. ¿Por qué no dejar que lo hiciera?

Colocó sus pies sobre su regazo. El le quitó los zapatos lentamente, como si la estuviera desvistiendo. Sí, hacía mucho tiempo. Cerró los ojos acomodándose en el asiento y sintió que le quitaba la copa de la mano para ponerla encima de la mesa.

El comenzó a darle un masaje en la planta de los pies y ella dejó escapar un gemido de placer. Poco a poco fue relajándose. El no dijo nada y Caryn no estaba segura de que quisiera distraerse conversando, así que se concentró en sus caricias.

Tenía unas manos mágicas que se movían con lentitud. James hizo más intensa la presión, le giró los tobillos y le dio un masaje en cada pie. Un suspiro escapó de los labios de Caryn. Nadie la había acariciado por más de un par de segundos y de aquella manera tan íntima en que James lo estaba haciendo, a pesar de que nunca subía más de los tobillos.

Sintió que su cuerpo reaccionaba como si la estuviera acariciando por todas partes. Sentía el calor de los muslos de James a través de la tela de sus vaqueros. Su falda se había subido un poco y dejaba al descubierto parte de su piel, pero decidió no colocársela para que él no se diera cuenta de lo mucho que le estaban afectando sus caricias.

Quizá debería olvidarse de todo. Al fin y al cabo, eran adultos y tenían necesidades...

No. Les esperaba una conexión de por vida debido a Kevin. Sería mejor que la relación fuera buena, pero que no llegara a íntima. En algún momento, tendrían los mismos nietos.

¡Nietos! Al imaginarse aquella estampa, abrió bruscamente los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó él sin apartar sus manos.

De pronto comenzó a sonar un timbre. La cena estaba lista. Él detuvo el movimiento de sus manos, pero no las apartó, rodeando con ellas sus pies.

—¿Qué ocurre, Caryn? —repitió.

Al verlo tan cerca, sintiendo sus piernas bajo las suyas, no quiso ocultarle sus pensamientos.

—Acabo de caer en la cuenta de que en algún momento nuestros nietos serán los mismos —dijo ella, y James se quedó helado en el sitio sin saber qué decir—, ¿No te hace sentirte mayor?

—¿Mayor? —repitió él. Eso era lo de menos. Teniendo en cuenta que pretendía ser padre, la idea de convertirse en abuelo no le cabía en la

cabeza en aquel momento—. No, no me siento mayor. Además, tú tampoco tienes aspecto de abuela.

—Gracias. Creo que tampoco estoy preparada para serlo. Apenas puedo acostumbrarme a que Kevin no viva conmigo. Y ya ves que viven justo debajo.

James sintió un vuelco en su interior. Quizá fuera mejor construir una relación más íntima, pensó él. Caryn podía no querer casarse ni tener hijos, pero seguro que estaría dispuesta a tener más que una amistad con él. Lo malo es que según cómo terminara esa relación, las cosas en un futuro podían complicarse. Debería pensárselo...

Y así lo hizo durante la cena, a pesar de que hablaron de otras cosas: de Kevin y su infancia, de sus propias experiencias y de divertidas historias. Después, ella insistió en ayudarlo a recoger la cocina. Entonces, al cerrar el lavavajillas, tomó la decisión. No la besaría. No arriesgaría la larga relación que les esperaba de por vida por una breve aventura. Ella no quería hijos. Además, ya tenían un hijo en común. Bastantes aspectos extraños tenía aquella relación como para complicarla aún más.

—Me gustaría ver tu jardín antes de irme.

«¿Te vas a ir tan pronto?», pensó él.

Hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien cenando. Quizá Cassie tenía razón y había estado saliendo con mujeres demasiado jóvenes.

James encendió las luces que había colocado entre los árboles.

—¡Qué agradable! —dijo ella mientras caminaban por el sendero—. Teníamos uno de estos —añadió, acercándose a uno de los árboles.

Entonces, Caryn metió los dedos en uno de los bebederos para pájaros y sonrió con malicia. El sacudió la cabeza, imaginando lo que estaba a punto de hacer, pero ella no le hizo caso y le salpicó antes de salir corriendo.

Él fue tras ella y la alcanzó. Se detuvieron junto a uno de los árboles, sonriendo. Caryn apoyó la cabeza contra el tronco, tratando de recuperar el aliento. Alargó el brazo y tomó una hoja de una de las ramas. Jugueteeó con ella haciéndola pedazos y después se la echó a James por la cabeza, quien se la sacudió de un rápido movimiento de cabeza.

Era una mujer peligrosa cuando lo miraba con aquella sonrisa. James sabía que su vida no había sido fácil, que había sufrido mucho debido a la

adicción al juego de Paul, pero parecía estar recuperándose y no quería hacer nada para estropearlo.

Se pasó la mano por la cabeza para quitarse los restos de la hoja y, de repente, se encontró tomando el rostro de Caryn entre sus manos. La había besado el día anterior, pero había sido diferente. Lo había hecho casi por lástima.

«Si quieres que me detenga, dímelo», se dijo para sí.

Ella levantó su rostro hacia él y lo rodeó por la cintura, poniéndose de puntillas. Sus labios se tocaron y él la estrechó entre sus brazos. Aquel beso sabía a helado de chocolate con menta. Era difícil describir cómo se sentía en aquel momento. Era como si ambos llevaran esperando aquel momento desde hacía años, desde que crearan una vida aún sin saberlo.

James la estrechó contra el árbol. Su pecho oprimía sus senos, aquellos que habían alimentado a su hijo, y deslizó sus manos para acariciarlos. Ella dejó de besarlo y se quedó quieta, como esperando. El apartó su rostro y buscó su mirada mientras tomaba sus pechos entre las manos. Sentía sus pezones duros a través de la tela. Después de unos segundos, ella lo tomó por las muñecas. Él se detuvo, pero ella sacudió la cabeza, cerró los ojos y guió sus manos.

James observó cómo la expresión de su cara reflejaba placer mientras jugaba con sus pezones a través de la ligera camiseta y el sujetador. Colocó una pierna entre las de ella y presionó ligeramente. Por el modo en que ella dejó caer su cabeza hacia atrás, era evidente que le gustaba. Jugueteeó con el lóbulo de su oreja y continuó deslizando los labios por su cuello hasta el borde de la camiseta. Ella dejó escapar un gemido mientras él la estrechaba contra su cuerpo y a continuación pronunció su nombre. James colocó su boca sobre su pecho, por encima de la ropa.

Entonces, Caryn lo apartó con decisión.

—No puedo —dijo, apoyando la frente contra la de él.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Hacer esto. Vamos demasiado deprisa. Hay muchas cosas que debemos tener en cuenta.

James no tenía ninguna duda de que le había gustado y no lograba entender que hubiera encontrado la fuerza para detenerse. Deseaba darle placer y hacer que disfrutara entre sus brazos.

—Sólo deja que me ocupe de ti, que te haga feliz —dijo, y acarició con la lengua sus labios.

—No puedo —dijo ella, respirando entrecortadamente.

—Claro que puedes.

Sus labios estaban rozándose.

—¿Qué quieres hacer?

—Deja que te lo demuestre.

James se quedó a la espera unos segundos. Le mostraría cómo podrían disfrutar juntos, aunque sólo fuera durante una temporada. Una aventura podría satisfacer su mutua curiosidad y así su relación proseguiría sin tener que estar continuamente pensando qué sentirían al hacer el amor.

—No querrás dejarlo así.

—No quiero, pero tengo que hacerlo. Lo siento.

El dio un paso atrás apartándose. No estaba enfadado, pero sí sorprendido y decepcionado.

—Debería irme —dijo ella.

—Está bien —repuso él. Quería creer que había otra ocasión, otra oportunidad.

—No hace falta que me acompañes —dijo ella, regresando a la casa.

El consiguió salir de su estupor y la siguió. Cuando llegó a la puerta principal, Caryn estaba dentro del coche en marcha y se despidió agitando la mano.

Al girarse para regresar al interior de la casa, vio que había un coche aparcado al otro lado de la calle. Era oscuro, de dos puertas, la clase de coche que solía utilizar la policía secreta. Dentro, vio la silueta de un hombre. Recordó haber visto el coche allí cuando Caryn llegó. Aun así, era una buena señal que no la hubiera seguido a ella. James se acercó lo suficiente para ver la matrícula y al hombre del interior, que ocultó el rostro al ver que James se acercaba. El continuó caminando hasta el quiosco de prensa de la esquina, compró un periódico y regresó. Unas horas más tarde, el coche se fue. Pero, por la mañana, allí estaba otra vez.

Capítulo Nueve

James tenía un plan. Llamó a Cassie y acordó con ella que fuera hasta su casa y aparcara fuera del alcance de la vista del extraño para comprobar si lo seguía. Hubiera preferido confrontarlo él mismo, pero sabía que en ese caso sólo obtendría una mentira por respuesta. Era mejor saber quiénes eran sus enemigos.

Cuando llegó, Cassie le llamó para avisarlo. Entonces, James sacó su coche del garaje como si tal cosa.

—No te sigue —le dijo Cassie a través del teléfono móvil.

James se alegró, pero se preguntó quién en el vecindario estaba siendo vigilado y por qué.

—Quédate ahí unos minutos. Daré la vuelta y aparcaré detrás de ti. Luego, puedes irte. Quiero ver qué hace.

—De acuerdo. ¿Cómo está...? ¡Espera! Está saliendo del coche. Acaba de abrir la puerta de tu valla. ¡Está en tu patio!

James aceleró.

—¿Lleva algo?

—No veo nada. Me acercaré un poco más a la casa.

—Está bien. ¿Vas armada? —Sí.

Hizo el último giro para tomar de nuevo su calle, aparcó el coche y se dirigió corriendo a su casa, haciendo una señal a Cassie para que se quedara al pie de los escalones de entrada. Sacó la pistola y abrió el pestillo de la puerta de la valla. Cruzó el patio y se acercó hasta unos arbustos desde donde echar un vistazo a la parte trasera de la casa.

Un hombre bajo y musculoso, con la cabeza afeitada, estaba junto a la puerta trasera estudiándola detenidamente en busca de algún sistema de alarma. A continuación se acercó a la ventana más próxima. James tenía que ser paciente y dejarle hacer lo que tenía planeado si quería pillarlo. La alarma enviaría una señal al aparato que James llevaba en el bolsillo y que previsoramente ya había apagado, y a su oficina, con lo cual su jefe, Quinn Gerard, llegaría inmediatamente, si es que estaba allí.

El hombre sacó un teléfono móvil del bolsillo y apretó un botón de la memoria. De vez en cuando, James lograba oír algunas de las palabras. Al

parecer el intruso estaba pidiendo consejo. James escuchó las palabras «alarma» y «riesgo». Luego, guardó el teléfono y miró al patio. James se ocultó. Lo siguiente que escuchó fue el sonido de un cristal al romperse. La alarma se habría disparado, pero eso aún no lo sabía el intruso.

James volvió a asomarse. El hombre se quedó en el sitio, como si esperara a que la alarma sonase o que un vecino apareciese. Cuando decidió que ya había pasado suficiente tiempo, pasó un brazo a través de los cristales rotos de la puerta trasera y la abrió. El crujido de los cristales del suelo sonó bajo sus pasos.

James lo siguió. Se agazapó al pasar junto a las ventanas y a continuación entró sigilosamente en la casa, retirando los trozos de cristal antes de pisar el suelo de la cocina.

De pronto, maldijo para sus adentros. No le había dicho a Cassie que iba a entrar. Había cometido el error de entrar sin respaldo, a pesar de los años que llevaba trabajando. Pero ya era demasiado tarde. Al menos, ella estaba haciendo guardia en la entrada principal.

Oyó ruido en el estudio, como si estuviera revolviendo papeles. Caminó con la espalda pegada a la pared en dirección a aquella habitación. Llegó junto al umbral de la puerta y se asomó. El hombre estaba guardando de nuevo en las cajas los papeles que James había sacado la noche anterior. Todo el trabajo de clasificación que James había hecho estaba perdido.

—¡Arriba las manos! —gritó James al entrar en la habitación, apuntándole con la pistola.

El hombre, asustado, buscó una vía de escape.

—Deje la caja en el suelo y levante las manos —dijo James, apuntando al hombre con el arma.

El intruso se inclinó lentamente y, a medio camino, golpeó a James con la caja y salió corriendo. James no tenía motivos para dispararle así que salió detrás de él. Lo agarró por la parte trasera de la chaqueta, pero el hombre se quitó las mangas y siguió corriendo hacia la cocina hasta salir por la puerta al jardín.

James corría tras él, pero aquel hombre era al menos quince años más joven y cruzó la valla de un salto. Cuando James llegó a la segunda valla, el hombre ya había desaparecido.

Llegó hasta la acera y, al verlo, Cassie corrió junto a él. Quinn detuvo su coche junto a la entrada. Todo el equipo estaba allí.

—Se ha ido.

—¿Qué está pasando? —preguntó Quinn, acercándose hasta ellos.

—Entremos en casa —dijo James, dirigiéndoles al interior.

Su ego estaba herido. Ahora recordaba por qué había dejado su trabajo como cazarrecompensas. No podía seguir a delincuentes jóvenes que podían correr más rápido que él. Si llegara a tener un hijo, quizá no pudiera jugar con él en seis o siete años. Aquel pensamiento lo deprimió aún más.

Les contó acerca de Caryn y Kevin y después hizo un par de llamadas. Una a la policía y la otra a un cristalero para que fuera a arreglar el cristal de la puerta trasera.

James registró la chaqueta del intruso, pero no encontró ninguna identificación aunque sí el teléfono móvil.

Quinn metió algunas cosas en una bolsa de plástico para que fueran analizadas en busca de huellas dactilares y volvió a la cocina.

—Me ocuparé de esto.

—¿Qué crees que buscaba ese hombre, Jamey? —preguntó Cassie.

—Creo que tiene alguno que ver con Caryn o, mejor dicho, con Paul.

—Pero ya les pagó las deudas.

—Quizá debía dinero a alguien más. Quizá ese hombre estaba vigilando la casa de Caryn y la vio meter las cajas en su coche. ¿Cómo si no habría sabido que estaban aquí?

—¿Vas a decírselo a Caryn?

—Sí —respondió, frotándose la frente. Ahora estaba deseando revisar a fondo los papeles. Tenía que haber algo en ellos que le diera una pista, algo que a Caryn se le hubiera pasado.

—¿Necesita protección? —preguntó Cassie.

El también se había preguntado si Kevin y ella estarían en peligro. Y ahora que James había tenido un enfrentamiento con aquel hombre, ¿enviarían a otro en su lugar? ¿Alguien que quizá fuera más violento?

—Quizá —respondió por fin.

—Deberías hacer que vinieran a vivir aquí.

Quinn entró en el estudio.

—Necesito usar tu ordenador.

Quinn estaba tratando de obtener información del teléfono del intruso a través de vías legales, algo que había estado haciendo durante el último año, desde que se convirtiera en un respetado detective y dejara atrás un pasado que rozaba la ilegalidad.

—Todo tuyo —respondió James y, girándose hacia Cassie, añadió—: Caryn no estaba siendo vigilada.

—Al menos, no esta mañana.

—Echemos un vistazo al coche —dijo él.

—Es alquilado —dijo Quinn mientras escribía en el teclado—. Ya lo he comprobado.

—Sólo puedo conseguir que se muden aquí si Caryn le cuenta a Kevin la verdad sobre las apuestas de su padre. Tengo que ir a hablar con ella y asegurarme de que no es el objetivo.

—Vete —dijo Cassie—. Yo me quedaré a esperar a la policía y al cristalero. Dime el código de la alarma. Te llamaremos en cuanto Quinn averigüe de quién es el teléfono.

—No hagas nada por lo que pudieras perder tu licencia —dijo James mientras escribía en un papel el código, y después se fue.

Le hubiera gustado tener una moto, pero incluso había devuelto la que le habían prestado, ya que el caso para el que le hacía falta ya había terminado.

Tras soportar el intenso tráfico, por fin llegó al club Golden Gate y se acercó hasta una de las ventanas del restaurante. Venus lo vio y lo saludó con la mano. Él le hizo un gesto para que avisara a Caryn. Ella apareció junto a la ventana y le dijo por señas que se verían en diez minutos, así que se fue a la entrada de los empleados a esperarla.

Al poco, Caryn apareció poniéndose un jersey. Debido a la subida de adrenalina, James no había reparado en que había refrescado.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Acaso es Kevin?

—El está bien.

Lo había llamado con un pretexto ridículo para asegurarse de que todo iba bien y lo había despertado.

James le contó a Caryn lo que había pasado.

—¿Crees que se trata de la misma gente? —preguntó, sintiendo un escalofrío—. Quizá sean otros. Puede que haya más.

—Todavía no lo sé. Cassie y Quinn están haciendo averiguaciones. Te prometo que llegaremos al fondo del asunto —dijo él, frotando vigorosamente los brazos de Caryn para que entrara en calor, ya que seguía temblando—. Caryn...

—No me gusta cómo suena eso.

—Todavía no he dicho nada.

—Estás a punto de decir algo que no me va a gustar.

—Tienes que contarle todo a Kevin.

—No.

—Sí, porque tenéis que venir a vivir conmigo hasta que tengamos algunas respuestas.

Ella se puso tensa.

—No —repitió.

—Sí. Es la única manera de garantizar vuestra seguridad.

—¿Por qué estás tan seguro de que estamos en peligro?

—No lo sé con certeza, pero no estoy dispuesto a correr ningún riesgo.

Caryn se estremeció por el tono de su voz. Era evidente que se sentía responsable de ella y de su hijo.

De pronto sonó el teléfono móvil de James y ella se apartó para dejar que hablara. ¿Mudarse a su casa? ¿Contarle todo a Kevin? Se llevó las manos al rostro. Se suponía que su vida estaba volviendo a la normalidad.

—Caryn.

Ella se giró.

—Era Quinn, mi jefe. Dice que el teléfono móvil es de una empresa de Los Angeles. Va a ver si averigua algo más de esa compañía, pero está seguro de que se trata de una tapadera.

—¿Ha podido localizar las llamadas?

—No puede hacer eso. Si lo pillan intentándolo, podría perder su licencia. De todas formas, hemos llamado a la policía y probablemente ellos podrán obtener esa información.

—¿Has avisado a la policía?

—Por supuesto —dijo en tono más relajado—. Eso no quiere decir que vayamos a dejar nuestra investigación —añadió, acariciando la mejilla de Caryn.

—Mañana hará un año de la muerte de Paul. ¿No es ése suficiente dolor para Kevin?

Entonces, James la rodeó con sus brazos. Las lágrimas se le escapaban de los ojos y los cerró con fuerza. El olor de su cazadora de cuero le resultaba reconfortante.

—Lo siento, pero tiene que saberlo por su propio bien —replicó James—. Cuando acabe tu turno estarás libre durante el fin de semana, ¿verdad? Y Kevin tampoco tendrá clase, ¿no?

—¿Qué pasa con su nuevo trabajo?

—No creo que sea una buena idea que trabaje en un lugar donde hay armas.

—Se va a disgustar.

—Tienes que ayudarme a hacerle entender que no tiene otra opción. Le guardarán el trabajo.

—Está bien. Hablaré con él esta tarde.

—Los dos hablaremos con él. Estaré en el aparcamiento cuando salgas de trabajar y te seguiré a casa. Cassie cuidará de Kevin y lo seguirá cuando acabe sus clases. No puedes contárselo a nadie, ni siquiera a Venus.

—De acuerdo.

Por un segundo, pensó que iba a besarla. ¿Acaso no la había besado apasionadamente la noche anterior?

—Todo se arreglará —dijo él.

—Seguro que eso se lo dices a tus... —comenzó ella. No sabía qué palabra emplear. ¿Víctimas, clientes?—, amigos —dijo por fin.

—Tú eres más que una amiga —dijo James, y ella se quedó mirándolo fijamente. El tomó su rostro entre sus manos—. No sé cómo ha ocurrido tan rápido, pero así ha sido.

—¿Por ser la madre de Kevin?

—Por ser mi mujer misteriosa.

Ella tragó saliva.

—Eso supone una gran complicación.

—Es cierto —dijo él, y rozó sus labios con los de ella antes de que el beso se volviera más intenso.

De pronto la puerta se abrió y golpeó a Caryn en la espalda, haciéndole perder el equilibrio. El la sujetó para evitar que se cayera.

—Lo siento —dijo Venus—. No sabía que... Le diré a Rafael que necesitas un minuto más —añadió antes de desaparecer.

—Tengo que irme —dijo Caryn, enfadada consigo misma por olvidar dónde estaba. Estaba preocupada por Kevin y, a la vez, se sentía confundida y feliz respecto a James.

—Nos vemos a las tres.

Ella asintió y regresó al interior del edificio.

—Hacéis muy buena pareja —comentó Venus con una sonrisa en los labios.

Caryn sonrió, a pesar de la angustia que sentía.

—Venga, volvamos al trabajo.

Era demasiado pronto para hablar de amor, pero había algo entre ellos lo suficientemente fuerte como para sentir que podía confiar en él. Y eso le gustaba.

Capítulo Diez

James no sabía cómo reaccionaría Kevin, pero desde luego no había imaginado aquel silencio. El chico había escuchado atentamente la explicación de Caryn, después a James y luego se había sentado sin decir palabra.

Caryn lanzó una mirada interrogante a James, y él se encogió de hombros.

—¿Tienes alguna pregunta? —dijo Caryn a su hijo.

—No.

—Pero debes tener...

—No, mamá. Estoy buscando la manera de decirte que ya te lo había dicho. Has esperado demasiado tiempo, has ocultado este secreto durante mucho tiempo. Ahora no hay ninguna pista. Mi padre fue asesinado y podíamos haber encontrado a su asesino si no hubieras mantenido esto oculto —dijo, y se levantó de su asiento, dando largos pasos por el salón de la casa de su madre— Gracias por confiar en mí. Te dije que algo no iba bien. ¡Te lo dije!

James apenas podía decir nada para defenderla, ya que opinaba lo mismo que Kevin respecto a que debería haberlo sabido antes. Todavía no tenía pruebas que confirmaran que Paul había sido asesinado. Claro que a la vez, comprendía el miedo de Caryn y por qué no le había hablado a su hijo de las apuestas y las deudas de su padre.

—Si son tan profesionales como parecen, no hubieras tenido ninguna pista que seguir —dijo James a Kevin—, Dale a tu madre un respiro. Hizo lo que pensaba que sería mejor para ambos.

—Debería haber llamado a la policía.

—Quizá.

—¡Mira dónde estamos ahora! —dijo Kevin, metiéndose las manos en los bolsillos—. No sabemos si son los mismos. ¿Qué motivos tienen para volver un año después teniendo en cuenta que las deudas se saldaron? Y respecto a tu trabajo, no te preocupes, lo conservarás.

—Por ahora.

—Por el tiempo que haga falta.

Kevin pareció tranquilizarse un poco. James observó a Caryn, que se había quedado mirando el suelo, con las manos en su regazo, como si tratara de controlar sus emociones. Deseó rodearla entre sus brazos. Quería llevarla a la cama y hacerle pensar en otras cosas.

—Tenéis que meter en una maleta algo de ropa para unos cuantos días —dijo James—. Kevin, llevaremos todos los papeles de tu padre también. Puedes dedicarte a revisarlos en mi casa.

—No he dicho que vaya a ir.

—Tú...

—Es lo mejor que puedes hacer —dijo James, interrumpiendo a Garyn.

No podía obligar a Kevin a ir. Ella podía tratar de convencerlo, pero tampoco podía obligarlo.

—Te estás comportando como si fueras mi padre.

Aquello dolió a James, pero debía ignorarlo.

—No, pero trato de ser tu amigo. Además, estoy acostumbrado a enfrentarme a este tipo de situaciones. Sinceramente, Kevin, me vendría bien tu ayuda durante este fin de semana.

—Tengo planes para mañana por la noche.

Al oír aquello, Caryn levantó rápidamente la cabeza y dirigió a James una mirada acusadora. Después de todo, le había dicho que no tenía nada de lo que preocuparse. No le había contado nada de que había visto a Kevin y Venus a través de las cortinas, abrazados.

—Tendrás que cancelarlos —dijo James—, Yuna cosa más. No debes decirle a dónde vas.

—¿A quién?

—A Venus.

—No he dicho que mis planes incluyeran a Venus. Tengo otros planes. ¿Qué se supone que tengo que decir?

—Que es el primer aniversario de la muerte de tu padre —dijo Caryn—. Y que hemos decidido pasar el fin de semana juntos.

Después de unos segundos, Kevin se acercó a ella.

—No se me había olvidado. Es que quería pensar en otras cosas.

Ella tomó su mano.

—Lo entiendo —dijo, y miró a James—. ¿Y si alguien nos ve entrando o saliendo de casa con las maletas?

—Meter las cosas en bolsas de supermercado. Después de que nos vayamos, Cassie vendrá y recogerá todo. Luego volverá a traerlo como si se tratara de la compra. Pero asegurados de que no preparáis muchas bolsas, ¿de acuerdo?

—Hay muchas cajas —dijo Kevin.

—¿Están clasificadas por años?

—No del todo.

—Ya pensaré en algo. De momento, ¿por qué no os preparáis?

Kevin se dirigió a la escalera y de pronto se paró.

—Debería usar la escalera de atrás, ¿no te parece?

James parecía a punto de haber sugerido lo mismo.

—Buena idea.

—Tiene razón —dijo Caryn una vez que su hijo se fue—. Debería haber llamado a la policía.

—Estabas asustada y ya no se puede cambiar —dijo, y sacó su móvil para llamar a Cassie—. Hola Cass, estaremos listos en veinte minutos.

—Quinn está aquí conmigo. Podemos ir hasta allí y dar una vuelta por la zona a ver qué vemos.

—Gracias —dijo.

Se guardó el teléfono en el bolsillo antes de mirar por la ventana. Como estaban en un tercer piso, no podía ver el interior de los coches. ¿Quién sabía si habría alguien en su interior observándolos? Tenía que sacar a Caryn y Kevin de allí y llevarlos a su casa sin que nadie los viera. Además, tenía que hacer lo mismo con todas aquellas cajas.

No tenía ninguna duda de que podría protegerlos. Pero ¿quién iba a protegerlo a él de encariñarse con ellos más aún?

Más tarde, en el estudio de James, Caryn colocó los papeles de las tres cajas mientras Kevin revisaba en el salón las otras cajas. James iba de una habitación a otra. Llevaban horas así y era casi medianoche. Caryn estaba sentada en el suelo, cruzada de piernas. Estaba tan cansada que estaba a punto de convertir aquellos papeles en su colchón. Pero no podía dormirse, todavía no. Tenía que decirle algo a James, pero no quería hacerlo hasta que Kevin se fuera a la cama.

—¿Cansada? —preguntó James desde la puerta.

Ella asintió. Ni siquiera se había espabilado con el café que había tomado una hora antes.

—¿Y tú?

—También, pero creo que nos hemos organizado bien.

—¿Te vas a dormir o vas a seguir trabajando en todo esto? —preguntó ella, abriendo los brazos.

—Me voy a la cama,

Le gustaría irse a la cama con él. Dormir junto a él la haría sentirse mejor. Sólo con que la abrazara...

¡Qué gran mentira! No sólo quería ser abrazada. Lo quería todo. Quería besarlo y que la besara, tocarlo y que la tocara, hacer el amor con él, sentirlo dentro de ella y olvidarse de todo lo demás.

—¿Caryn?

—Dime.

Él estaba justo a su lado.

—¿Te has dormido?

Ella sonrió y negó con la cabeza. Alargó su mano para tomar la de él y...

—¿Mamá?

Ella apartó rápidamente su mano.

—No nos ha visto —murmuró James de espaldas a Kevin—, Estoy en medio.

—¿Qué quieres, cariño?

—Quiero irme a la cama.

—Justamente estábamos hablando de eso. Me iré detrás de ti —dijo, aceptando la ayuda de James para levantarse. Llevaba tanto tiempo sentada que tenía las piernas adormecidas y perdió el equilibrio. El la sujetó por el codo.

—Uy.

—Lo siento. Se me ha dormido el pie —dijo, agitándolo.

Kevin se acercó a ella y tomó su mano libre. Caryn soltó la de James.

—Te ayudaré a subir la escalera —dijo Kevin.

Ella rió.

—Todavía puedo arreglármelas yo sola. Dame un minuto —dijo, moviendo su pie hasta que los pinchazos desaparecieron, consciente de que James se había separado.

¿Acaso estaba celoso Kevin? Desde luego que lo parecía. ¿Acaso había visto algo entre James y ella? ¿Algo de lo que sin ser conscientes estaban mostrando?

—Está bien, estoy lista. Hasta mañana, James. Muchas gracias por cuidar de nosotros.

—De nada.

Caryn trató de sonreír, pero al tener a Kevin cerca, le quedó demasiado forzado.

—Buenas noches, Kevin —dijo James.

—Buenas noches.

Kevin y ella subieron la escalera. La habitación en la que iba a dormir era tan bonita como el resto de la casa. La cama tenía dosel y una colcha en tonos rosas. Estaba deseando meterse en ella. Pero tenía que permanecer despierta para hablar con James. No podía tener secretos con él.

—¿Estás bien aquí? —preguntó Kevin desde la puerta.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

—¿No te parece extraño estar con un hombre que...? Bueno, ya sabes.

—Estoy contenta de que formes parte de nuestras vidas en este momento. Creo que no podría soportar más amenazas yo sola.

—No deberías haberlo afrontado sola.

—Ya lo sé, ahora me doy cuenta.

—Puedo cuidar de ti, lo sabes. Papá hubiera querido que lo hiciera.

—Lo sé. Pero aun así, es agradable tener ayuda, ¿no te parece?

El se encogió de hombros.

—Imagino que sí.

Ella palmeó suavemente su mejilla.

—Te veré por la mañana —dijo ella, y se dirigió a su habitación.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Por la expresión que vi antes en tu cara, creo que no quieres que salga con Venus.

«Ahora no, Kevin», dijo mentalmente.

—Cinco años de diferencia es mucho a tu edad.

El muchacho se sonrojó.

—No tiene mucha más experiencia que yo.

El hecho de que le relevara información tan íntima de Venus y de él, le resultaba esperanzador.

—Me cae bien Venus, es una chica encantadora. Pero no tengas prisa.

—Emmaline dijo lo mismo.

Cuanto más sabía de la madre de James, más le gustaba aquella mujer.

—Sé que tu padre te habló sobre sexo...

—Y sobre métodos anticonceptivos. No tienes por qué hacerlo. No estamos... Sólo somos amigos —dijo, y se fue.

Caryn no sabía si sentirse aliviada o feliz. Iba a tener que dejar que se hiciera mayor. Durante el último año, había madurado en muchos aspectos. Estaba dejando de ser un muchacho para convertirse en todo un hombre.

Se puso el pijama de franela rojo, la bata amarilla y unas zapatillas azules, y después se miró al espejo. No, no había nada sexy en su aspecto. Tomó la carta de Paul y se la guardó en un bolsillo.

Luego, se sentó en la cama a esperar hasta que el resto estuviera durmiendo.

James tomó un puñado de papeles y se los llevó a su habitación. No podía dormir mientras Caryn y Kevin estuvieran en peligro.

Los asuntos económicos no eran su fuerte. Una de los socios de ARC estaba casada con un contable, que también trabajaba para la compañía. James decidió llamarla por la mañana y pedirle que fuera hasta San Francisco y se ocupara de esa parte de la investigación, a pesar de que fuera sábado. James confiaba en que algo extraño surgiera ante él. De momento, todo lo que sabía era que Paul ganaba mucho dinero con su trabajo y que menos de la mitad acababa en las cuentas bancarias de la familia.

Apiló los documentos y los bajó. Al volver arriba, puso la oreja en la puerta de Kevin. No había ningún ruido. Lo había oído un rato antes hablando por teléfono con Venus, a pesar de lo tarde que era.

Se acercó hasta la puerta de Caryn. Su habitación también estaba en silencio. Se apoyó en el quicio y acarició la puerta. Le gustaba que estuvieran allí, e incluso hubiera preferido que Caryn compartiera su cama en lugar de dormir cada uno solo.

En menos de un segundo, giró el pomo de la puerta y se deslizó al interior. No había apagado la luz del baño y la vio allí tumbada sobre la cama, dormida. A pesar de que llevaba una bata, parecía tener frío. Estaba muy guapa con aquellos colores brillantes. No sabía qué hacer, si taparla con la colcha o meterla en la cama. Lo primero no la despertaría, pero lo segundo sí.

James se quedó observándola unos segundos. No parecía relajada. Su expresión cambió, como si estuviera soñando algo que la incomodara, y frunció el ceño. Deseaba acariciar su pelo y tranquilizarla para evitar que tuviera pesadillas.

Abrió la cama y luego la tomó en sus brazos.

—Tranquila —dijo al ver que abría los ojos—. Soy yo. Te has quedado dormida sobre la cama. —¡Oh!

—Parece que tienes frío —dijo, colocándola sobre las almohadas.

Le quitó las zapatillas y le dio un breve masaje en los pies. Sentía su mirada puesta en él y deseó que le dijera algo, lo que fuera.

—Gracias.

—Hasta mañana —dijo, él sonriendo.

—James, espera! Quería estar despierta para hablar contigo —dijo ella, metiéndose la mano en el bolsillo de la bata y sacando el sobre—. Después de encontrar la carta que le mandaste a Paul con tu nueva dirección a un apartado postal, me puse en contacto con la compañía de envíos. Tenían una carta para mí desde hacía un tiempo. Al parecer, Paul no les había dado la dirección de casa y no sabían qué hacer con ella. La había mandado dos días antes de morir.

James se sentó junto a ella en la cama. Ella se levantó y se alejó dándole la espalda, mientras él abría el sobre y la leía.

Mi querida Car:

Cuando leas esta carta, ya no estaré contigo. Siento haber estropeado todo. He ido demasiado lejos. Quiero que sepas que te quiero a ti y a Kevin más que a mi vida.

Siempre te querré,

Paul

James dobló la carta y volvió a guardarla en el sobre. No tenía necesidad de preguntarle por qué no le había hablado de aquella carta antes.

—¿Cómo lo interpretas?

—Debía mucho dinero y no podía pagar. Debía imaginarse que estaban a punto de hacerle daño. Probablemente sabían que tenía un seguro que cubriría las deudas. James no dijo nada.

—O huyó —continuó ella con voz temblorosa—. Quizá no podía soportar lo que había hecho.

James se acercó a ella por detrás y la rodeó con sus brazos. Después de unos segundos, ella se dio la vuelta y se acurrucó contra él, que la estrechó.

—No podemos decírselo a Kevin —afirmó Caryn con rotundidad—. No a menos que averigüemos la verdad. Tiene derecho a saberlo todo, pero primero quiero estar segura. No quiero que piense que su padre fue un cobarde.

—Sí —respondió James. Aquello no cambiaría el curso de la investigación—, ¿Cuánto tiempo hace que conocías esa carta?

—Desde el día en que nos conocimos.

—¿Crees que habría huido?

—Algo en mi interior me dice que no. Pero la carta...

—Es ambigua —dijo, acercando su rostro al de ella—. ¿Acaso te hace cambiar de opinión y pensar como Kevin que alguien lo asesinó? Si hubieran sabido acerca del seguro, eso habría sido un motivo suficiente.

—De cualquier manera, es horrible. La policía dice que fue un accidente y quiero creer eso.

—La policía no tenía esta información. Dependiendo del resto de los datos, eso puede hacer que todo sea diferente —dijo James.

—Lo sé —respondió ella.

—¿Hay algo más que me estés ocultando?

—Nada más. Te lo prometo —dijo ella, negando con la cabeza.

El la estrechó entre sus brazos de nuevo.

—Vivía demasiado protegida. Paul se encargaba de todo y eso no volverá a pasar nunca más.

Aquello parecía una advertencia. Era evidente que durante ese último año, ella había cambiado.

¿Quién no lo haría en esas circunstancias? Lo cierto es que le gustaba aquella mujer.

—Tengo que irme —dijo él.

Ella estaba de puntillas y James no se había dado cuenta hasta que la soltó. Aquello le produjo una gran ternura, aunque no sabía muy bien por qué. Caminaron hasta la puerta de la mano y la besó suavemente. Ella lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí. James no opuso resistencia y la besó apasionadamente, saboreando su boca. Deslizó su mano por la espalda, la agarró por el trasero y la estrechó contra su cuerpo. Sus caderas se movían al compás. Ella gimió y él la besó más intensamente. Deslizó la bata por sus hombros y puso sus labios sobre su pecho, cubierto por la franela.

A continuación, le desabrochó el pijama y dejó al descubierto la suavidad de su piel. Caryn se arqueó hacia atrás, exponiéndose, y él jugueteó con su pezón en la boca. James la acorraló contra la pared y deslizó su mano bajo el pijama, explorando con los dedos su cálida humedad. Ella dejó caer la cabeza hacia delante y clavó sus dientes en el hombro de James, quedándose quieta. Luego, comenzó de nuevo a agitarse. Finalmente se detuvo, relajada. El le abrochó el pijama y dejó la bata sobre la cama.

—¿Y qué pasa...?

—Calla —dijo, besándola—. Nos vemos mañana por la mañana.

Se fue a su habitación, se quitó la ropa y se dio una ducha. Se sentía embriagado por el olor de Caryn y no quería que desapareciera, pero aun así, se enjabonó.

Las complicaciones podían volverse más profundas. Al igual que sus sentimientos.

—Pensé que sólo íbamos a ser nosotros —dijo Kevin al día siguiente, cruzándose de brazos nada más acabar de comer.

Caryn guardó en la nevera la comida que había sobrado, dejando que James hablara con Kevin.

—Lyndsey es auditora. Su marido, Nate Caldwell, es uno de los dueños de la compañía para la que trabajo. Necesitamos su ayuda, sobre todo la de Lyndsey. Ahora mismo, están de camino desde el aeropuerto.

—¿Dónde se quedarán?

—En mi habitación. Yo dormiré en el sofá.

Kevin lanzó su servilleta al mostrador.

—¿A cuántas otras personas vas a contar cómo papá estropeó las cosas?

La mirada de Caryn se cruzó con la de James. Comprendía que Kevin se sintiera dolido, pero ambos tenían que tragarse su orgullo si quería resolverlo todo. Le sorprendía que James se mostrara tan frío, especialmente a la vista del enfado de Kevin.

—¿Acaso no quieres respuestas? ¿No quieres volver a tener una vida?

Kevin asintió.

—Entonces, ésta es la manera más rápida de hacerlo. No se lo contarán a nadie.

—Pero lo sabrán todo.

—Saben cosas peores de muchas otras personas.

—¿Y eso mejora las cosas? —dijo Kevin antes de salir de la habitación.

Caryn lo vio dirigirse al salón, así que imaginó que iba a ponerse a trabajar de nuevo. Era su primer momento a solas con James desde lo de la noche anterior. Lo miró, sonriente.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Satisfecha—dijo, coqueta— ¿Y tú?

—Yo no.

—Te sugerí...

—Confío en poder aceptar tu oferta uno de estos días.

Cuando ponía su atención en algo, se entregaba completamente. Podía sentir el calor de su mirada desde el otro lado de la encimera.

—Tienes mucha paciencia con él, James.

—No hay motivo para perder la paciencia. Además, hoy es un día difícil para vosotros dos.

Caryn no se había acordado de que era el día del aniversario de la muerte de Paul, pero al parecer James sí. No había tardado mucho en recordarlo, pero durante unos minutos había sido una mujer como cualquier otra, tratando de hacer lo mejor para ella y su hijo y así continuar con su vida.

El timbre sonó. Caryn siguió a James a la puerta y conoció a Lyndsey y Nate. James les ofreció algo para comer, invitación que ellos declinaron, y entonces, los guió hasta el estudio para que se pusieran manos a la obra. Caryn y James continuaron revisando el resto de documentos de las cajas. Las horas pasaron lentamente. A pesar de la música que sonaba de fondo, la casa estaba muy silenciosa. Caryn observó a Kevin y James trabajando juntos, codo con codo, examinando una pila de documentos. Eran muy parecidos y, a la vez, diferentes. Había algo de Paul en Kevin, sobre todo en los gestos y en las expresiones. Y confiaba en que también tuviera cosas de ella, aunque no supiera distinguirlas.

Nate apareció.

—¿Tienes los pagarés, Caryn?

—¿No están ahí?

—No —dijo, y miró a su alrededor.

—No deberían estar con esto. Los guardé... ¡Ah, sí! Los guardé dentro de un libro de recetas.

Todos la miraron, interrogantes.

—Imaginé que Kevin nunca miraría ahí —añadió, encogiéndose de hombros—. Iba a alquilar una caja de seguridad, pero se me olvidó. Iré a por ellos.

—Lo haré yo —dijo Kevin, poniéndose de pie, pensativo—. Mirad, había quedado con Emmaline esta noche. ¿Puedo ir a su casa después de que traiga los recibos?

Caryn miró a James, y éste asintió.

—Por mí está bien —dijo él—. Pero no puedes ir solo.

—No voy a ver a Venus, lo prometo. Ya te he dicho que sólo éramos amigos.

—Alguien vendrá a buscarte por la mañana —dijo James—. Quédate a dormir si quieres, pero llámanos. Mi madre hace las mejores tortitas.

Caryn vio cómo James miraba fuera comprobando lo oscuro que estaba.

—¿Te importa llevarlo en mi BMW? —le dijo a Nate—. Así puedes salir y entrar directamente al garaje. Kevin, tienes que...

—Esconderme en el asiento trasero. Lo sé. Hice lo mismo al venir.

Después de que Kevin y Nate salieran de la habitación, James miró a Caryn.

—Deberíamos pensar en la cena. Encargaremos algo. ¿Qué te apetece?

—Me gusta todo, pero será mejor que preguntes a Lyndsey. A veces, las mujeres embarazadas no pueden comer de todo.

—¿Embarazada?

Caryn se tapó la boca con la mano.

—Lo siento, pensé que lo sabías.

—¿Por qué lo sabes?

—Simplemente, lo sé.

—Me pregunto por qué no han dicho nada. Dana, la esposa de Sam Remington, otro de los socios de Los Ángeles está embarazada también. Lo anunciaron la semana pasada.

—No digas nada delante de Nate y Lyndsey. Seguro que tienen algún motivo para mantenerlo en secreto. Pregúntales simplemente qué tipo de comida les apetece.

—Está bien.

Caryn se tomó un minuto para estirar las piernas. Después de que él saliera de la habitación, se sentó en el sillón de James y cerró los ojos. Habían pasado un día de ambiente familiar. Su relación era nueva y extraña, pero natural y cómoda.

—Lyndsey dice que puré de patatas con lo que sea —dijo James al volver.

—Comida reconstituyente.

—Conozco el sitio adecuado —dijo, y volvió a marcharse, pero enseguida regresó, se inclinó, apoyando las manos en el reposabrazos, y la besó apasionadamente. Ella tomó su rostro entre sus manos.

De pronto, James giró la cabeza hacia la puerta.

—Creí que alguien nos miraba, mujer misteriosa.

—¿Acaso eso es un problema?

—No por lo que a mí respecta. Lyndsey sabe guardar un secreto. De todas formas, será mejor que me vaya a ver lo que quiere.

Un rato más tarde, los cuatro adultos daban cuenta de una abundante cena: pollo, puré de patatas, maíz y pastel de plátano, mientras hablaban de lo que Lyndsey y Nate habían descubierto hasta el momento.

—Mi primera impresión —dijo Lyndsey—, es que Paul, en algún momento, debía los ochocientos mil dólares que devolviste, pero no creo que en realidad debiera tanto. Todas las ganancias se compensaban con las deudas. He conocido algunos casos como éste, pero todavía tengo datos que confirmar —añadió antes de bostezar.

—Eso será mañana —dijo Nate, rodeando sus hombros con el brazo—. Ya has hecho demasiado por hoy.

James miró la hora en su reloj. No eran siquiera las ocho de la tarde y Lyndsey ya quería irse a la cama. Caryn debía estar en lo cierto respecto al embarazo.

—Sí, mañana seguiremos —dijo James.

—Estoy bien.

Nate sacudió la cabeza e intercambió una mirada con su esposa.

—Vamos a pasar la noche con Sam y Dana —dijo Nate—. Siento no habértelo dicho antes. Lyndsey y Dana tienen mucho de qué hablar y yo tengo algunos asuntos que resolver con Sam. Además, quiero que eche un vistazo a los pagarés.

James ni siquiera se opuso a aquel plan. Caryn y él tendrían la casa para ellos solos. Sin embargo, se dio cuenta de que Caryn estaba muy concentrada recogiendo la mesa, sin dirigirle una sola mirada.

Veinte minutos más tarde, estaban solos en la casa.

—No tenían previsto pasar la noche en casa de Sam y Dana —dijo Caryn en el vestíbulo tras despedirlos—. Lyndsey nos vio besarnos y decidió dejarnos solos, ya que Kevin tampoco estaría aquí.

—¿Eso crees? —preguntó él, aunque también lo había pensado. Caryn lo miraba fijamente y la tomó por los hombros—. No quiero decir que tenga que pasar algo, mujer misteriosa. Si lo piensas, apenas nos conocemos —dijo, pero lo cierto es que le parecía que se conocían de toda la vida. De pronto, recordó en qué fecha estaban—. Quizá no sea hoy el día más adecuado.

—Ya veremos cómo acaba la tarde.

—Está bien.

La noche fue cayendo y por fin terminaron de revisar todo. Había papeles por todas partes y había llegado el momento de comenzar a tirarlos. Fueron llenando caja tras caja de papeles que nunca más harían falta: recibos, facturas, garantías de electrodomésticos...

A continuación llenaron otras dos cajas con papeles para guardar. Era medianoche cuando Caryn se puso las manos en la espalda y se estiró.

—Ya hemos acabado.

El asintió.

—Eso está bien. Así Kevin no se preguntará qué estuvimos haciendo. Además, todavía queda algo para que él revise mañana.

—Somos buenos.

El sonrió.

—James, si Lyndsey tiene razón y Paul no debía todo ese dinero, ¿qué debemos hacer a continuación?

—Averiguar quién te extorsionó.

—¿Puedes hacerlo?

—Espero que sí.

—¿Crees que se trata de la misma gente que te estaba vigilando?

—Quizá.

—¿Te gusta estar seguro de todo, verdad?

—Mi trabajo es verificar cosas y para eso hay que ser cauteloso.

Ella se acarició las sienes.

—Tienes razón. Quiero que todo esto acabe cuanto antes. Estoy cansada.

—Tengo una bañera de hidromasaje. Puedes usarla si quieres —dijo James, pero ella se quedó callada—. Sola —añadió, por si eso era lo que le preocupaba.

—¿Y después de eso?

—Lo que tú quieras, Caryn.

Ambos eran adultos responsables, capaces de tomar decisiones racionales sobre sexo. Pero había muchos condicionantes en aquella relación. Les esperaba una vida manteniendo el contacto. Como ella había dicho, algún día serían abuelos de los mismos nietos.

Y era por eso por lo que debían acostarse y acabar con aquello, antes de que tuviera mayor importancia. Tenían que hacerlo y poner fin a aquella curiosidad. Tenían que convertirse en amigos y no en amantes.

—Creo que aceptaré tu oferta. ¿Tiene algún truco la bañera?

—Lléjala hasta unos cinco centímetros por encima de los inyectores de agua, luego aprieta el botón grande para que se ponga en funcionamiento.

Ella se apartó de él.

—¿Dónde estarás?

—Aquí abajo hasta que oiga que vas a tu habitación.

—De acuerdo, gracias —dijo ella, dándole una suave palmada en la mejilla antes de irse.

Confundido, la vio marcharse. Todos los habían dejado a solas para una noche de pasión y Sexo, pero ella estaba decidida a irse a dormir.

El teléfono sonó. Era la policía y, por una vez, se trataba de buenas noticias.

Caryn no entendía cómo después del relajante baño, se sentía más tensa que cuando entró en la bañera. Debería sentirse relajada y haberse ido a la cama ya. En su lugar, se sentía herida, enfadada y acalorada debido a James.

Si hubiera llevado un bonito camisón, la decisión habría sido más fácil. Quería estar increíble para él. Sólo se había acostado con un hombre en su vida y hacía un año que estaba muerto. Se sentó en el borde de la bañera, envuelta en una toalla azul y se quedó mirando su pijama de franela, que la noche anterior no había detenido a James. Le había besado

con aquella ropa puesta, le había acariciado los pechos, había deslizado su mano...

Se levantó y se miró al espejo. Su rostro tenía un brillo especial que hacía mucho tiempo que no veía, quizá debido al agua caliente, pero ¿qué más daba? Le daba un aspecto juvenil y animado. Tenía las puntas de pelo mojadas. En definitiva, tenía un aspecto sexy.

Se pintó los labios y se aplicó un poco de rímel. Ya estaba lista, si es que su respuesta era afirmativa.

Se quedó mirando fijamente el suelo durante un minuto y luego levantó la cabeza hacia el techo.

—Imagino que querrás que sea feliz —murmuró—. Creo que esto me hará feliz. Al menos, por ahora. Sé que el futuro no está en tus cartas. Pero, por esta noche, ¿qué daño puede hacer?

Asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta del dormitorio. Abrió e inmediatamente la cerró con fuerza para asegurarse de que él lo oyera. Luego, abrió la cama y se sentó arrodillada en medio de ella, sujetando con fuerza la toalla con ambas manos.

Esperó y esperó. Las piernas comenzaron a doler— le, así que las estiró e hizo girar los tobillos a la vez que movía los dedos. James seguía sin llegar. Decidió levantarse de la cama e ir a buscarlo. La puerta se abrió justo cuando estaba poniendo una pierna en el suelo y la toalla se le escapó de las manos dejando entrever su cuerpo.

—¡Oh! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—Me ha dado un tirón en un pie —respondió avergonzada.

El se acercó.

—Oí la puerta y pensé que te habías ido a tu habitación —dijo él, confundido.

Si iba a hacer el ridículo, al menos lo menos que él podía hacer era mostrarse confuso.

—No me he ido.

—Ya he usado todos mis conocimientos como detective para darme cuenta de eso —dijo James. Tomó el pie de Caryn entre sus manos y comenzó a darle un masaje en la planta. El silencio se prolongó al menos un minuto

—¿Es esto un sí? —preguntó él

—Sí —respondió, sintiendo un nudo en el estómago—, ¿Por qué has tardado tanto?

—Trataba de que se me pasara la decepción antes de meterme en la cama. Si hubiera sabido que estabas aquí... Hemos perdido diez minutos.

—Quince, pero ¿qué más da?

James tenía el pelo mojado. Debía haberse duchado en otro baño de la casa.

—¿Estás segura? —preguntó—. Ya sabes a lo que me refiero. Me refiero a la fecha de hoy...

—Ya es más de medianoche. El día ha acabado.

—Eres preciosa.

El tono de su voz hizo que Caryn sintiera un pellizco en el estómago. Todas las preocupaciones y dudas que tenía, desaparecieron en ese instante.

—Enseguida vuelvo —dijo, dejando las piernas de Caryn a un lado.

Se acercó a la chimenea y la encendió. A continuación, puso música suave y apagó las luces, con lo que la única iluminación era la de las llamas. Luego, regresó a la cama.

Ella abrió los brazos para recibirlo. Bajo su atenta mirada, él se fue desnudando poco a poco antes de hundirse en su abrazo y besarla.

«Todo para mí», pensó Caryn. No podía esperar para acariciarlo.

Él tiró de la toalla y la apartó, haciéndola caer al suelo. Caryn se sentía como si tuviera veinte años y fuera virgen otra vez, sólo que ahora sabía de qué se trataba.

La tomó entre sus brazos. Le gustaba sentirse abrazada, sentir su cuerpo junto al suyo, olerlo y tocarlo...

—¿En qué piensas?

—Soy feliz. Siento como si hubiera recibido el mejor regalo.

—Yo también.

Caryn no estaba segura de que aquello fuera del todo cierto. Seguramente, él habría tenido muchas relaciones a lo largo de los años. ¿Por qué iba a ser aquélla mejor que las otras? Pero no quería hacerle esa pregunta y menos mientras estuvieran desnudos.

El fuego estaba encendido y la música sonando, pero el tiempo no se había detenido. Eran más de las dos de la mañana. Pronto amanecería y Kevin regresaría. También lo harían Lyndsey y Nate. ¿Cómo iba a pasar el día sin tocar a James, sin sonreírle, sin recordar los minutos en los que habían hecho el amor?

—Estás preocupada por mañana —dijo James.

—¿Cómo lo has sabido?

—Te has puesto seria. No te preocupes, ¿de acuerdo? A menos que Kevin esté pendiente de ver algo entre nosotros, no se dará cuenta. El caso es que no podemos hacer nada para evitarnos.

—Supongo que tienes razón.

—¿Quieres oír algo bueno? La policía ha obtenido una huella del intruso. Es un ladrón de poca monta. Nunca va armado y ahora está en la cárcel.

—¿Estamos a salvo?

—De él, por supuesto. Pero el caso de que no lleve armas es también una señal de que lo único que tenía que hacer era vigilarnos e informar.

James acarició el pelo de Caryn, que cerró los ojos dejándose mimar.

—Duérmete —dijo él suavemente.

Había imaginado que sería extraño dormir con él, ya que apenas se conocían de dos semanas. Pero se sentía relajada a su lado y dejó todas sus preocupaciones y miedos a un lado. Un nuevo día estaba a punto de empezar.

Capítulo Once

—**Y**o diría que éstos —dijo el hombre, agitando un manojito de pagarés firmados por Paul y visados por alguien llamado Johnson— fueron firmados por Paul Brenley. Los demás son falsos.

El reloj dio a las doce. Todos estaban situados alrededor del experto calígrafo que Sam Remington, uno de los dueños de ARC, había llamado a petición de Lyndsey. El hombre dejó todos los papeles sobre la mesa y se sentó. James miró a Caryn y luego a Kevin.

Sam, Nate y Lyndsey no dijeron nada.

—¿Cuánto era lo que en realidad debía?

—Trescientos cincuenta mil, más o menos —respondió Lyndsey.

—Así que me han estafado por más de cuatrocientos cincuenta mil —dijo, y su rostro se transformó. La furia y la vergüenza dio paso a la desesperación—. Quiero que me devuelvan mi dinero.

Los investigadores intercambiaron miradas.

—Tus posibilidades son... —comenzó a decir Nate.

—Quiero que me devuelvan mi dinero.

—Jamey —dijo Nate—. Lyndsey y yo vamos a volver a casa de Sam y Dana. Llámanos cuando decidáis que vais a hacer.

Al cabo de unos minutos, todos se habían ido a excepción de James, Caryn y Kevin.

—No voy a dejar que se salgan con la suya —dijo Caryn con voz temblorosa—. No lo voy a permitir.

Kevin estaba muy callado y James se preguntó en qué estaría pensando.

—Prepararé algo de comida si me dices dónde están las cosas —dijo Kevin a James.

Sorprendido, James lo miró. Sabía de sobra dónde estaba la nevera y dónde guardaba el pan. Entonces, la mirada de Kevin se volvió intensa y giró levemente la cabeza hacia la cocina. James lo siguió.

—Enseguida volvemos —dijo James a Caryn al pasar junto a ella, acariciándole suavemente el hombro.

En la cocina, Kevin se pasó las manos por el pelo.

—Mira, quizá no tenga importancia —dijo, y se detuvo para mirar hacia el salón. Bajó la voz y continuó—. Johnson es un nombre muy común.

—Sí —respondió James, inclinando la cabeza para poder oír mejor al muchacho—. ¿Y?

—Todos esos pagarés están firmados por Johnson. El apellido de Venus es Johnson.

James frunció el ceño.

—¿No creerás que tiene algo que ver en todo esto, no?

La mirada de Kevin podía haber convertido en piedra a James.

—Después de que le contara que eras detective, se mostró más cariñosa conmigo. Estaba más nerviosa y me hizo muchas preguntas. Sé que parece una locura, pero no dejo de oír que hay que seguir los presentimientos de uno mismo. Y yo tengo el presentimiento de que hay una conexión.

James consideró esa idea teniendo en cuenta lo que sabía de aquella chica. Había sido contratada al poco tiempo de Caryn, no tenía experiencia como camarera, se había hecho amiga de Kevin y Caryn inmediatamente, aunque había mantenido las distancias con el muchacho hasta que se había enterado que él era detective.

—Podrías estar sobre la pista, —dijo James.

—Sé que mamá quiere que nos devuelvan el dinero, es mucho. Pero también quiero que paguen por haber asesinado a mi padre.

—Eso todavía no lo sabemos. Vayamos poco a poco —dijo James pensando que tenía que ver el lugar donde Paul había muerto y hablar con el policía que había redactado el informe—. ¿Quién crees que nos está siguiendo?

—Alguien que quiere que no sepamos la verdad.

—¿Cuál es el próximo paso? —preguntó James.

Kevin se quedó pensativo.

—Hablar con Venus.

—De acuerdo, vayamos a hablar con tu madre para contarle lo que está pasando —dijo James, y se dio la vuelta para regresar al salón.

Kevin lo tomó por el brazo para detenerlo y lo miró directamente a los ojos.

—¿Sabes que no somos una familia?

—¿Quién?

—Mi madre, tú y yo.

James no supo qué contestar. No estaba seguro de haber entendido bien lo que Kevin quería decir, pero tampoco quería saberlo.

—Todo esto es muy extraño, ¿sabes? Nunca podré presentarte a mis amigos, ya que por nuestro parecido es fácil imaginar quién eres.

—¿A qué viene hablar de esto?

—Por mi madre y tú —dijo, sonrojándose—. Sé que os gustáis. Cuando acabe todo esto, haznos un favor. Vete. No quiero que vuelva a sufrir nunca más.

«¿Y alejarme de ti?», quiso preguntarle. Pero no era el momento de discusiones ni promesas.

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde —dijo James—. De momento, ¿por qué no llamas a Venus a ver si podéis quedar a comer? Así podré comprobar si alguien la está siguiendo a ella o a nosotros. Debería ser un lugar con el que ninguno de los dos tuvierais relación.

El lugar perfecto sería la casa de su madre, decidió. Allí podría dejar a Kevin en caso de que hiciera falta, sabiendo que estaría siendo atendido.

—¿Quieres contarle a tu madre lo que has averiguado?

—Lo has averiguado tú.

Kevin sonrió. James deseó abrazarlo, pero había demasiadas barreras entre ellos. Pero para el muchacho se había convertido en un indeseable intruso.

Caryn no sabía quién le ponía más nerviosa, si Venus o Emmaline., la madre de James. Si lo que James y Kevin pensaban de Venus era cierto, ella había vuelto a ser víctima de otra decepción.

Kevin ya adoraba a Emmaline. Pero ¿por qué no iba a hacerlo? Nunca había conocido a la madre de Paul, quien había muerto antes de que él naciera y apenas veía a la madre de Caryn, que se había mudado hacía unos años a Arizona. Emmaline era su abuela, vivía en la misma ciudad y al parecer era una buena cocinera, además de buena consejera. Caryn se hubiera sentido celosa si no fuera porque quería lo mejor para Kevin.

Había recogido a Venus y la había llevado a un restaurante cercano. Cuando parecía que nadie los estaba siguiendo, se unieron todos en un coche y condujeron hasta casa de Emmaline. Venus no dejaba de hacer preguntas, pero sólo obtenía respuestas vagas.

Emmaline abrazó a Caryn, pero debido a la presencia de Venus, nadie habló de la relación que los unía. Emmaline fue a la cocina con la excusa de preparar un aperitivo, pero su única intención era dejarlos a solas.

La habitual inocencia de Venus parecía haber desaparecido. Caryn cruzó los dedos, trató de sonreír y de mirarla a la cara.

—Sabemos lo de tu padre —dijo Kevin.

Caryn sintió la tensión de James y adivinó que no era el modo en que había planeado llevar a cabo el interrogatorio, pero no interrumpió.

—¿Lo de mi padre?

Kevin se inclinó hacia ella.

—¿Crees que soy estúpido? Una mujer como tú no se interesa por alguien como yo. Tú quieres algo.

—No sé de qué estás hablando. ¿Qué podría querer?

Kevin no contestó. Al parecer se había arrinconado él solo y miró a James.

—Te han enviado a espiar a Caryn y Kevin —dijo James.

—¿Para qué haría eso? —dijo, levantando la barbilla.

—Porque alguien tenía que vigilarlos y ver qué estaban haciendo.

—Porque mi padre fue asesinado —dijo Kevin.

—¡No! —exclamó Venus, dirigiéndose a Kevin.

—Y fue tu padre quién lo hizo —añadió el muchacho.

—¡Mi padre murió hace diez años. ¡Esa es la verdad!

Se hizo un tenso silencio en la habitación. Estaban equivocados. ¿Cómo podían haberse equivocado?

—¿Puedo hablar contigo a solas? —preguntó Venus a James.

Caryn montó en cólera. Había confiado en aquella joven, había disfrutado de su compañía, la había recibido en su casa y tratado como a una hija.

—Lo que tengas que decir, dilo delante de todos.

Venus los miró uno a uno y luego fijó la mirada en el suelo.

—Estáis buscando a mi hermano. No sé exactamente a qué se dedica, pero no es ningún asesino —dijo, mirando a Kevin.

—Fue él el que te envió a vigilar a Caryn y Kevin, ¿verdad? —dijo James.

Después de unos segundos, ella asintió.

—El me consiguió el trabajo en el club. —Sí.

—¿Por qué lo hiciese?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Desvió la mirada y se enderezó en su asiento.

—Me amenazó con algo que no os voy a contar. Es un asunto familiar. Me dijo que si hacía esto, me dejaría en paz.

—Confiábamos en ti —dijo Caryn.

—Lo sé y lo siento —dijo con ojos suplicantes.

—Está bien, ya he tenido bastante. ¿Qué es lo siguiente? —preguntó James.

Cansada de todo lo que estaba pasando a su alrededor, estaba lista para pasar a la acción.

Hicieron planes. De momento, cada uno seguiría con su vida como si nada, especialmente teniendo en cuenta que ninguno parecía estar siendo objeto de vigilancia.

En un par de horas James tomaría un avión hacia Los Ángeles con Nate y Sam para investigar la muerte de Paul y determinar su causa, con los conocimientos que tenía y la posibilidad de que Paul hubiera sido asesinado. James les habló de la carta de Paul a James y Nate, para estudiar también la posibilidad de que estuviera huyendo.

Kevin se quedó con Emmaline. Quizá lo hiciera para molestar a James, ya que se había dado cuenta de que envidiaba la relación que había iniciado con su madre, pero no le importó. Lo único que quería era que el muchacho estuviera seguro.

James llevó a Caryn a casa y la siguió escaleras arriba llevando las bolsas con sus cosas. Con la mirada puesta en sus caderas. Recordó lo guapa que estaba la noche anterior, desnuda en su cama bajo el resplandor de las llamas. Llevaba una falda verde y una blusa blanca. Sabía que su sujetador era blanco y de encaje, ya que de vez en cuando se entreveía. Era

increíblemente sexy. Se había comportado de manera provocativa y ansiosa, sobre todo por la mañana, cuando lo había despertado con sus dedos curiosos y aquellos besos apasionados.

Y pensar que Kevin quería que la dejara... No podía decírselo.

—La casa está fría —dijo ella, deteniéndose frente al termostato para ajustado—. ¿Tienes que irte enseguida?

—Sí —respondió él, y la observó colocando los cojines y apilando unas revistas que estaban perfectamente colocadas—, ¿Caryn?

—Dime.

James se había dado cuenta de que pretendía mostrarse indiferente, a pesar de que todo había cambiado. Había sufrido mucho durante el último año, pero quizá pudiera darle algunas respuestas acerca de Paul, conseguir que le devolvieran su dinero y ayudarla a empezar una nueva vida.

—Voy a hacer todo lo que pueda por ti —le dijo.

—¿De veras?

—Por supuesto.

—Quiero ir contigo —dijo ella, cruzándose de brazos.

—No.

—Sí, se trata de mi vida y de mis problemas. Necesito formar parte de la solución.

—Este viaje es sólo para hablar con la policía, no voy a hacer nada más. Johnson no irá a ninguna parte. No hay razón para tener prisa. Además, no podré hacer bien mi trabajo si tengo que preocuparme por ti.

—Eres como él, como Paul. Te gusta asumir riesgos innecesarios.

No le gustó ser comparado con Paul, quien, a los ojos de James, parecía débil. No se había preocupado de cuidar a su familia.

—Yo asumo riesgos calculados —dijo fríamente.

—¡Tienes cicatrices! Las he visto y tocado.

—Estoy vivo.

Dejó escapar un suspiro de frustración, como si no pudiera hacer valer su punto de opinión, y luego se puso de puntillas para besarlo. El se resistió durante unos segundos antes de tomarla entre sus brazos y devorar su boca, tomando todo lo que le ofrecía y devolviéndole incluso más.

—Tengo miedo de que te hagan daño —susurró—. Mucho miedo. ¿A quién tendría Kevin?

Escuchó sus palabras, pero la ignoró. Quizá Paul no había acabado su trabajo, pero él sí lo haría.

—Tengo que irme —dijo, tomándola de los brazos y apartándose.

—¿Ya? —preguntó ella, tomando su rostro entre sus manos—. Hazme el amor otra vez. Por favor.

Impredecible. Había pasado de enfadada a...

Ella empezó a desabrocharle la camisa.

—No te vayas todavía.

—No tengo mucho tiempo.

—No hace falta mucho tiempo, Jamey.

Era la primera vez que lo llamaba así. La besó como si fuera la última vez, lo que podía ser si Kevin se interponía entre ellos. James no quería pensar en ello, sólo quería disfrutar de cada curva de su cuerpo. Quería besarla hasta que dejarla sin aliento y amarla hasta hacerla gritar.

La desnudó allí mismo donde estaban y después se quitó la ropa, la tomó en brazos colocando sus piernas alrededor de sus caderas y la llevó al dormitorio. La dejó en medio de la cama y se colocó sobre ella, uniendo sus bocas hambrientas. Luego, se deslizó por su cuerpo, se llevó a la boca uno de sus pezones y después el otro, jugueteando con su lengua.

Después de un rato, continuó bajando. Ella levantó las caderas. Él la saboreó lentamente, tomándose su tiempo. Caryn acarició su cabeza con las manos y se arqueó, disfrutando. Luego, él se colocó sobre ella y la penetró, sintiendo su cálida bienvenida. No quería acabar todavía, pero su cuerpo tenía otros planes. Al poco, ambos llegaron al climax a la vez.

Él le dio un largo y cálido beso, ya que parecía estar tan seria como antes de que se fueran a la cama.

—¿Prometes que no harás nada todavía?

—No puedo prometerte nada, Caryn. Ya te he dicho cuál es el plan. Además, no puedes faltar a tu trabajo. Me dijiste que podías perder el empleo si faltabas.

—¿Sabes cuántos restaurantes hay en esta ciudad? Tres mil. ¿Crees que no podré conseguir otro trabajo?

—¿Tan bueno?

—Incluso mejor.

—Entiendo que Kevin esté enfadado conmigo, pero tú no.

—¿Puedo llamarte?

—Cuando quieras.

—No te enfades —dijo ella con una sonrisa.

—No me enfado.

Deseaba decirle lo guapa que estaba, pero eso sólo complicaría las cosas. ¡Como si acostarse con ella no complicara ya las cosas! No había usado ningún método anticonceptivo, ni siquiera se había acordado. Ella tampoco había dicho nada. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué pasaría si tenían un bebé? Bueno, ya no había nada que hacer. Aquel pensamiento hizo que volviera a imaginarse de nuevo una familia.

Le dio un beso de despedida. El destino haría lo demás.

Capítulo Doce

—**O**s debo una —dijo James a Nate y Sam mientras esperaban en una sala de juntas al oficial de tráfico que había investigado el accidente de Paul—, Sé que tenéis otros asuntos de los que ocuparos.

Al fin y al cabo, eran los dueños de ARC y él, tan sólo, uno de sus empleados.

—En primer lugar, estamos mirando por nuestro propio bien —dijo Sam. En segundo lugar, es entretenido ver cómo haces el ridículo —añadió, mirando a Nate—. Nosotros también hemos pasado por lo mismo. No sé Nate, pero yo no me di cuenta de lo tonto que estaba cuando me enamoré de Dana. Necesitas alguien a tu lado, porque no piensas con claridad.

Nate rió.

—Estoy de acuerdo.

James había hablado de sus preocupaciones con Cassie, pero aquéllos eran sus jefes. No podía hablarles de su relación con Caryn o de la razón que había detrás de todo aquello. ¿Qué le dirían? ¿Que hiciera lo que creyera que tenía que hacer y que Kevin ya cambiaría de opinión? No quería eso. Quería que Kevin le aceptara primero, pensó mientras observaba al sargento Hal Bodine entrar y dejar un expediente en la mesa frente a James. El oficial se quedó de pie. Tendría unos cincuenta años y parecía estar en buena forma física.

—Me acuerdo de este caso —dijo Bodine—. Sólo he traído el expediente para enseñarte las fotos. El hijo de la víctima no dejaba de venir y hacerme toda clase de preguntas.

James abrió el expediente y lo giró para que Sam y Nate pudieran verlo también.

—Kevin, el hijo de la víctima, no vio las fotos, ¿verdad?

Bodine se quedó mirando a James.

—No.

Leyeron y hablaron acerca del informe. Al parecer había estado lloviendo y el día anterior un camión de carga había volcado justo en esa misma curva.

—Imaginé que Brenley derrapó y no pudo recuperar el control. Seguía habiendo algo de grava y de arena del camión, y además, el suelo estaba mojado.

—¿No pudo ser que alguien lo golpeará y huyera? —preguntó Sam.

Bodine suspiró, como si hubiera hablado del mismo asunto una docena de veces antes.

—Las motos no dejan tantas pruebas como los coches. Pero todavía podemos sacar alguna conclusión. La mayor parte del daño estaba en el lado izquierdo de la moto, como pueden ver. Derrapó y nunca pudo recuperar el control.

—¿Comprobó que no le golpearon? —preguntó James.

—Comprobé todo.

—No pretendía ofenderlo, sargento —dijo James—. Necesito aclararlo para tranquilizar al hijo.

—El muchacho ha venido a verme cinco o seis veces. ¿Qué se supone que debo decirle? Según él, su padre conocía a la perfección esa carretera y era muy prudente. Yo también conozco esa carretera, y he estado a punto de perder el control en esa curva en dos ocasiones. No hay nada que demuestre que recibiera un golpe, bien intencionado o bien fortuito, pero no lo creo. No encontré nada que lo indicara.

—¿Hay algo que demuestre que frenó? —preguntó James.

—¿Insinúa que él mismo provocó el accidente? —preguntó Bodine, arqueando las cejas.

—Lo estoy preguntando, no afirmando.

El sargento se rascó la mejilla y comenzó a revisar las fotos hasta que se detuvo en una.

—No quedaron marcas en el suelo, pero la carretera estaba mojada —le recordó—. Personalmente, si fuera a dar mi último paseo, no lo haría ahí, lo haría un par de kilómetros más arriba. Si Brenley conocía la carretera tan bien como dice su hijo, también lo habría sabido.

James asintió.

—¿Cree que eso tranquilizará al muchacho? —preguntó Bodine.

—Haré lo que pueda para convencerlo —dijo James, levantándose y extendiendo su mano—. Muchas gracias.

Pensó en Caryn y en Kevin. También en Venus, quien probablemente era una víctima como ellos. ¿Qué debía hacer a continuación? No tenía ninguna duda.

James tomó el último avión a San Francisco esa noche. Había sido el domingo más largo de su vida. Debería irse a casa, meterse en la cama y dormir lo suficiente. Miró el reloj del salpicadero mientras conducía por la autopista, dejando atrás el aeropuerto. Era casi medianoche. Deseaba ver a Caryn y contarle lo que habían decidido hacer. Podía decírselo por teléfono, pero prefería hacerlo en persona porque necesitaba estar con ella.

Su teléfono móvil sonó y supo que era ella sin siquiera mirar la pantalla.

—Hola, misteriosa.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Lo he adivinado. ¿Cómo estás?

Aunque estaba seguro de que no había pasado nada en su ausencia, se sentía preocupado como cualquier hombre por la mujer que amaba.

—Bien, pero no tengo sueño. ¿Quieres venir?

—Kevin...

—Se fue a dormir hace un par de horas. Sólo quiero hablar contigo. No puedo esperar a mañana.

Y él quería abrazarla, besarla y dormir junto a ella. Eso era todo: dormir. Pero no podía hacerlo, nunca podría hacerlo.

—Por favor —añadió ella. Tenía que aprovechar la oportunidad mientras pudiera.

—Está bien. Estoy ahí en veinte minutos.

—Te estaré esperando. No tendrás que llamar a la puerta.

—Enseguida nos vemos —dijo, abriendo su corazón al dolor.

Sabía que tendría que vivir de aquella manera. Su hijo y la madre de su hijo eran lo primero, ahora y siempre.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Caryn, después de que James se sentara a la mesa de la cocina—, ¿Has cenado?

—Uña hamburguesa en el aeropuerto. Lo que ahora mismo me apetece es un chocolate caliente.

—¿Comida casera? —preguntó ella, mirándolo.

No la había abrazado al llegar. Caryn estaba deseando saber lo que pasaba. En dos ocasiones durante el día, la había evitado con vagas excusas.

—Ha sido un día muy largo —dijo él.

Caryn puso leche en una cacerola y sacó un bote de chocolate en polvo. Así estaría ocupada y esperaría a que fuera él el que empezara a hablar, aunque no podía evitar la curiosidad que sentía.

—Fue un accidente, Caryn.

Ella se llevó las manos al rostro, dejando caer al suelo la cuchara.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

No le había oído moverse, pero allí estaba, junto a ella. Sus brazos la rodearon, reconfortándola. Por fin iba a poder recomponerse, y todo gracias a James. El dolor había dejado paso al recuerdo de los buenos momentos en vez de a los malos. Ahora, podría recordar a Paul con cariño.

Después de unos momentos, ella se retiró y tomó un pañuelo. James se agachó a recoger la cuchara y sacó otra limpia del cajón.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dijo, secándose las lágrimas antes de guardar el pañuelo.

—¿Quieres oír cuál es mi plan? —dijo él con un brillo divertido en los ojos.

—Debemos poner fin a todo esto antes de que nada más ocurra. ¿Qué te parece si convencemos a Venus para que hable con su hermano y le diga que va a prestar declaración? —dijo él con expresión seria—. Seguro que enseguida vendrá desde Los Ángeles dispuesto a llevársela a su casa. Pero yo estaré allí escondido y lo retendré hasta que acceda a devolverte los quinientos mil dólares que te debe, incluyendo los intereses. Cuando devuelva todo, entonces lo dejaré marchar.

Ella sonrió ante lo ridículo de su idea, feliz de que la hubiera hecho cambiar de estado de ánimo. James siempre parecía darse cuenta de cuáles eran sus necesidades.

—¿No le darás la opción de entregarse?

—No sé por qué, pero no me lo imagino entregándose —respondió él, sonriendo.

—Entonces, ¿no vas a llamar a la policía?

—Sólo complicaría las cosas. Al menos, eso es lo que pasa siempre en las películas.

—¿Puedo hacer algo?

—No veo por qué no —dijo él, apagando la lumbre—. Acércame un par de tazas.

Caryn las sacó de una de las gavetas y se las dio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó James de repente.

—¿El qué?

—Ese ruido.

—Habrá sido el sonido de las tazas sobre la encimera.

—No —dijo James, dejando a un lado la cacerola para asomarse al salón y las escaleras.

Ella lo siguió.

—No he oído nada —dijo ella. Volvieron a la cocina y se sentaron a tomar el chocolate—. Ahora, hablando en serio, ¿cuál es el plan?

—¿Acaso no te ha gustado el que te he contado?

—Bueno, espero que dejes que la policía haga su trabajo.

Si James estaba considerando la posibilidad de perseguir a Johnson, estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para que no corriera ningún peligro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque confío en el sistema.

—¿A pesar de que no te pusieras en contacto con la policía cuando te estaban sobornando?

—Pero ya he aprendido la lección. Tenemos suficientes pruebas, ¿verdad?

—Quizás, depende de sus abogados. Tengo que ser franco contigo y no quiero que te hagas falsas esperanzas: puede que nunca recuperes el dinero. Es posible que aunque sea condenado, no te pague. Es difícil saberlo.

—Tengo todo lo que necesito, Jamey.

—Esta mañana no decías lo mismo. Querías que te devolviera el dinero.

—He tenido tiempo para pensar y he decidido cuáles son mis prioridades. Sería estupendo recuperar el dinero, pero eso no importa.

—¿Qué es lo que importa?

—El hogar, la familia, la buena comida, los amigos, la paz mundial —respondió ella, sonriendo.

—Eres única —dijo él, rodeando la mesa y besándola.

—Tengo que irme a dormir —dijo él—. Llamaré a Kevin antes de que se vaya a clase y quedaremos en encontrarnos los tres a eso de las tres y media, a menos que quieras que hable con él a solas.

—¿Vas a decirle algo que no me hayas dicho a mí?

—No.

—Entonces, habla con él cuando quieras. Estoy segura de que si no le llamas tú, te llamará él.

Se tomaron de la mano y caminaron juntos hasta la escalera.

—No hace falta que me acompañes.

—Tengo que hacerlo. Quiero cerrar la puerta con llave.

Al pie de la escalera, Caryn se quedó a la espera de un beso. No sabía cuánto tiempo pasaría hasta que Johnson fuera arrestado. Quizá días, incluso semanas. Hasta entonces, la incertidumbre se mantendría, pero al menos, algunas de sus preguntas habían obtenido respuesta. Y ahora, estaba frente a una de ellas. ¿Qué pasaría entre James y ella? No sabía qué pensar, pero, por absurdo que fuera, de algo estaba segura y era de que se había enamorado de él.

Capítulo Trece

El sonido del teléfono sacó a James de su profundo sueño al instante. Lo descolgó enseguida, mirando la hora. Eran las seis menos cinco.

—Venus ha llamado para decir que estaba enferma.

—¿Cuándo? —dijo él, incorporándose.

—Ahora mismo —dijo Caryn, susurrando, como si temiera ser oída.

—¿Has hablado con ella?

—No, ha hablado con Rafael.

—¿Qué ha dicho que le pasaba?

—No lo sé, Rafael no me lo ha dicho.

—Está bien. Voy a intentar ponerme en contacto con ella. Quizá todo lo que está pasando le esté afectando.

—Te llamaré más tarde.

James colgó, buscó el número de Venus y la llamó. El contestador automático saltó.

—Venus, soy James. Si estás ahí, por favor, contesta —dijo, y después de quedarse a la espera durante largos segundos, colgó el auricular. Presentía que algo no iba bien.

Se vistió, decidido a ir a verla, a pesar de que su apartamento estuviera a más de media hora en coche en un día normal. Pero aquel día, el tráfico estaba imposible y tuvo tiempo de pensar en lo que haría el resto del día mientras conducía. Después de hablar con Kevin, iría a la oficina a revisar los detalles con Cassie y Quinn y probablemente con Nate y Sam a través de videoconferencia. A continuación, se pondría en contacto con el fiscal del distrito de Johnson y, aunque dejara que hiciera su trabajo, se mantendría al tanto. Por la experiencia que tenía, había aprendido a mantener buenas relaciones con la policía y con los fiscales de distrito. Sabía que no les gustaban las interferencias en su trabajo, pero siempre agradecían una ayuda.

Estaba a punto de llegar al apartamento de Venus, cuando recibió una llamada.

—Soy Kevin.

—¡Hola! Iba a llamarte para...

—Creo que tenemos problemas —dijo el muchacho entre susurros.

—¿Tenemos?

—Sí, Venus y yo.

—¿Dónde estáis?

—En mi apartamento.

James giró el coche en dirección este.

—Acabamos de llegar de casa de Venus, después de darnos cuenta de que lo que habíamos hecho era...

Sus palabras se entrecortaron.

—¿Qué estabais haciendo allí? —preguntó James. Se encontraba de nuevo en mitad del tráfico.

—Te estuve esperando anoche. Oí algo de lo que le dijiste a mamá, ya sabes, tu plan para atrapar a Johnson.

Aquel estúpido comentario que le hizo a Caryn resonó en su cabeza.

—¿Qué has hecho? —preguntó James, adelantando bruscamente a un coche por la derecha.

—Fui a ver a Venus inmediatamente y decidimos hacerlo nosotros mismos, tal y como tú lo habías planeado. Pero... —dijo, deteniéndose—, ahora estoy un poco asustado. Ni siquiera tengo una pistola. Creo que hemos sido unos estúpidos. ¿Podrías...

—Estoy de camino, Kevin. Ahora, escúchame. Salid de ahí, ahora sabe dónde vives. ¿Estás hablando por el teléfono móvil?

—Sí.

—De acuerdo. Espera un minuto. Quédate ahí hasta que te diga.

—Está bien.

El miedo que transmitía su voz preocupó a James.

—Todo va a salir bien. Espera —dijo, y dejó a Kevin a la espera mientras llamaba a la policía para pedirles que enviaran un coche patrulla—. Kevin, continúa hablando conmigo. Salid del apartamento ahora, meteos en el coche y poneros en marcha.

—¿A donde?

—No importa, simplemente conduce.

—Está bien. Venus, vámonos.

De pronto, James oyó gritar a Venus y el sonido de una puerta que se cerraba de golpe.

—¡Johnson está aquí!

—¿Te ha visto?

—No lo sé.

—Sal por la puerta de atrás y busca a tu madre. Quedaros en un armario y no hagáis nada, ¿de acuerdo?

—Sí. Siento que...

—¡Vete! Deja el teléfono encendido, estoy a dos minutos.

—Acaba de romper el cristal y está entrando por la puerta de atrás.

—Mantened la calma. No sabe que estáis ahí.

—Mi coche está aparcado en frente.

Por una vez, el muchacho había aparcado justo delante de su casa.

—No digas nada a menos que estés frente a él.

James aparcó frente al dúplex y, sin preocuparse de cerrar la puerta, salió corriendo del coche en dirección hacia el lateral de la casa. Lentamente, subió las escaleras.

—Voy a guardar el teléfono. No salgáis del armario, pase lo que pase. ¿Entendido?

—Sí, entendido.

James se guardó el teléfono en el bolsillo y dudó si sacar el arma. Aunque Venus había asegurado que su hermano no solía llevar armas, no podía fiarse esta vez. Johnson buscaba salvarse y podía estar desesperado. Probablemente, se la llevaría con él y ambos permanecerían ocultos.

Llegó a lo alto de la escalera. Entonces, oyó la sirena acercarse a toda velocidad. Por fin había llegado apoyo. De pronto la puerta se abrió, golpeando a James. Un chico desgarrado lo empujó, haciéndolo rodar escaleras abajo. Cuando por fin se detuvo, sintió que todo el cuerpo le dolía. Trató de moverse, pero no pudo.

Johnson corrió escalones abajo y trató de pisotearlo. Entonces, James lo tomó de la pierna y lo hizo caer de bruces al suelo. Por el grito que dio y

la manera en que se llevó las manos al rostro, se imaginó que le había roto la nariz.

De pronto, aparecieron dos policías armados.

—Ahí está vuestro hombre —dijo James antes de perder el sentido.

Había movimiento al otro lado de la cortina de la sala de emergencias.

—No dejaré que me detengan —oyó que decía una mujer a la que enseguida reconoció, y sonrió, a pesar de que se sentía aturdido por la medicación.

De pronto apareció junto a él, con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—No me puedo quejar, la vida me trata bien —respondió James, estirando las palabras—Tengo claras cuáles son mis prioridades.

Caryn apoyó el rostro sobre su pecho y comenzó a llorar. El acarició su espalda, reconfortándola.

—Dijiste que no ibas a tener más cicatrices.

—¿Acaso quedan cicatrices en los huesos? No mentí cuando dije eso.

—¿Cómo puedo agradecerte lo que has hecho, Jamey? —dijo, poniéndose seria—. Has estado a punto de perder la vida por mi hijo.

—Es mi hijo también.

Caryn empezó a llorar de nuevo y lo besó dulcemente.

—Está bien, señor Paladín —intervino la enfermera—, Es hora de dar un paseo hasta el quirófano —añadió, y con la ayuda de otra compañera comenzó a empujar la camilla fuera del cubículo.

—Te quiero, Caryn —dijo él mientras se alejaba, y le pareció escucharla decir que ella también lo quería, pero estaba aturdido. De todas formas, decidió convencerse de que así había sido antes de que la anestesia comenzara a hacer su efecto.

James pidió que no dejaran entrar a ningún visitante en la sala de recuperación. Necesitaba despejarse antes de hablar con Caryn, Kevin y Venus.

No sabía qué hacer. ¿Le habría dicho Caryn que lo quería? Todavía no estaba seguro. Además, aún tenía que ocuparse de Kevin. Aunque había madurado en poco tiempo, James no quería que lo aceptara sólo porque lo

había ayudado. Quería ser aceptado por quién era y no por lo que había hecho.

Más tarde, fue llevado en silla de ruedas hasta la sala de espera. Caryn, Kevin y Venus se pusieron de pie al verlo y corrieron hacia él.

Tras unos segundos de duda, Kevin alargó la mano y la apoyó en el hombro de James.

—¿Estás bien?

Aquel gesto significaba para James más que lo que las palabras podían expresar.

—Sí —dijo. Apenas podía articular palabra por la felicidad que lo invadía—. ¿Nos vamos?

Después de ciertas maniobras, por fin se sentó en el asiento trasero del coche de Caryn. Luego, le llevó cierto tiempo subir los escalones de su casa mientras trataba de arreglárselas con las muletas. Cuando finalmente se sentó en el salón, su frente estaba cubierta de gotas de sudor. Necesitaba tomar algo para el dolor, pero quería tener la mente despejada, así que esperó.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó a Venus.

—Está en la cárcel. Dice que no pensaba hacer daño a nadie.

—¿Ha reconocido que se quedó con el dinero de Caryn?

Venus negó con la cabeza.

—¿Ha admitido su culpabilidad?

—¿Piensas testificar contra él? —preguntó a la joven. Parecía haber envejecido durante los últimos días y se la veía triste.

—¿Tengo que hacerlo?

—Depende de lo que sepas. ¿Qué es lo que realmente sabes?

No parecía saber demasiado, al menos no lo suficiente para que su hermano fuera condenado.

—Todo lo que sé son especulaciones.

—¿Qué quieres hacer, Venus? —dijo Caryn, dando un paso hacia ella, como si fueran las únicas personas en la habitación.

—Quiero desaparecer como mi madre.

—Si quieres, puedo ayudarte. De hecho, sé exactamente dónde puedo enviarte.

Alivio, esperanza y duda asomaron a su rostro.

—¿Dónde?

—Con alguien que conozco. Creo que él también te necesita.

Sí, Venus podría hacerle mucho bien. Quizá podría cambiar su vida. Si la dulce Venus no podía hacerlo, nadie podría.

—¿Estás segura de que quieres dejar tu pasado atrás?

—No tengo un gran pasado.

—Está bien, arreglaremos el viaje tan pronto como hables con los abogados.

Después de darle las gracias, Venus se fue a la cocina a esperar a Kevin.

El muchacho miró a su madre.

—¿Quieres quedarte a solas con él? —preguntó Caryn a Kevin.

—No creo que sea el momento de guardar secretos.

James sonrió. Sí, era evidente que Kevin había madurado.

—Gracias —dijo Kevin.

—De nada.

—Hace quince días te dije algunas cosas... —continuó Kevin—. Te pedí que te alejaras de nosotros.

James miró a Caryn y se dio cuenta de que contenía una exclamación.

—Lo retiro.

—¿Por qué? —preguntó James, sintiéndose aliviado.

—Porque ahora todo es diferente.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado? No lo hagas porque te sientas obligado. No quiero este tipo de gratitud.

—No quiero que mi madre vuelva a sufrir. Además, te he oído decirle que la querías y no creo que vayas a hacerle daño.

—¿Es por eso, porque quiero a tu madre?

«Dime algo más, Kevin», pensó James.

Kevin se agitó, bajó la cabeza y luego miró a James a la cara.

—Lo que te dije en un principio era cierto. No quiero otro padre. Quería a mi padre, a pesar de lo que hiciera. Me ofreciste ser mi amigo. ¿Podemos empezar por ahí?

Era un comentario franco y honesto por parte de Kevin.

—Lo estoy deseando.

Kevin se inclinó y lo abrazó. La mirada de James se cruzó con la de Caryn, que sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

—Voy a llevar a Venus a casa —dijo Kevin, y dirigiéndose a su madre, añadió—: Si quieres quedarte aquí cuidándolo, te entiendo.

—Sí, me quedaré. Gracias —dijo, y abrazó a su hijo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

Un minuto más tarde, la puerta se cerró. Caryn se quedó donde estaba.

—¿Quieres comer o beber algo?

Él sacudió la cabeza y le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—Pareces estar a punto de salir corriendo.

Eso era lo último en lo que estaba pensando, pero no lo dijo. Sólo estaba nerviosa. Ahora, James no estaba bajo la influencia de los analgésicos ni de la situación por la que había pasado.

Caryn se sentó. Se había asustado mucho cuando Kevin la llamó para decirle que James estaba en el hospital, inconsciente. Apenas había podido entender lo que le decía. No había dejado de decir que era culpa suya. Más tarde, cuando volvieron a hablar mientras esperaban a que la operación de James terminara, le contó que había intentado tomarse la justicia por su mano. Él había sido el culpable de lo que le había pasado a James y había aprendido la lección.

—No estás muy habladora, mujer misteriosa.

—No sé por dónde empezar.

—¿Nada de darme las gracias, de acuerdo?

Ella asintió y después de un momento, tomó su mano y la estrechó.

—Te quiero —dijo. Él cerró los ojos durante unos segundos.

—Yo también te quiero.

—Tenía tanto miedo...

—Cásate conmigo.

—¿Qué?

—Que te cases conmigo. Mañana, la semana que viene, cuando sea, pero cástate conmigo.

—Jamey, apenas nos conocemos.

El tomó su rostro entre sus manos.

—Sabes que funcionará.

Lo sabía, pero ¿por qué tanta prisa?

—Quiero acostarme contigo —dijo—. No quiero que Kevin sepa que no hemos esperado hasta la boda. Y no puedo esperar mucho más, Caryn.

—Se preguntará por qué tenemos tanta prisa. Al menos, deberíamos esperar a que te quiten la escayola.

—¿Y si se lo pregunta, qué más da? Si no me besas enseguida...

Ella se acercó a él y lo besó apasionadamente, sintiendo el amor que había entre ellos.

—Me casaré contigo —dijo un minuto más tarde, con la frente apoyada en la de él—. ¿Quieres tener hijos?

—Si es posible, desde luego. Tengo algo de lo que hablarte, pero lo haré más tarde —dijo James, y tomó las muletas—. Ayúdame a llegar al sofá para que pueda abrazarte.

Cuando estuvo acomodada entre sus brazos, cerró los ojos y disfrutó del momento.

—Esta debe de ser la relación más extraña del mundo.

—Creo que es cosa del destino.

—Nunca hubiera imaginado que creyeras en esas cosas.

—Hay muchas cosas de mí que todavía no conoces. E imagino que al contrario.

—Eso hará que todo sea más interesante durante más tiempo.

—¿Caryn?

—Dime.

—Siempre habrá un hueco en nuestras vidas para Paul.

Su corazón se detuvo. No era de extrañar que se hubiera enamorado de él. Lo besó y volvió a decirle lo mucho que lo amaba. Era el principio de la segunda parte de su vida.

Epílogo

—¿**P**apá?

James retiró la vista de la barbacoa. Era un día de octubre, cálido y brillante.

—¿Qué pasa, Kevin?

—Mira a Emma.

James dirigió la mirada hacia su hija de un año. Acababa de dar un mordisco a un tomate con los únicos seis dientes que tenía, manchándose su recién estrenada camiseta. James rió.

—¿Quieres ocuparte de la barbacoa o prefieres atender a tu hermana?

—Me quedo con la barbacoa. Necesita que le cambien los pañales — dijo Kevin, tomando la espátula.

James disfrutaba teniéndole en casa, ya que el muchacho se había quedado a vivir en el dúplex para mantener su independencia.

En los dos años que llevaban casados Caryn y James, se habían convertido en una familia tan unida como cualquier otra, incluso más debido al modo en que habían llegado a aquella situación.

—¡Emma! —exclamó Caryn, saliendo al patio.

—Mamá —balbuceó la pequeña, sonriendo. Alargó los brazos para que la sacara de la silla y le ofreció el tomate a Caryn.

—Humm, es tan bueno como tú, preciosa —dijo Caryn, dándole un beso.

James se unió a ellos y dio un mordisco al tomate.

—Papá, creo que estas hamburguesas están hechas.

James tragó saliva. En ocasiones, momentos como aquél le llegaban al corazón. Era afortunado, muy afortunado. Lo tenía todo.

Besó a su esposa y a su hija, tomó la fuente de panecillos y se acercó a su hijo. Sí, lo tenía todo.

Fin.